

**Rafael María de Balbín**

**CREO**

**Universidad Monteávila**

© 2003. Rafael María de Balbín  
Universidad Monteávila. Caracas

ISBN .....

Depósito legal .....

Impreso en Caracas, en los talleres de .....

Este libro, CREO, se publica con el *nihil obstat* del censor Pbro. Alfonso Alfonso Vaz (2-VII-2003) y con el *imprimatur* de Mons. Nicolás Bermúdez Villamizar, Obispo Auxiliar de Caracas (4-VII-2003).

# PRESENTACIÓN

En este libro se recogen unos comentarios suscitados al hilo de la lectura de la primera parte del **Catecismo de la Iglesia Católica**. Esta primera parte, bajo el título de **La profesión de la fe**, va desarrollando la exposición de los artículos del Credo.

La fe es una luz infundida por Dios en la inteligencia humana, que nos permite conocer las verdades que Él nos ha revelado. Es luz que nos hace vislumbrar las maravillas de la vida divina, y a la vez oscuridad en cuanto nos hace presente el misterio. La fe es sobrenatural en cuanto nos es dada con la gracia divina. Es también razonable en cuanto ilustración que requiere el concurso de nuestro intelecto. Y es libre en cuanto hace falta un querer de la voluntad humana para asentir a unas verdades que por sí mismas no son evidentes.

Sin la fe sería imposible agradar a Dios. Por ella entramos en el mundo de las realidades divinas que Dios nos ha manifestado y hecho participar. Hace falta una humildad de la razón humana, para recibir y valorar aquella ayuda que Dios nos ofrece. Algunos piensan que la fe es un sentimiento. Y nada más lejos de la realidad. Se trata de una persuasión o asentimiento de la inteligencia a unas verdades reveladas por Dios. Este asentimiento es perfectamente compatible con todos los estados anímicos, también los de desánimo o falta de entusiasmo humano. La fe tiene por objeto unos contenidos concretos, cuya síntesis se recoge en el Credo. No es una mera actitud bondadosa o

ambigua a la que resulte indiferente un contenido u otro, ya que las verdades reveladas por Dios son precisamente aquellas que se profesan en el Credo.

En esta vida terrena a Dios no le vemos. Y tal como enseña San Juan de la Cruz, la fe constituye “el medio legítimo y próximo de unión con Dios” (*Subida al Monte Carmelo* II, 3). A través de ella verdaderamente alcanzamos a Dios: “La fe no termina en la cáscara de las palabras, sino en la sustancia de la realidad. La realidad es siempre la misma, las palabras o enunciados pueden ser diferentes” (Sto. TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica* II-II, q. 14, a. 12).

La fe del cristiano necesita ser manifestada o profesada, mediante las palabras y mediante las obras. Ha de influir en la vida diaria: en todo lo que pensamos, sentimos, hablamos y trabajamos. Se acrecienta con la oración y con los Sacramentos, y se crece ante las dificultades, atrayendo la ayuda de Dios.

# SUMARIO

## I. CREO EN DIOS PADRE

1. Un poderoso deseo.....	8
2. Caminos convergentes.....	10
3. Asequible, pero difícil.....	12
4. Con un lenguaje imperfecto.....	14
5. Un designio amoroso.....	16
6. Revelación por etapas.....	18
7. Tradición y tradiciones.....	20
8. Conservar y progresar.....	22
9. Palabras verdaderas.....	24
10. ¿Interpretar la Biblia?.....	26
11. Para leer la Biblia.....	28
12. Fiarse.....	30
13. Dos alas.....	32
14. Creo y creemos.....	34
15. Un solo Dios.....	36
16. El Dios vivo.....	38
17. Verdad y Amor.....	40
18. La Revelación trinitaria.....	42
19. Uno y Trino.....	44
20. Todopoderoso.....	46
21. Creador.....	48
22. Hay un motivo.....	50
23. De la nada.....	52
24. En buenas manos.....	54
25. Los ángeles.....	56
26. Más allá de la materia.....	58

27. A su imagen.....	60
28. Material...y espiritual.....	62
29. Varón y mujer.....	64
30. Original y originante.....	66

## **II. CREO EN DIOS HIJO**

31. Buena noticia.....	70
32. El año 2000 tiene nombre.....	72
33. ¿Por qué un Dios-Hombre?.....	75
34. Juntas, pero no revueltas.....	78
35. En la plenitud de los tiempos.....	81
36. El misterio de Cristo.....	83
37. En la espera.....	85
38. Nació el Redentor.....	88
39. Y habitó entre nosotros.....	90
40. El Niño crecía.....	92
41. Conversión.....	95
42. Parábolas y milagros.....	97
43. Momentos de gloria.....	100
44. Jesús e Israel.....	102
45. El proceso de Jesús.....	105
46. Por nosotros los hombres.....	107
47. Y por nuestra salvación.....	109
48. Fue crucificado, muerto y sepultado.....	112
49. Venció a la muerte.....	115
50. Subió a los cielos.....	118
51. Para juzgar a todos.....	120

## **III. CREO EN DIOS ESPÍRITU SANTO**

52. El Espíritu Santo.....	123
53. El Espíritu y sus manifestaciones.....	125

54. En el tiempo de las promesas.....	127
55. En el centro de la Historia.....	129
56. En los últimos tiempos.....	131
57. Creo en la Iglesia.....	133
58. Etapas de la Iglesia.....	135
59. Divina...y humana.....	137
60. Pueblo de Dios.....	139
61. Un Cuerpo con Cabeza.....	141
62. Una.....	144
63. Santa.....	147
64. Católica.....	149
65. Y..Apostólica.....	151
66. Jerarquía.....	154
67. Simples cristianos.....	157
68. Testigos de esperanza.....	159
69. Comunión de los santos.....	161
70. Madre de la Iglesia.....	164
71. El perdón de los pecados.....	166
72. Vamos a morir.....	169
73. Rendición de cuentas.....	172
74. Hay un castigo.....	174
75. Felicidad plena y para siempre.....	176
76. Nuevos cielos y tierra nueva.....	178
77. Amén.....	181

# **I. CREO EN DIOS PADRE**



## 1. UN PODEROSO DESEO

La apertura de nuestra inteligencia hace que tengamos una esfera de intereses amplia, prácticamente ilimitada: somos capaces de buscar ávidamente el placer, el dinero, el aplauso, el poder, la ciencia, el amor. Y no somos fáciles de contentar: después de alcanzar una meta, nos parece insuficiente. Aspiramos a más. Es que somos impelidos, desde el fondo de nuestro ser, por un poderoso deseo, cuya índole frecuentemente olvidamos: “El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 27).

En esa nativa condición del hombre está la raíz de la dignidad humana, no en que seamos animales evolucionados con facilidad de adaptación al medio, ni simples *recursos humanos* aptos para el desarrollo social, ni productores de tecnología o de cultura. “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 1).

De los más variados modos ha expresado el hombre a través de los tiempos y de las culturas sus creencias y prácticas religiosas: ritos, sacrificios, oraciones, códigos de moralidad. El hecho religioso no tiene excepciones, en la ya larga historia de la humanidad. Como San Pablo expresaba en el Areópago de Atenas, ante un público ávido de novedades: “El creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra y determinó con exactitud el tiempo y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen a Dios, para ver si a tientas le buscaban y le hallaban; por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros; pues en Él vivimos, nos movemos y existimos” (*Hechos de los Apóstoles* 17, 26-28).

El deseo de Dios puede ser olvidado, e incluso expresamente repudiado. El Catecismo de la Iglesia Católica (n. 29) señala diversas causas: la rebelión contra el mal en el mundo, la ignorancia o indiferencia religiosas, los afanes del mundo y de las riquezas, el mal ejemplo de los creyentes, la ideologías hostiles a la religión, el miedo a los requerimientos de Dios...

Hace falta que tengamos una mente abierta sinceramente a la verdad y un corazón recto. Así se hace posible compartir el testimonio de San Agustín (*Confesiones* 1, 1, 1): “Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en ti”.

## 2. CAMINOS CONVERGENTES

A primera vista este título pudiera recordar el viejo dicho de que *todos los caminos llevan a Roma*. En realidad es una expresión tomada del Catecismo de la Iglesia Católica, que dice textualmente: “Creado a imagen de Dios, llamado a conocer y amar a Dios, el hombre que busca a Dios descubre ciertas *vías* para acceder al conocimiento de Dios. Se las llama también *pruebas de la existencia de Dios*, no en el sentido de las pruebas propias de las ciencias naturales, sino en el sentido de *argumentos convergentes y convincentes* que permiten llegar a verdaderas certezas” (n. 31). Esta afirmación está llena de interés, pues se trata de unos caminos que puede recorrer cualquier persona que busque la verdad, apertrechada solamente con las luces de su propia razón humana. Son verdaderas pruebas, dotadas de seriedad y rigor, si bien distintas a las que utilizan las ciencias empírico-materiales, que son a las que estamos más habituados.

Estos caminos proceden de un doble punto de partida: el mundo material y la persona humana (cf. *Ibidem*). “El mundo y el hombre atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su primer principio ni su fin último sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin. Así, por estas diversas *vías*, el hombre puede acceder al conocimiento de la existencia de una realidad que es la causa primera y el fin último de todo, y que todos llaman Dios (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* I, q. 2, a. 3)” (*Catecismo...*, n. 34).

El mundo material no se nos presenta como amasijo más o menos mecánico de fuerzas y leyes, sino como dotado de un sentido penetrable en profundidad por la inteligencia humana: “A partir del movimiento y del devenir, de la contingencia, del orden y de la belleza del mundo se puede conocer a Dios como origen y fin del universo” (*Catecismo...*, n. 32). San Pablo escribe, a propósito de los antiguos paganos: “Lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad” (*Carta a los Romanos* 1, 19-20). Es

lo mismo que San Agustín expresó poéticamente: “Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo... interroga a todas estas realidades. Todas te responden: Ve, nosotras somos bellas. Su belleza es una profesión. Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza, no sujeta a cambio?” (*Sermón 241, 2*).

El hombre mismo es también un excelente punto de partida, que nos es vivencialmente manifiesto: ávidamente abierto a la verdad y a la belleza, dotado de conciencia y de amor al bien, libre y dueño de sus acciones, incorregible buscador de felicidad y de infinito. Su alma espiritual, siempre abierta hacia algo más, no puede tener origen sino en Dios (cf. *Catecismo...*, n. 33). Como ha expresado el Concilio Vaticano II (Const. *Gaudium et spes*, 18): con “semilla de eternidad que lleva en sí, (...) irreductible a la sola materia”.

Estos caminos convergen en la existencia de un Dios personal. Conocer más a fondo su intimidad corresponderá ya al don de la Revelación divina y a la respuesta humana de la fe. Pero eso es ya otro nivel.

### 3. ASEQUIBLE, PERO DIFÍCIL

Los grandes progresos que ha realizado la humanidad en el transcurso de los dos últimos siglos permiten un margen razonable de confianza en la inteligencia humana. El progreso de las ciencias y de la tecnología, de la economía y de la organización invitan a llenarse de admiración ante los logros que los hombres podemos alcanzar cuando, en paz y concordia, nos decidimos a trabajar mancomunadamente y con constancia. Ahora estamos procurando asimilar los cambios que el acelerado progreso material introduce en el modo de vida de cada individuo y de la sociedad. Sin embargo, el progreso material necesita de un norte, de una orientación. Alguien ha podido escribir: “La gente de nuestra época no sabe a dónde va, pero está decidida a poner todos los medios para llegar”. Y para saber de dónde venimos y a dónde vamos es preciso que pongamos en marcha los recursos de nuestra inteligencia, para conocer mejor a Dios. “La santa Iglesia, nuestra madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas. Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios. El hombre tiene esta capacidad porque ha sido creado a imagen de Dios” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 36).

El empeño por conocer a Dios, razonable y necesario, no es sin embargo fácil en las concretas circunstancias históricas en las que nos desenvolvemos. Y aunque podamos llegar todos los seres humanos -por la sola luz de la razón- al conocimiento de un Dios personal, que ha creado el universo, lo gobierna con su providencia y ha impreso una ley moral natural en nuestros corazones, hay numerosos obstáculos que se atraviesan en nuestro camino: “porque -como decía el Papa Pío XII en la encíclica *Humani generis*- las verdades que se refieren a Dios y a los hombres sobrepasan absolutamente el orden de las cosas sensibles y cuando deben traducirse en actos y proyectarse en la vida exigen que el hombre se entregue y renuncie a sí mismo. El espíritu humano, para adquirir semejantes verdades, padece dificultad por parte de los sentidos y de la imaginación, así como de los malos deseos nacidos del pecado original. De ahí procede que en semejantes materias los hombres se persuadan fácilmente de la

falsedad o al menos de la incertidumbre de las cosas que no quisieran que fuesen verdaderas”.

No basta con la buena voluntad, que a todos se nos presupone. Hace falta una ayuda. Y esa ayuda tan oportuna nos ha llegado del mismo Dios, que nos ha manifestado por su Revelación no sólo los grandes misterios de la gracia, sino también “las verdades religiosas y morales que de suyo no son inaccesibles a la razón, a fin de que puedan ser, en el estado actual del género humano, conocidas de todos sin dificultad, con una certeza firme y sin mezcla de error” (CONCILIO VATICANO I).

#### 4. CON UN LENGUAJE IMPERFECTO

“Me faltan las palabras...”. Es frecuente que nuestro pensamiento vaya más allá y más deprisa que nuestro hablar. Al fin y al cabo las palabras no son más que signos convencionales y toscos de nuestras ideas, que son mucho más ricas. Y cuanto más elevado sea el pensamiento, más difícil nos resulta expresarlo adecuadamente. Sin embargo sentimos la acuciante necesidad de expresar y comunicar nuestras ideas a los demás. Con perseverancia de muchos siglos “la Iglesia expresa su confianza en la posibilidad de hablar de Dios a todos los hombres y con todos los hombres. Esta convicción está en la base de su diálogo con las otras religiones, con la filosofía y con las ciencias, y también con los no creyentes y los ateos” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 39). Y ello a pesar de los prejuicios y de los malentendidos, de la imperfección de nuestro conocimiento de Dios y de la pobreza de nuestro lenguaje. “No podemos nombrar a Dios sino a partir de las criaturas, y según nuestro modo humano de conocer y de pensar” (*Ibidem*, n. 40).

Pero nuestro conocimiento acerca de Dios tiene un sólido fundamento. Un conocimiento imperfecto no es un conocimiento falso ni engañoso, con tal de que conozcamos cuáles son sus limitaciones y no queramos extrapolar los datos seguros con que contamos. El fundamento de nuestro conocer y hablar de Dios es que “todas las criaturas poseen una cierta semejanza con Dios, muy especialmente el hombre creado a imagen y semejanza de Dios” (*Ibidem*, n. 41). Al igual que un buen conocedor, contemplando y examinando una obra de arte, es capaz, por la técnica y por el estilo, de determinar quién es el artista; así también hay un rastro, unos indicios que permiten conocer al Hacedor de nuestro mundo y de nosotros mismos. Nuestras producciones humanas técnicas, artísticas y organizativas son también reflejo de la suma inteligencia y poder de quien nos hizo. Para cualquier hombre que busque sinceramente la verdad hay en su razón natural una real capacidad de conocer a Dios, “pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor” (*Libro de la Sabiduría* 13, 5).

Debemos, sin embargo, reconocer nuestra limitación. A Dios no le vemos: no es objeto de nuestra experiencia común ni científica. Tenemos que guiarnos por indicios nada más. Y no pretender, por impaciencia o por racionalismo, que poseemos de El un conocimiento acabado o satisfactorio. “Dios trasciende toda criatura. Es preciso, pues, purificar sin cesar nuestro lenguaje de todo lo que tiene de limitado, de expresión por medio de imágenes, de imperfecto, para no confundir al Dios <<inefable, incomprehensible, invisible, inalcanzable>> (...) con nuestras representaciones humanas. Nuestras palabras humanas quedan siempre más acá del Misterio de Dios” (*Catecismo...*, n. 42).

Tenemos pues la satisfacción de la certeza y la insatisfacción de la limitación. “Al hablar así de Dios, nuestro lenguaje se expresa ciertamente de modo humano, pero capta realmente a Dios mismo, sin poder, no obstante, expresarle en su infinita simplicidad” (*Ibidem*, n. 43). El Concilio ecuménico IV de Letrán se expresa a este respecto con modesta sobriedad, señalando que “entre el Creador y la criatura no se puede señalar una semejanza tal que la diferencia entre ellos no sea todavía mayor”. Y un egregio filósofo y teólogo como Santo Tomás de Aquino tiene que reconocer que “nosotros no podemos captar de Dios lo que El es, sino solamente lo que no es y cómo los otros seres se sitúan con respecto a El” (*Suma contra los gentiles* I, 30).



## 5. UN DESIGNIO AMOROSO

La razón humana puede remontarse al conocimiento de Dios, a partir del orden y las perfecciones del universo material; y también con base en los afanes de verdad, de bien, de belleza, de felicidad, que anidan en el corazón humano. A lo largo de los siglos y de los milenios los hombres han buscado el rostro de Dios con desiguales logros.

Pero las posibilidades de la inteligencia del hombre, contando solamente con sus propias fuerzas, son menguadas. Dios ha dispuesto darse a conocer, revelarse El mismo a los hombres, viniendo en nuestra ayuda para que podamos conocerle con mucha mayor perfección que la que posee nuestra razón natural. “Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo Encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 2).

Ha querido Dios engrandecer a los hombres, a quienes libremente había creado. No nos dejó simplemente en la condición de creaturas, sino que nos hace participar de su misma vida divina, haciéndonos hijos suyos adoptivos por su gracia. Con ello nos otorgó la posibilidad de darle una respuesta personal: conocerle y amarle de un modo inmensamente superior al que hubieran permitido nuestras fuerzas humanas (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 52).

Dios, “que habita una luz inaccesible” (*1 Timoteo* 6, 16) se ha revelado a los hombres “mediante acciones y palabras”, íntimamente ligadas entre sí y que se esclarecen mutuamente (cfr. Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 2). Al revelarse, Dios lo hace de un modo paterno, gradual, con una pedagogía adaptada a la lentitud de nuestro entender. Va preparando a la humanidad, a través de sucesivas etapas, hasta que la Revelación llega a su plenitud, cuando el Hijo del Eterno Padre viene a la tierra y se hace hombre. No nos elevamos por nosotros mismos, sino que es El quien nos eleva, tendiéndonos su mano. Toma la iniciativa y nos invita a tratarle de cerca. Así lo expresaba San Ireneo de Lyon: “El Verbo de Dios ha habitado en el hombre y se ha hecho Hijo del hombre para acostumar al hombre a comprender a

Dios y para acostumbrar a Dios a habitar en el hombre, según la voluntad del Padre” (*Adversus haereses* 3, 20, 2).

La razón de ello solamente puede ser una: el amor de Dios hacia nosotros. “De este modo da una respuesta definitiva y sobreabundante a las cuestiones que el hombre se plantea sobre el sentido y la finalidad de su vida” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 68).

Sería vano e ingrato renunciar a esta ayuda. Si el afán de conocer la verdad lleva a los hombres al estudio y a la búsqueda de maestros, nadie mejor que Dios, infinitamente sabio, puede enseñarnos. De ningún modo el aprendizaje daña a la dignidad de la inteligencia humana: más bien es una afirmación de su excelencia. La razón del hombre, constitutivamente abierta a toda la realidad, va poco a poco profundizando en la verdad de las cosas. Por mucho que adelante, siempre lo que falta es mucho más. En este sentido la Revelación divina es una poderosísima ayuda, de suma utilidad para nosotros. Esta confianza que Dios nos hace no nos proporciona *respuestas hechas*, sino que nos incita a conocer y profundizar cada vez más en un mensaje que interpela a la inteligencia, al amor y a todas las capacidades de cada persona.

## 6. REVELACION POR ETAPAS

Cuando hay que manifestar una verdad difícil de entender y que compromete vitalmente a quien la conoce, parece prudente ir poco a poco, por etapas. Es lo que ha hecho Dios con la humanidad, desde los inicios de nuestra historia: “Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da a los hombres testimonio perenne de sí en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 3). Esta Revelación no se interrumpió por el pecado de Adán y Eva: Dios alimentó su esperanza con la promesa de la Redención y cuidó de los hombres procurando su salvación. La Alianza con Noé, después del diluvio, implica una alianza con todos los hombres, agrupados “según sus países, cada uno según su lengua, y según sus clanes” (*Génesis* 10, 5; cf. 10, 20-31). La humanidad no logra la concordia y unión por sí misma, sino que desemboca en la dispersión de Babel (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 55-58).

Más tarde Dios hizo alianza con Abraham, para reunir a la humanidad, haciéndole “el padre de una multitud de naciones” (*Génesis* 17, 5). El pueblo que proviene de Abraham será el beneficiario de las promesas de Dios, pueblo elegido y raíz en la que serán injertados los que provengan del paganismo. Cuando los descendientes de Abraham se multiplicaron en Egipto, Dios los liberó de la esclavitud por medio de Moisés, estableció con ellos su Alianza en el Sinaí y les dio la Ley, conduciéndoles por fin a la tierra prometida. La esperanza de la salvación se mantiene viva por los profetas, en expectativa de una Alianza definitiva y universal con todos los hombres. Los profetas llaman al pueblo a la conversión y lo exhortan a ser fiel a la Alianza con Yahvé (cf. *Catecismo...*, nn. 59-64).

Así llegamos a la etapa última y mejor, en que la Revelación de Dios culmina. “De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo” (*Carta a los hebreos* 1, 1-2). Esta nueva Revelación, que lleva consigo la nueva y eterna Alianza de Dios con los hombres tiene ya un carácter perfecto y definitivo. Bellamente lo expone San Juan de la Cruz: “Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una

Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en El, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer cosa otra alguna o novedad” (*Subida al Monte Carmelo* 2, 22). En este sentido, tenemos ya todas las verdades necesarias para creer, obrar el bien y alcanzar la salvación. “La economía cristiana, por ser alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 4). “Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos” (*Catecismo...*, n. 66). Las llamadas *revelaciones privadas* no son para *mejorar* o *completar* la Revelación pública, sino para ayudar a que ésta se viva en tal o cual circunstancia histórica. La Iglesia ha desconfiado siempre de los *iluminados*, que pretenden enmendar la plana a lo que Dios mismo nos ha dicho (cf. *Catecismo...*, n. 67).

## 7. TRADICIÓN Y TRADICIONES

No es lo mismo la una que las otras. La gran Tradición (con mayúscula) es la que procede de los doce Apóstoles de Jesucristo y transmite desde entonces lo que el Espíritu Santo les hizo aprender de la vida y las enseñanzas de Jesús. La primera generación de cristianos no tenía todavía la enseñanza escrita del Nuevo Testamento: sólo tenía la Tradición. Otra cosa son las tradiciones teológicas, disciplinares, de liturgia o de devoción, que han florecido en todas las épocas entre el pueblo cristiano. Aunque hayan nacido de la fe y la vida de los cristianos no constituyen por sí mismas una fuente de la Revelación divina, como en cambio sí que lo es la Tradición apostólica (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 83).

Habiéndose revelado Dios a los hombres, quiso que las luces de esta Revelación pudieran llegar a todas las generaciones, sin merma ni adulteración. La transmisión del Evangelio comenzó por hacerse oralmente, y después también por escrito: “los Apóstoles, con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones, transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó”; “los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 7).

La predicación de los Apóstoles de Cristo es continuada mediante la sucesión apostólica, ya que los ellos nombraron como sucesores suyos a los obispos, “dejándoles su cargo en el magisterio” (*Ibidem*); “la predicación apostólica, expresada de un modo especial en los libros sagrados, se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin de los tiempos” (*Ibidem*, n. 8).

La Tradición es distinta de la Sagrada Escritura, aunque forma una unidad con ella. La Iglesia la conserva y la transmite a todas las edades, a través de su vida y enseñanza; asistida por el Espíritu Santo, “por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero” (*Ibidem*). La Tradición y la Sagrada Escritura son distintas, pero inseparables: “están íntimamente unidas y compenetradas.

Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin” (*Ibidem*, n. 9). A través de ellas Cristo acompaña y ayuda a los suyos.

En la Revelación divina tiene gran relevancia el texto bíblico: “La *Sagrada Escritura* es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo” (*Ibidem*). Pero la Revelación divina no se manifiesta solamente en la Biblia, sino también en la Tradición; hasta tal punto que la inspiración divina de aquella y el catálogo de sus libros los conocemos gracias a la Tradición. Quienes no admiten la Tradición, deberían en buena lógica renunciar a creer en la Biblia y en sus enseñanzas. “La *Tradición* recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores; para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación” (*Ibidem*).

El arte cristiano, los textos litúrgicos, los cánones de los Concilios y el testimonio de los Padres de la Iglesia nos han transmitido lo que todos los buenos cristianos han creído desde el principio, en todas partes y siempre. Los *Padres de la Iglesia*, que destacan por su antigüedad, santidad de vida y elevada doctrina, son los principales testigos de la Tradición apostólica.

## 8. CONSERVAR Y PROGRESAR

Cuando un objeto de valor se nos confía en depósito, estamos en el deber de conservarlo diligentemente. Algo así sucede en las verdades reveladas por Dios a los hombres, que, en expresión de San Pablo a Timoteo constituyen el *depósito de la fe*, contenido en la Tradición Apostólica y en la Sagrada Escritura y confiado por los Apóstoles al pueblo cristiano, presidido por sus pastores (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 84).

Cuando la palabra de Dios oral o escrita es propuesta a los fieles cristianos, el Papa y los obispos unidos a él ejercitan una auténtica interpretación magisterial, en nombre de Jesucristo. Este Magisterio está plenamente al servicio de la palabra de Dios y del pueblo fiel. No quiso Dios que pudiéramos errar en asunto de tanta monta, y por ello asiste especialmente con su ayuda al Magisterio de los pastores. Cristo dijo a sus Apóstoles: “El que a vosotros escucha a mí me escucha” (*Lucas* 10, 16; cf. Conc. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 20).

La actitud de los fieles cristianos ha de ser, por tanto, la de una atenta y dócil escucha a la voz del Magisterio. Cuando éste define un *dogma*, precisa que aquella verdad ha sido revelada por Dios y puede creerse en ella con entera seguridad. Los dogmas son luces que iluminan el camino de la vida cristiana, y reciben la adhesión de la inteligencia y del corazón de los creyentes (cf. *Catecismo...*, n. 85-90). Solamente aquí hay espacio para los dogmas: en las opiniones humanas hay un ancho campo para la libertad, y nadie debe proponer como si fuera un dogma su particular pensar: sería un irrespeto tiránico a la conciencia de los demás.

Es necesario aquí hacer una precisión: cuando hablamos de *depósito* no queremos aludir a una verdad *estática*, que viene ya dada y que corresponde a unos pocos: los pastores. “Todos los fieles tienen parte en la comprensión y en la transmisión de la verdad revelada. Han recibido la unción del Espíritu Santo que los instruye y los conduce a la verdad completa” (*Catecismo...*, n. 91). Y así: “La totalidad de los fieles (...) no puede equivocarse en la fe (...): cuando desde los obispos hasta el último de los laicos cristianos muestran estar totalmente de acuerdo en cuestiones de fe y de moral”

(Conc. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 12). Hay una adherencia permanente a las verdades de la fe, en cuyo conocimiento se debe profundizar, a la par que se aplica éste cada día más plenamente a la vida” (cf. *Ibidem*).

No hay, pues, un inmovilismo de los creyentes, sino la invitación a un progreso constante. El Espíritu Santo asiste a la Iglesia para que el conocimiento de la fe y su vivencia real no dejen de crecer. Ello se realiza cuando los fieles contemplan y estudian las verdades reveladas, meditan lo que leen, asimilan las enseñanzas del Magisterio, se esfuerzan a diario en vivir de acuerdo con el Evangelio (cf. *Catecismo...*, n. 94).

No hay por qué atisbar supuestas contradicciones entre lo que Dios ha revelado y la enseñanza autorizada de los pastores por El designados. “La Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter, y bajo la guía del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas” (Conc. VATICANO II. Const. *Dei Verbum*, n. 10).



## 9. PALABRAS VERDADERAS

El lenguaje humano es signo a la vez de nuestra pobreza y de nuestra riqueza. De nuestra pobreza porque de ordinario las palabras se quedan cortas para expresar lo que un hombre lleva en su inteligencia y en su corazón. Y de nuestra riqueza porque gracias a las palabras expresamos nuestros pensamientos y afectos, y nos comunicamos con los demás. En su bondad Dios ha querido valerse del lenguaje humano para hablar con nosotros: “La palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 13). A través de las palabras de la Sagrada Escritura Dios Padre se nos da a conocer. Desde toda la eternidad El dice su Verbo, su única Palabra, de la que son trasunto todas las palabras reveladas, auténticas palabras de Dios. “Por esta razón, la Iglesia ha venerado siempre las divinas Escrituras como venera también el Cuerpo del Señor. No cesa de presentar a los fieles el Pan de vida que se distribuye en la mesa de la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 103). En la Biblia la Iglesia encuentra su alimento y su fuerza, en la escucha y vivencia de las palabras de Dios.

La Sagrada Biblia es un libro absolutamente singular, ya que las verdades que en ella se revelan han sido escritas por inspiración del Espíritu Santo. Ningún otro libro, por excelente que sea, goza de esta cualidad única: tener como autor al mismo Dios. “La santa madre Iglesia, fiel a la base de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 11).

Pero, ¿acaso esos libros no han sido escritos por hombres como nosotros: Moisés, David, Isaías, Mateo, Juan, Pablo? Ciertamente que sí, y el estilo y la personalidad de esos hombres quedan reflejados en lo que escribieron. Mas al escribir actuaron como instrumentos inteligentes y libres de Dios. Es un caso singular de cooperación humana a una acción divina. Y la inspiración bíblica confiere a los libros

sagrados una importancia excepcional. “En la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería” (*Ibidem*). La inspiración del Espíritu Santo hizo que, pese a las limitaciones humanas de los escritores sagrados, éstos escribieran *todo y sólo lo que Dios quería*, de manera que en la Biblia *nada sobra y nada falta* de lo que Dios ha querido manifestarnos para nuestra salvación.

Una consecuencia importante de la inspiración es la veracidad bíblica: en la Sagrada Escritura no hay errores, ni grandes ni pequeños, puesto que su autor es el mismo Dios, suma Verdad. “Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra” (*Ibidem*). Cuando una persona cualquiera, buscándole cinco piés al gato, afirma encontrar errores en el texto bíblico, no hace sino expresar su propia ignorancia, según el conocido dicho de que *la ignorancia es atrevida*.

Y es que la palabra de Dios no es letra muerta: requiere la atenta apertura de la inteligencia humana, impulsada por el Espíritu Santo (cf. *Catecismo...*, n. 108).

## 10. ¿INTERPRETAR LA BIBLIA?

La Biblia es un libro singular, de tal manera que su interpretación es también singular. No es lo mismo que interpretar un texto legislativo, un ensayo filosófico o un poema lírico. En la Biblia es Dios quien habla a los hombres, utilizando un lenguaje humano. Para interpretarla bien hay que estar atento a lo que quisieron afirmar los autores humanos y Dios por medio de ellos (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 109).

Para descubrir lo que los escritores bíblicos quisieron decir es conveniente conocer las condiciones de su época y cultura, así como los diversos *géneros literarios* que utilizan: historia, profecía, poesía, etc. Pero como la Sagrada Escritura ha sido inspirada por Dios, hay que atender principalmente a lo que Dios quiso manifestarnos: “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 12). Sin ello nos quedaríamos solamente con su *letra*.

El Concilio Vaticano II señaló tres criterios para interpretar la Biblia con el mismo Espíritu con que fue escrita (cf. *Catecismo...*, n. 111-114):

1. Prestar una gran atención al contenido y a la unidad de toda la Escritura. Aunque sus libros sean muy diferentes, hay un único Autor principal, que tiene un designio plenamente coherente para la salvación de los hombres.

2. Leer la Escritura en la Tradición viva de toda la Iglesia. Ya que no se trata de un libro inerte, dejado al arbitrio de los puntos de vista personales; sino entregado a la Iglesia, comunidad viva de salvación. “Según un adagio de los Padres <<La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos>>. En efecto, la Iglesia encierra en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo le da la interpretación espiritual de la Escritura” (*Catecismo...*, n. 113).

3. Estar atento a la analogía de la fe: que es la cohesión que tienen entre sí todas las verdades de la fe, y también con el proyecto total de la Revelación. No es posible que haya un desacuerdo o una contradicción entre lo que Dios ha manifestado en un libro o en otro de la Biblia. Desdeciría de su Veracidad y Sabiduría.

¿Cuáles son los diversos sentidos que nos ofrece la inagotable riqueza del texto bíblico? El más importante es el *sentido literal*, que es el significado por las propias palabras de la Biblia. “Todos los sentidos de la Sagrada Escritura se fundan sobre el sentido literal” (*Catecismo...*, n. 116).

Existe además el *sentido espiritual*, puesto que, en los designios de Dios, los acontecimientos pueden ser signos de otras realidades. Así el *sentido alegórico*, que descubre en los hechos narrados un anuncio de la futura Redención por Cristo, por ejemplo: el paso del Mar Rojo es signo del Bautismo. Hay también un *sentido moral*: enseñanzas de los acontecimientos para nuestro buen obrar. Y un *sentido anagógico*: significación por los hechos de la futura vida eterna: así la Iglesia en su peregrinación terrena es signo de la Jerusalén celestial (cf. *Catecismo...*, n. 117).

Los estudiosos de la Biblia desarrollan así su importante trabajo, que ha de ser, para que sea válido, confirmado por el Magisterio eclesial: “A los exegetas toca aplicar estas normas en su trabajo para ir penetrando y exponiendo el sentido de la Sagrada Escritura, de modo que con dicho estudio pueda madurar el juicio de la Iglesia. Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la Palabra de Dios” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 12).

## 11. PARA LEER LA BIBLIA

Para eso hay que perderle el miedo. Se ha dicho que la Biblia es, entre todos, el libro más editado y comprado, y el menos leído. La primera parte de esta afirmación es un hecho; la segunda parte me parece que no. Pero la frase es reveladora de una realidad: los cristianos leemos y meditamos la Biblia mucho menos de lo que sería conveniente, teniendo en cuenta que se trata de un mensaje escrito por Dios para la salvación y la felicidad de todos los hombres.

La Biblia es un libro integrado por muchos libros: 46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento. El Antiguo es considerablemente más largo y como una preparación para la plenitud del Nuevo, en el que culmina la Revelación divina. “El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son libros divinamente inspirados y conservan un valor permanente (...), porque la Antigua Alianza no ha sido revocada” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 121). “Aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros” (Conc. VATICANO II, Const. *Dei Verbum*, n. 15), estos libros muestran el plan pedagógico de Dios, que va enseñando poco a poco a los hombres. No se debe prescindir de ellos. “Contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación” (*Ibidem*).

Sin embargo, quedarse sola o principalmente con el Antiguo Testamento será asumir los preparativos sin participar después en la fiesta. “La Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación del que cree, se encuentra y despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento” (*Ibidem*, n. 17). Nos habla de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, sus palabras y sus obras; y de los comienzos de su Iglesia.

El corazón de las Escrituras son los cuatro Evangelios. La Iglesia nos enseña que éstos, “cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día en que fue levantado al Cielo” (Const. *Dei Verbum*, n. 18). Desde el comienzo los Apóstoles enseñaron de viva voz lo que Jesucristo había obrado y

enseñado. Unos años después los cuatro evangelistas, bajo la inspiración del Espíritu Santo, pusieron por escrito algunas de las muchas cosas que ya se transmitían de palabra o por escrito (cf. *Catecismo...*, n. 126).

En la Antigua Alianza lo que Dios hace y enseña es una prefiguración de lo que vendrá: a la luz de la vida y enseñanzas de Cristo cobra toda su hondura el Antiguo Testamento. Hay una estrecha unidad entre ambos Testamentos, según aquella enseñanza de la Tradición que recoge San Agustín: el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, mientras que el Antiguo se hace manifiesto en el Nuevo (cf. *Catecismo...*, n. 128-130).

La Iglesia recomienda vivamente el acceso de todos los hombres a la Sagrada Escritura. Ella debe ser el alma de la Teología, la predicación, la catequesis. Debe ser alimento espiritual del cristiano. Hay que perder el miedo a leer y meditar la Biblia. Todo cristiano debería hacerlo asiduamente, a diario; “pues -en frase de San Jerónimo- desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (cf. *Catecismo...*, n. 133).

## 12. FIARSE

Nos fiamos de una persona cuando creemos lo que nos dice, asentimos a sus afirmaciones, le otorgamos crédito o confianza. Ésta es una condición importante para la adquisición de conocimientos y aun para todo el desarrollo de la vida humana. “El hombre no ha sido creado para vivir solo. Nace y crece en una familia para insertarse más tarde con su trabajo en la sociedad. Desde el nacimiento, pues, está inmerso en varias tradiciones, de las cuales recibe no sólo el lenguaje y la formación cultural, sino también muchas verdades en las que, casi instintivamente, cree” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, n. 31). Algunas de ellas son puestas en tela de juicio: “el crecimiento y la maduración personal implican que estas mismas verdades puedan ser puestas en duda y discutidas por medio de la peculiar actividad crítica del pensamiento. Esto no quita que, tras este paso, las mismas verdades sean <<recuperadas>> sobre la base de la experiencia llevada que se ha tenido o en virtud de un razonamiento sucesivo” (*Ibidem*).

La *fe* humana tiene una función sumamente importante en la vida de toda persona, por muy *crítica* o autosuficiente que se considere: “las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal. En efecto, ¿quién sería capaz de discutir críticamente los innumerables resultados de las ciencias sobre las que se basa la vida moderna? ¿Quién podría controlar por su cuenta el flujo de informaciones que día a día se reciben de todas las partes del mundo y que se aceptan en línea de máxima como verdaderas? Finalmente, ¿quién podría reconstruir los procesos de experiencia y de pensamiento por los cuales se han acumulado los tesoros de la sabiduría y de la religiosidad de la humanidad? El hombre, ser que busca la verdad, es pues también *aquél que vive de creencias*” (*Ibidem*).

Al igual que otros hombres nos hablan, Dios también lo ha hecho, se ha manifestado por medio de su Revelación: “Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora en ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (Conc. VATICANO II. Const. *Dei Verbum*, n. 2). Si es razonable *fiarse* de las palabras de un buen amigo, mucho más razonable es *fiarse*

de las palabras que Dios nos dirige. “La respuesta adecuada a esta invitación es la fe” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 142). Se trata ya no de una fe meramente humana: el hombre *se fía* de Dios, asiente a lo que Éste le revela, somete su inteligencia y su querer a Dios, con la “obediencia de la fe” (cf. *Romanos* 1, 5; 16, 26).

La Biblia hace el elogio del patriarca Abraham, “el padre de todos los creyentes” (*Romanos* 4, 11. 18; cf. *Génesis* 15, 5), que abandonó su tierra y parentela para poner enteramente el rumbo de su vida en las manos de Dios, hasta llegar a ofrendarle en sacrificio a su único hijo (cfr. *Hebreos* 11, 17). Cuando el Redentor viene a la tierra, “la Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que <<nada es imposible para Dios>> (*Lucas* 1, 37; cf. *Génesis* 18, 14) y dando su asentimiento: <<He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra>> (*Lucas* 1, 38)” (*Catecismo...*, n. 148).

Hace falta creer para alcanzar la verdad: “el conocimiento por creencia, que se funda sobre la confianza interpersonal, está en relación con la verdad: el hombre, creyendo, confía en la verdad que el otro le manifiesta” (Enc. *Fides et ratio*, n. 32). “La capacidad y la opción de confiarse uno mismo y la propia vida o otra persona constituyen ciertamente uno de los actos antropológicamente más significativos. No se ha de olvidar que también la razón necesita ser sostenida en su búsqueda por un diálogo confiado y una amistad sincera. El clima de sospecha y de desconfianza, que a veces rodea la investigación especulativa, olvida la enseñanza de los filósofos antiguos, quienes consideraban la amistad como uno de los contextos más adecuados para el buen filosofar” (*Ibidem*, n. 33).

Todo esto tiene su realización más eminente con la fe en Dios. *Fiarse* de Dios es lo más razonable y lo más confortante. “La fe es ante todo una *adhesión personal* del hombre *a Dios*; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado* (...); la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que El dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura” (*Catecismo...*, n. 150). Nuestro Padre Dios se nos ha revelado por medio de su Hijo Jesucristo, y el Espíritu Santo infunde en nosotros la luz de la fe (cf. *Ibidem*, n. 151-152).



### 13. DOS ALAS

“La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (JUAN PABLO II. Enc. *Fides et ratio*, Preámbulo). Este símil del vuelo señala el dinamismo del hombre, que trasciende lo inmediato y se remonta a Dios, captando de paso quién es él mismo. La persona humana se perfecciona principalmente por el conocimiento y el amor. En esa búsqueda de la verdad y el bien van armónicamente sincronizadas la fe y la razón, del mismo modo que un ave no puede levantar el vuelo con una sola de sus alas, por muy robusta que ésta sea.

En efecto, aunque la fe es una gracia, un don de Dios sobrenatural infundido en el alma del creyente, supone también la colaboración de cada persona: “creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 154). Hay una cooperación entre la gracia divina y la inteligencia humana, tal como lo expresa Santo Tomás de Aquino: “Crear es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia” (*Suma teológica* II-II, q. 2, a. 9). Ciertamente el motivo de la fe no es la experiencia ni la ciencia humana. Creemos a causa de la autoridad de Dios que revela, y que no puede engañarse ni engañarnos. Pero también ha querido Dios que las ayudas interiores de la gracia vayan acompañadas de las pruebas exteriores de la Revelación, que son un llamado al uso de nuestra razón: milagros, profecías; propagación, santidad, fecundidad y permanencia de la Iglesia, etc. (Cf. *Catecismo...*, n. 156).

La certidumbre de la fe es más sólida que la de cualquier conocimiento humano, pues se basa en el testimonio del mismo Dios; aunque las verdades reveladas puedan parecer oscuras a la simple razón natural humana. Tal como afirma J.H. Newman en su *Apología*: “Diez mil dificultades no hacen una sola duda”. La fe no se opone a la razón ni la hace superflua. El creyente busca conocer mejor a Dios y comprender más a fondo

las verdades reveladas: “creo para comprender y comprendo para creer mejor” (S. AGUSTÍN. *Sermón* 43, 7.9). Por eso la fe y la ciencia humana nunca pueden realmente oponerse, ya que la luz de la razón y la Revelación provienen de la misma fuente divina; “quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 36).

Además de sobrenatural y razonable, la fe es plenamente voluntaria y libre. Cristo invitó a todos a la fe y a la conversión, pero jamás coaccionó a nadie (cf. *Catecismo...*, n. 157-160). A la vez cuando Dios habla hay una obligación moral, en conciencia, de escuchar y poner en práctica su Revelación. La fe y la perseverancia en ella son necesarias, según el designio de Dios, para alcanzar la eterna salvación (cf. *Catecismo...*, n. 161-162).

La fe es un gran don de Dios y permite a nuestra razón, todavía en la oscuridad, entrever las realidades que contemplaremos sin trabas en la vida eterna, “cara a cara” (*I Corintios* 13, 12), viendo a Dios “tal cual es” (*I Juan* 3, 2). “Luminosa por aquél en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación” (*Catecismo...*, n. 164).

¿Cómo remontar pues el vuelo? “Entonces es cuando debemos volvernos hacia los *testigos de la fe*: Abraham, que creyó, <<esperando contra toda esperanza>> (*Romanos* 4, 18); la Virgen María que, en <<la peregrinación de la fe>> (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 58), llegó hasta la <<noche de la fe>> (JUAN PABLO II. Enc. *Redemptoris Mater*, n. 18) participando en el sufrimiento de su Hijo y en la noche de su sepulcro; y tantos otros testigos de la fe” (*Catecismo...*, n. 165).

## 14. CREO Y CREEMOS

La persona humana está constitutivamente abierta a los demás, por la inteligencia y por el amor. La vida personal tiene a la vez las características de la intimidad del yo y de la apertura del tú a las otras personas. Esta riqueza es notoria en el acto de fe. “La fe es un acto personal: la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela. Pero la fe no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otro. Nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe. Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 166).

Cuando en el Símbolo de los Apóstoles digo: *Creo*, estoy expresando mi fe como acto personal. Cuando los obispos, reunidos en los Concilios de Nicea y Constantinopla, dijeron en su Símbolo: *Creemos*, expresaban la fe de toda la Iglesia. De la Iglesia hemos recibido la fe y la vida sobrenatural de la gracia por el bautismo. En el Ritual Romano de este sacramento se pregunta al que va a ser bautizado: “¿Qué pides a la Iglesia de Dios?”, la respuesta es: “La fe”. Y a una segunda pregunta: “¿Qué te da la fe?”, se responde: “La vida eterna”. Dios es quien nos da la salvación, pero ha querido hacerlo a través de la Iglesia, que es así nuestra madre y educadora en la fe (cf. *Catecismo...*, n. 167-169).

Cuando profesamos nuestra fe, al recitar las palabras del Credo, no estamos pronunciando una fórmula hueca, sino alcanzando con el pensamiento y el lenguaje humano las realidades divinas: “El acto del creyente no se detiene en el enunciado, sino en la realidad” (Sto. TOMAS DE AQUINO. *Suma Teológica* II-II, q. 1, a. 2, ad 2). Expresamos y compartimos en comunidad nuestra creencia en Dios. La Iglesia guarda en su memoria y transmite a cada generación las palabras de Cristo, que los Apóstoles, fieles a su mandato, comenzaron a vivir y a transmitir. La Iglesia nos enseña a hablar con el lenguaje de la fe, para que entendamos ésta y la pongamos en práctica, como

hace una madre con sus hijos pequeños (cf. *Catecismo...*, n. 170-171). Durante veinte siglos, a través de los espacios y de los tiempos, la Iglesia no ha cesado de confesar una sola fe, recibida de un solo Señor y transmitida por un solo bautismo (cf. *Catecismo...*, n. 172-175).

A esta realidad responden los Símbolos de la fe, que resumen su contenido en fórmulas breves y normativas para todos. “La palabra griega <<symbolon>> significaba la mitad de un objeto partido (por ejemplo, un sello) que se presentaba como una señal para darse a conocer. Las partes rotas se ponían juntas para verificar la identidad del portador. El <<símbolo de la fe>> es, pues, un signo de identificación y de comunión entre los creyentes” (*Catecismo...*, n. 188).

La primera profesión de fe se hace en el bautismo, que se recibe “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (*Mateo* 28, 19). Los diversos Símbolos de la fe se dividen en tres partes: en la primera se habla de Dios Padre y de la obra admirable de la creación, en la segunda de Dios Hijo y del misterio de la Redención de los hombres, en la tercera de Dios Espíritu Santo, fuente y principio de nuestra santificación (cf. *Catecismo...*, n. 189-196). Desde el Credo de los Apóstoles hasta el Credo del Pueblo de Dios del Papa Pablo VI, profesamos la misma fe, personal y compartida. “Recitar con fe el Credo es entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es entrar en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos” (*Catecismo...*, n. 197).

## 15. UN SOLO DIOS

El punto de partida y también el punto de llegada para la fe cristiana es Dios. La profesión de fe comienza por Dios, “el primero y el último” (*Isaías* 44, 6), el Principio y el Fin de todo. Y le llamamos con confianza Padre, refiriéndonos así directamente a la Primera Persona Divina de la Santísima Trinidad (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 198).

Cuando el creyente afirma: <<Creo en Dios>>, comienza por el principio, por la verdad más fundamental. Todo el símbolo de la fe habla de Dios; y cuando habla del hombre o del mundo lo hace por referencia a El. “Todos los artículos del Credo dependen del primero, así como los mandamientos son explicitaciones del primero” (*Catecismo...*, n. 199).

El Símbolo de Nicea-Constantinopla comienza por decir: <<Creo en un solo Dios>>, profesando así que Dios existe y que es único. No podría ser de otra manera: si hubiera varios tendrían que diferenciarse en algo. La diferencia no puede ser una perfección, ya que Dios es enteramente perfecto; y tampoco una imperfección, pues el que la tuviera no sería Dios. La unicidad divina fue expresamente revelada en la Antigua Alianza, y constituye su verdad fundamental, en abierto contraste con todos los pueblos coetáneos y vecinos de Israel. El politeísmo queda rechazado de plano, y con él otros errores y desviaciones que, con el transcurso del tiempo y los pecados de la humanidad, se fueron acumulando hasta formar una unidad con la cultura de los diversos pueblos. “Escucha Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza” (*Deuteronomio* 6, 4-5).

La tentación de la idolatría es un peligro perenne de la humanidad, desde aquella primera mentira con que Satanás engañó a nuestros primeros padres, prometiéndoles que serían como dioses. Tentación de buscar y adorar ídolos, producto de las manos y de la inteligencia del hombre. Tentación no sólo para pueblos y culturas *primitivos*, sino también para el hombre del finales del tercer milenio, orgulloso de sus conquistas científico-técnicas. Ídolos de poder, de placer sensual, de riqueza material, de

autosuficiencia. Cuando el hombre los adora, se adora a sí mismo, admirando su propia hechura.

La enseñanza de los profetas es un llamado a la conversión, para que los hombres todos se dirijan al único Dios: “Volveos a mí y seréis salvados, confines todos de la tierra, porque yo soy Dios, no existe ningún otro (...), ante mí se doblará toda rodilla y toda lengua jurará diciendo: ¡Sólo en Dios hay victoria y fuerza! (*Isaías* 45, 22-24; cf. *Filipenses* 2, 10-11).

La enseñanza monoteísta del Antiguo Testamento viene enriquecida por la Revelación trinitaria del Nuevo: hay un único Dios en tres Personas. Además del Padre, Jesucristo es también “Señor” (cf. *Marcos* 12, 35-37) y el Espíritu Santo es “Señor y dador de vida”. Así se afirma en la Profesión de Fe del Concilio IV de Letrán: “Creemos firmemente y afirmamos sin ambages que hay un solo verdadero Dios, inmenso e inmutable, incomprendible, todopoderoso e inefable, Padre, Hijo y Espíritu Santo: Tres Personas, pero una Esencia, una Substancia o Naturaleza absolutamente simple”.

## 16. EL DIOS VIVO

Aunque la inteligencia humana es capaz de alcanzar a Dios por sus solas fuerzas, tal conocimiento es lejano e impersonal: el Primer Motor de Aristóteles, o la Idea de Bien de Platón o el Uno de Plotino nos dejan fríos y distantes. Pero Dios quiso acercarse a los hombres y establecer con ellos una relación *personal*. “A su pueblo Israel, Dios se reveló dándole a conocer su Nombre. El nombre expresa la esencia, la identidad de la persona y el sentido de su vida. Dios tiene un nombre. *No es una fuerza anónima*. Comunicar su nombre es darse a conocer a los otros. Es, en cierta manera, comunicarse a sí mismo haciéndose accesible, capaz de ser más íntimamente conocido y de ser invocado personalmente” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 203).

Progresivamente Dios se fue autorrevelando a su pueblo, y lo hizo especialmente a Moisés, cuando le habló desde una zarza que ardía sin consumirse, diciéndole: “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob” (*Exodo* 3, 6). Es el mismo que había llamado y guiado a los patriarcas, que se compadece de los suyos y viene en su ayuda. “Moisés dijo a Dios: <<Si voy a los hijos de Israel y les digo ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?>>. Dijo Dios a Moisés: <<Yo soy el que soy>>. Y añadió: <<Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros... Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación>>” (*Exodo* 3, 13-15).

Dios reveló así su nombre misterioso de YHWH: <<Yo soy el que es>> o <<Yo soy el que soy>> o también <<Yo soy el que Yo soy>>. “Este nombre divino es misterioso como Dios es Misterio. Es a la vez un Nombre revelado y como la resistencia a tomar un nombre propio, y por esto mismo expresa mejor a Dios como lo que El es, infinitamente por encima de todo lo que podemos comprender o decir: es el “Dios escondido” (*Isaías* 45, 15), su nombre es inefable (cf. *Jueces* 13, 18), y es el Dios que se acerca a los hombres” (*Catecismo...*, n. 206). Sobrecogido por el misterio de Dios, Moisés ante la zarza ardiente se quita las sandalias y se cubre el rostro (cf. *Exodo* 3, 5-6); pero es una presencia alentadora que vale para siempre, para el pasado (“Yo soy el Dios de tus padres”) y para el futuro (“Yo estaré contigo”: *Exodo* 3, 12).

El Dios vivo es fiel a sus promesas, misericordioso y clemente, a pesar de los olvidos de los hombres. “El Nombre divino <<Yo soy>> o <<El es>> expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, <<mantiene su amor por mil generaciones>> (*Exodo* 34, 7). Dios revela que es <<rico en misericordia>> (*Efesios* 2, 4) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que Él mismo lleva el Nombre divino: <<Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy>> (*Juan* 8, 28)” (*Catecismo...*, n. 211).

A lo largo de los siglos, la fe de Israel se fue enriqueciendo con la comprensión del Nombre divino: el Dios vivo no cambia y es siempre solícito. “Dios es único; fuera de El no hay dioses” (*Isaías* 44, 6). Dios trasciende el mundo y la historia. El es quien ha hecho el cielo y la tierra: <<Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan... pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años>> (*Salmo* 102, 27-28). En El <<no hay cambios ni sombras de rotaciones>> (*Santiago* 1, 17). El es <<El que es>>, desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas” (*Catecismo...*, n. 212).

Además el Dios vivo nos ha revelado quién es El, en sí mismo: “Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin. Mientras todas las criaturas han recibido de El todo su ser y su poseer. El solo es su ser mismo y es por sí mismo todo lo que es” (*Catecismo...*, n. 213).



## 17. VERDAD Y AMOR

Así como la mentira es aliada del egoísmo, la hipocresía va unida al orgullo y a la dureza de corazón. La verdad, en cambio, va unida al amor. Cuando conocemos la realidad de las personas y de las cosas, captamos y amamos el bien que hay en ellas. La unión genuinamente humana entre verdad y amor, no es sino un pálido reflejo de lo que Dios es en Sí mismo.

“Dios, <<El que es>>, se reveló a Israel como el que es <<rico en amor y fidelidad>> (*Éxodo* 34, 6). Estos dos términos expresan de forma condensada las riquezas del Nombre divino. En todas sus obras Dios muestra su benevolencia, su bondad, su gracia, su amor; pero también su fiabilidad, su constancia, su fidelidad, su verdad. <<Doy gracias a tu nombre por tu amor y tu verdad>> (*Salmo* 138, 2; cf. *Salmo* 85, 11). Él es la Verdad, porque <<Dios es Luz, en Él no hay tiniebla alguna>> (*1 Juan* 1, 5); Él es <<Amor>>, como lo enseña el apóstol Juan (*1 Juan* 4, 8)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 214).

Dios es la Verdad misma y sus palabras nunca engañan. Por eso el hombre puede confiar plenamente en Él. “El comienzo del pecado y de la caída del hombre fue una mentira del tentador que indujo a dudar de la palabra de Dios, de su benevolencia y de su fidelidad” (*Ibidem*, n. 215). Por eso la falsía y la mentira, aunque inicialmente parezcan sin importancia, incoan siempre un camino de alejamiento con respecto a Dios.

La sabiduría divina dirige todo el orden de la creación y del gobierno del universo (cf. *Sabiduría* 13, 1-9). El Creador del cielo y de la tierra (cf. *Salmo* 115, 5) es quien, cuando conocemos su Verdad, nos permite valorar en profundidad las cosas creadas en su relación con Él (cf. *Sabiduría* 7, 17-21).

En su revelación Dios se comunica directamente con los hombres, y cuando envía su Hijo al mundo, lo hace “para dar testimonio de la Verdad” (*Juan* 18, 37):

“Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero” (1 Juan 5, 20; cf. Juan 17, 3).

Asímismo, cuando Dios se reveló a su pueblo de Israel, manifestó el motivo de su revelación y escogencia: su amor inmenso y gratuito que busca, acoge y perdona a los hombres (cf. Oseas 2). Su amor es más grande que el de un padre a su hijo, una madre a sus hijos, un esposo a su amada; amor que es más fuerte que todos los pecados y todas las infidelidades de los hombres. Ese amor llegará hasta del don más valioso: “Tanto amó Dios al mundo que dió a su Hijo único” (Juan 3, 16). Su amor es eterno e inamovible (cf. *Catecismo...*, n. 219-220).

“Pero San Juan irá todavía más lejos al afirmar: <<Dios es Amor>> (1 Juan 4, 8.16); el ser mismo de Dios es Amor. Al enviar en la plenitud de los tiempos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios revela su secreto más íntimo (cf. 1 Corintios 2, 7-16; Efesios 3, 9-12); Él mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él” (*Catecismo...*, n. 221).

Crear en el único Dios, y amarle con todo el ser trae gozosas consecuencias para nuestra vida diaria: reconocemos su grandeza y majestad, podemos vivir en acción de gracias, reconocer la unidad y la verdadera dignidad de todos los hombres (hechos a su imagen y semejanza), usamos ordenadamente de las cosas creadas, podemos confiar en Dios en toda circunstancia, según aquellos versos de Santa Teresa de Jesús:

*Nada te turbe / Nada te espante*

*Todo se pasa / Dios no se muda*

*La paciencia todo lo alcanza / quien a Dios tiene*

*Nada le falta / Sólo Dios basta.*

(Cf. *Catecismo...*, n. 222-227).

## 18. LA REVELACIÓN TRINITARIA

Los cristianos hemos sido bautizados “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (*Mateo* 28, 19). Decimos *en el nombre*, en singular, porque hay un solo Dios, a la vez que mencionamos a las Tres Personas que hay en Él. Este misterio de la Santísima Trinidad es el primero y principal de la fe, y también de la vida cristiana. Nos descubre la realidad de la vida de Dios en Sí mismo, a la vez que se manifiesta en la *Economía* divina, es decir en la realización del plan salvador de Dios con respecto a los hombres (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 236). Es un misterio de fe en sentido estricto, uno de los “misterios escondidos en Dios, que no pueden ser conocidos si no son revelados desde lo alto” (Conc. VATICANO I).

La invocación de Dios como *Padre* es conocida en numerosas religiones. En Israel, a través del Antiguo Testamento Dios es llamado Padre en cuanto Creador del mundo, y también en razón de la Alianza con su Pueblo y su especial protección de los débiles y necesitados (cf. *Catecismo...*, n. 238). Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento la paternidad divina aparece como la fuente perfecta de la paternidad y de la maternidad humanas (cf. *Catecismo...*, n. 239).

Pero es Jesucristo quien nos revela a Dios como *Padre* en un sentido nuevo: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar” (*Mateo* 11, 27). El Hijo es “la imagen de Dios invisible” (*Colosenses* 1, 15), “el resplandor de su gloria y la impronta de su esencia” (*Hebreos* 1, 3). El Concilio de Nicea del año 325 declaró que el Hijo es *consustancial* al Padre (un solo Dios con Él). El Concilio de Constantinopla del año 381 añadió: “Hijo Único de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, consustancial al Padre”.

A su vez será la Tercera Persona divina, el Espíritu Santo, quien según la promesa de Cristo manifestará al Padre y al Hijo, para conducir a los discípulos “hasta la verdad completa” (*Juan* 16, 13). “El envío de la persona del Espíritu tras la glorificación de Jesús (cf. *Juan* 7, 39), revela en plenitud el misterio de la Santísima

Trinidad” (*Catecismo...*, n. 243). La fe apostólica fue así también confesada en el Concilio de Constantinopla del 381: “Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre”. Y que “con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”. La tradición latina del Credo explicitó que el Espíritu “procede del Padre y del Hijo”.

La revelación trinitaria ha sido, pues, paulatina, y en ella Dios nos ha manifestado amorosamente su propia intimidad, para que mejor podamos conocerle y amarle, en una profundización personal y eclesial cuyo horizonte no tiene límites.

## 19. UNO Y TRINO

Desde los comienzos del cristianismo el misterio de la Santísima Trinidad ha estado presente en la fe de la Iglesia. En el nombre de Dios Uno y Trino los cristianos hemos sido bautizados. Esta fe apostólica se recoge en el Nuevo Testamento y también en la Liturgia: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Corintios 13, 13).

Durante los primeros siglos el Magisterio de la Iglesia respondió a la necesidad de profundizar y explicitar la propia fe, a la vez que rechazaba los errores trinitarios, en los Concilios ecuménicos de Nicea y de Constantinopla. El desarrollo y formulación del dogma de la Trinidad fue una de sus primeras tareas, con ayuda de una terminología propia derivada de nociones filosóficas. Para designar la unidad del ser divino se utilizó la palabra *substancia* (también *esencia* o *naturaleza*); para nombrar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo se utilizó el término *persona*. El vocablo *relación* sirvió para caracterizar la distinción de una persona por su referencia a cada una de las otras (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 250-252).

El dogma de la Santísima Trinidad formula el misterio de un solo Dios en tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. No son tres dioses; y “las personas divinas no se reparten la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios” (*Catecismo...*, n. 253). Como afirma el Concilio IV de Letrán del año 1.215: “Cada una de las tres personas es esta realidad, es decir, la substancia, la esencia o la naturaleza divina”.

A la vez las personas divinas son realmente distintas entre sí, “Dios es único pero no solitario”, afirma *La fe de San Dámaso*. Padre, Hijo y Espíritu Santo no son simples nombres que designen modalidades del ser divino, sino que son realmente distintos entre sí: “El Padre es quien engendra, el Hijo es engendrado, y el Espíritu Santo es quien procede” (*Concilio IV de Letrán*, del año 1.215). Se trata de una generación espiritual e intelectual, y de una procedencia por la vía del mutuo amor divino del Padre y del Hijo. “La distinción real de las personas entre sí, porque no divide la unidad divina, reside únicamente en las relaciones que las refieren unas o otras” (*Catecismo...*, n. 255).

Dios Uno y Trino se ha comunicado con los hombres. “Dios es eterna beatitud, vida inmortal, luz sin ocaso, Dios es amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios quiere comunicar libremente la gloria de su vida bienaventurada” (*Catecismo...*, n. 257). Ha querido hacernos hijos del Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo. Tal es la historia de la creación, de la salvación y de la santificación de los hombres, por el envío o misión del Hijo y del Espíritu Santo (cf. *Ibidem*). Toda ella es obra común de las tres personas divinas, pero “cada persona divina realiza la obra común según su propiedad personal” (...). “Son, sobre todo, las misiones divinas de la Encarnación del Hijo y del don del Espíritu Santo las que manifiestan las propiedades de las personas divinas” (*Catecismo...*, n. 258). Damos gloria al Padre siguiendo a Cristo y movidos por el Espíritu Santo.

El fin último del plan divino será la perfecta unión en la gloria con la Bienaventurada Trinidad, unión que comienza ya en la tierra para quien vive con su alma en gracia: “Si alguno me ama -son palabras de Cristo- guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (*Juan 14, 23*).

## 20. TODOPODEROSO

En el Credo profesamos que Dios todo lo puede, y que sólo Él es Todopoderoso. En cambio nuestra inteligencia, nuestra fuerza, nuestro poder son siempre muy limitados. Por contraste la omnipotencia divina se nos revela como *universal*, ya que Él lo ha creado todo, lo ordena y lo gobierna. Su omnipotencia es *amorosa*, ya que es nuestro Padre (cf. *Mateo* 6, 9). Y es también *misteriosa*, pues “se manifiesta en la debilidad”, del hombre y del Redentor del hombre (cf. *2 Corintios* 12, 9; *1 Corintios* 1, 18).

“Todo lo que Él quiere, lo hace” (*Salmo* 115, 3). Ninguno de nosotros puede decirlo de sí mismo. Dios tiene un poder *universal*; la Biblia le llama el Poderoso de Jacob, el Señor de los ejércitos celestiales, el Fuerte, el Valeroso. Él ha hecho el cielo y la tierra (cf. *Salmo* 135, 6); es el Señor del Universo, cuyo orden y gobierno Él establece. Dios es también el Señor de la historia: respetando siempre nuestra libertad, gobierna los corazones y los acontecimientos, según su voluntad (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 268-269). “El actuar con inmenso poder siempre está en tu mano. ¿Quién podrá resistir la fuerza de tu brazo?” (*Sabiduría* 11, 21). A veces los hombres pensamos que la historia la gobiernan las ideologías, los poderes económicos, los liderazgos políticos. Nada más inexacto: el Todopoderoso es sólo Dios.

Dios es *Padre* Todopoderoso. Su imperio es benéfico. Se manifiesta haciendo el bien e inclinándose hacia nuestra debilidad: “Te compadeces de todos porque lo puedes todo” (*Sabiduría* 11, 21). Él cuida de nuestras necesidades y nos otorga la adopción de hijos. Porque nos ama, quiere mostrarnos su poder perdonando y borrando nuestros pecados, que son los mayores males, con tal de que estemos arrepentidos; “nada puede haber en el poder divino que no pueda estar en la justa voluntad de Dios o en su sabia inteligencia” (STO. TOMÁS DE AQUINO. *Suma teológica* I, q. 25, a. 5, ad 1; cf. *Catecismo...*, n. 270-271).

Hay, sin embargo, quienes, ante la experiencia del mal o del sufrimiento, desconfían del poder divino. Como si Él no conociera, no le importara o no pudiera impedir el mal. Pero los planes de Dios no son los nuestros: su sabiduría, amor y poder

se desarrollan muchas veces de un modo que nos desconcierta. “Dios Padre ha revelado su omnipotencia de la manera más *misteriosa* en el anodamiento voluntario y en la resurrección de su Hijo, por los cuales ha vencido el mal. Así, Cristo crucificado es «poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres» (*1 Corintios* 2, 24-25). En la Resurrección y en la exaltación de Cristo es donde el Padre «desplegó el vigor de su fuerza» y manifestó «la soberana grandeza de su poder para con nosotros los creyentes» (*Efesios* 1, 19-20)” (*Catecismo...*, n. 272).

Por la fe nos adherimos a los misteriosos caminos de la omnipotencia divina. El Catecismo Romano de San Pío V (1,2,13) afirmaba: “Nada es, pues, más propio para afianzar nuestra Fe y nuestra Esperanza que la convicción profundamente arraigada en nuestras almas de que nada es imposible para Dios. Porque todo lo que (el Credo) propondrá luego a nuestra fe, las cosas más grandes, las más incomprensibles, así como las más elevadas por encima de las leyes ordinarias de la naturaleza, en la medida en que nuestra razón tenga la idea de la omnipotencia divina, las admitirá fácilmente y sin vacilación alguna”.

La Virgen María es el supremo modelo de la fe. Creyó que “nada es imposible para Dios” (*Lucas* 1, 37), y proclamó las grandezas de su poder: “El poderoso ha hecho en mi favor maravillas, Santo es su nombre” (*Lucas* 1, 49).



## 21. CREADOR

“«En el principio, Dios creó el cielo y la tierra» (*Génesis* 1, 1). Con estas palabras solemnes comienza la Sagrada Escritura. El Símbolo de la fe las recoge confesando a Dios Padre Todopoderoso como «el Creador del cielo y de la tierra», «de todo lo visible y lo invisible»” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 279).

Así como sólo nuestro Padre Dios es Todopoderoso, así también sólo Él es Creador. Cuando decimos de un hombre que es creador o que tiene mucha creatividad, lo hacemos en un sentido figurado. A Dios se debe el origen primero de todas las cosas, que culminará con la creación y santificación del hombre, y el Reinado de Cristo sobre todo el universo. Por eso las lecturas de la Vigilia Pascual, en que se celebra la resurrección y con ella el triunfo de Jesucristo, comienzan con el relato de la creación.

Estamos aquí ante una verdad fundamental de la fe cristiana. Hay una difundida mentalidad de considerar sólo en superficie la realidad que nos circunda, y esperar de las fuerzas humanas la explicación de la vida y la solución a sus problemas. El progreso científico-experimental y tecnológico, si es mal asimilado, propicia una pretenciosa declaración de autosuficiencia por parte del hombre, y una falta de percepción de sus radicales limitaciones. “La catequesis sobre la Creación reviste una importancia capital. Se refiere a los fundamentos mismos de la vida humana y cristiana: explicita la respuesta de la fe cristiana a la pregunta básica que los hombres de todos los tiempos se han formulado: «¿De dónde venimos?» «¿A dónde vamos?» «¿Cuál es nuestro origen?» «¿Cuál es nuestro fin?» «¿De dónde viene y a dónde va todo lo que existe?». Las dos cuestiones, la del origen y la del fin, son inseparables. Son decisivas para el sentido y la orientación de nuestra vida y de nuestro obrar” (*Catecismo...*, n. 282).

Las investigaciones científicas acerca de los orígenes del mundo y del hombre revisten un gran interés. Ellas enriquecen nuestro conocimiento del cosmos, de las formas de vida, de la aparición del hombre. Nos muestran la grandeza admirable del poder divino y a la vez de la inteligencia con la que Dios ha dotado al hombre; tal como afirma el libro de la Sabiduría (7, 17-21): “Fue Él quien me concedió el conocimiento verdadero de cuanto existe, quien me dio a conocer la estructura del mundo y las

propiedades de los elementos (...) porque la que todo lo hizo, la Sabiduría, me lo enseñó”.

El interés por estas cuestiones no es solamente científico-experimental, sino que atañe al *sentido* total del universo: azar u orden inteligente, necesidad ciega o sabiduría y bondad de Dios, prevalencia del bien o del mal. Además de los antiguos mitos religiosos sobre los orígenes del mundo, encontramos también tesis filosóficas que se oponen a la verdad revelada de un Dios Creador. Así la confusión del mundo con Dios (panteísmo), la afirmación de dos principios supremos del bien y del mal que pugnan entre sí (dualismo, maniqueísmo, gnosticismo), la independencia del mundo con respecto a un Dios lejano (deísmo), la reducción del universo a una materia eterna y autosuficiente (materialismo).

La razón humana tiene capacidad de llegar por sus solas fuerzas a la existencia de un Dios Creador. Pero afectada por el pecado, la ignorancia y el error, históricamente sólo conoció esta verdad gracias a la revelación divina: “Por la fe, sabemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de manera que lo que se ve resultase de lo que no aparece” (*Carta a los hebreos* 11, 3).

En efecto, Dios reveló paulatinamente a los hombres el misterio de la creación: Él es el único Dios que “hizo el cielo y la tierra” (*Salmo* 115, 15). La revelación del Creador va unida a la Alianza de Dios con los hombres, expresión de su amor y solicitud hacia nosotros. Los tres primeros capítulos del Génesis, el mensaje de los profetas, las invocaciones de los salmos, dan a conocer ya en el Antiguo Testamento el origen y fin del universo y del hombre, el drama del pecado y la esperanza de la salvación.

## 22. HAY UN MOTIVO

Un famoso filósofo de nuestro tiempo ha afirmado que la pregunta más importante y radical que nos podemos hacer es la siguiente: «¿Por qué el ser, y no más bien la nada?». Dicho con otras palabras: ¿Hay algún motivo, razón o explicación para que exista el universo visible, cuya riqueza y perfección la ciencia está solamente comenzando a atisbar? ¿Cómo se explica la vida y su prodigiosa variedad en el mundo vegetal y animal? ¿De dónde procede el ser humano, persona inteligente y libre?

La Biblia comienza por unas palabras altamente reveladoras: “En el principio Dios creó el cielo y la tierra” (*Génesis* 1, 1). Con ello se indica que el Dios eterno ha dado principio a todo cuanto existe además de Él (hay que tener en cuenta que la expresión hebrea de *el cielo y la tierra* expresa la totalidad de las realidades existentes). Esta revelación bíblica viene complementada por numerosos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, que manifiestan la acción creadora de Dios Padre, por su Hijo que es la Sabiduría personal de Dios: “En Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra (...); todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo y todo tiene en Él su consistencia” (*Colosenses* 1, 16-17). A la vez el Credo de Nicea-Constantinopla afirma que la tercera Persona divina, el Espíritu Santo es “dador de vida” y el himno litúrgico *Veni, Creator Spiritus* le llama “Espíritu Creador”. San Ireneo de Lyon recoge ya en el siglo II la Tradición cristiana, cuando asevera: “Sólo existe un Dios...: es el Padre, es Dios, es el Creador, es el Autor, es el Ordenador. Ha hecho todas las cosas *por sí mismo* (...), por el Hijo y el Espíritu” que son como “sus manos”.

¿Existe un motivo para esta acción creadora? Ciertamente. El Concilio Vaticano I lo expresó diciendo que: “El mundo ha sido creado para la gloria de Dios”. ¿Qué se entiende con esta expresión tradicional? Que el motivo de la creación no es ajeno a Dios mismo, no está subordinado a nada ni a nadie, sino que encuentra sus raíces en su propia sabiduría y amor. Tal como escribió bellamente Santo Tomás de Aquino: “Abierta su mano con la llave del amor surgieron las criaturas”. Es un motivo plenamente generoso y desinteresado. Hablando con propiedad Dios no ganaba nada al crearnos, ninguna perfección que no tuviera ya; en cambio nosotros lo ganábamos todo.

Con palabras del aludido Concilio: “En su bondad y por su fuerza todopoderosa, no para aumentar su bienaventuranza, ni para adquirir su perfección, sino para manifestarla por los bienes que otorga a sus criaturas, el solo verdadero Dios, en su libérrimo designio, en el comienzo del tiempo, creó de la nada a la vez una y otra criatura, la espiritual y la corporal”.

Ese es el motivo de la creación: “La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado (...). El fin último de la creación es que Dios, Creador de todos los seres, se hace por fin «todo en todas las cosas» (*1 Corintios* 15, 28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 294).

## 23. DE LA NADA

No hay un destino ciego al que los hombres estemos necesariamente sujetos: cada uno es consciente de la dirección que libremente imprime él mismo a su propia vida. Tampoco estamos sometidos a una lotería, a un juego de azar, que en el fondo sería lo mismo que un destino ciego. Advertimos no sólo el influjo de nuestra propia inteligencia y libertad, sino la sabiduría y el amor de Dios que ejercen su influjo sobre la totalidad de los seres, como Él mismo nos ha revelado: “Porque tú has creado todas las cosas: por tu voluntad lo que no existía fue creado” (*Apocalipsis* 4, 11); “¡Cuán numerosas son tus obras, Señor! Todas las has hecho con sabiduría” (*Salmo* 104, 4).

Necesariamente nos preguntamos, con asombro, por el origen del universo. Lo más sorprendente de las cosas no es que sean tales o cuales, que posean unas u otras características, sino simplemente que *sean*, que existan. La fe cristiana nos enseña que el mundo ha sido creado de la nada. ¿Y qué es la nada? Es tan poca cosa que no existe: *la nada no es nada*. Cuando decimos que Dios crea *de la nada*, es un modo de expresar la completa novedad de los seres creados. “Creemos que Dios no necesita nada preexistente ni ninguna ayuda para crear (...). La creación tampoco es una emanación necesaria de la substancia divina (...). Dios crea libremente «de la nada»” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 296).

Nosotros los hombres no somos capaces de crear, en sentido propio, ni tampoco los ángeles. Necesitamos una *materia* de la que partir, de unos instrumentos para operar. Podemos transformar la naturaleza, pero no darle la originalidad de su ser. La madre de los macabeos alentaba la esperanza de sus hijos, en el martirio, con estas palabras: “Yo no sé cómo aparecísteis en mis entrañas, ni fui yo quien os regaló el espíritu y la vida, ni tampoco organicé yo los elementos de cada uno. Pues así el Creador del mundo, el que modeló al hombre en su nacimiento y proyectó el origen de todas las cosas, os devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes (...). Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir de la nada lo hizo Dios y que también el género humano ha llegado así a la existencia” (*2 Macabeos* 7, 22-23. 28).

Dios crea de la nada: puede dar a los pecadores un corazón puro, la luz de la fe a los que la ignoran, la vida del cuerpo a los difuntos mediante la Resurrección (cf. *Catecismo...*, n. 298). Dios ha ordenado su creación con sabiduría, y la ha orientado hacia el hombre, imagen suya. El mundo creado participa de la bondad divina. En el Génesis se dice: “Y vió Dios que era bueno... muy bueno” (*Génesis* 1, 4. 10. 12. 18. 21. 31). También las realidades materiales son buenas, aunque sean inferiores a las espirituales. El Creador trasciende todas sus obras: “Su majestad es más alta que los cielos” (*Salmo* 8, 2); y a la vez está íntimamente presente en ellas: “En Él vivimos, nos movemos y existimos” (*Hechos de los Apóstoles* 17, 28).

El mundo creado no está nunca *dejado de la mano de Dios*, aunque a veces pareciera que tratamos de zafarnos de ella. Él nos presta el ser y el obrar, todo lo que valemos y podemos. Su amor paterno nos cuida: “Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no lo hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida” (*Sabiduría* 11, 24-26).

## 24. EN BUENAS MANOS

Cuando Dios llevó a cabo la creación del mundo, éste no quedó plenamente acabado. Vivimos en un universo dinámico, en el que hay un perfeccionamiento gradual hasta alcanzar la perfección mayor a que Dios lo destinó. Los designios divinos para llevar la obra de la creación hacia su plenitud son llamados divina providencia: por ella Dios cuida de todas y cada una de sus criaturas: “Nuestro Dios en los cielos y en la tierra, todo cuanto le place lo realiza” (*Salmo 115, 3*).

Jesucristo, al revelarnos la paternidad divina, nos invitó a abandonarnos confiadamente en las manos de Dios: “No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber? (...). Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura” (*Mateo 6, 31-33*).

En su sabiduría y poder, Dios ha querido hacer participar a las criaturas en la realización de sus designios. Con ello nos promueve, nos eleva y perfecciona. El hombre, con su trabajo *somete y domina la tierra* (cf. *Génesis 1, 26-28*), completando así la obra de la creación como causa inteligente y libre. Somos cooperadores libres de los planes de Dios merced a nuestras acciones, oraciones y sufrimientos. Dios ha querido nuestra colaboración en la realización de su providencia: “Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece” (*Filipenses 2, 13*). Hasta que podamos alcanzar nuestra salvación y felicidad con la gracia de Dios.

Hay quienes ante la presencia terrible del mal en el mundo desconfían de la sabiduría, de la bondad o del poder divino. “Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa, no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a

aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. *No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 309).

Dios pudo muy bien crear un mundo en el que el mal no hubiera podido estar presente. Sin embargo prefirió en su sabiduría crear éste, en que se ha hecho presente el *mal moral*, el pecado, que entró al mundo por libres decisiones desviadas del ángel y del hombre: mal enormemente más grave que los males físicos, que aparecieron como consecuencia del desorden original: las enfermedades, las destrucciones, los sufrimientos. Dios permite los males con vistas al bien, tal como afirmó San Agustín: “Porque el Dios Todopoderoso (...), por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal” (*Enchiridion* 11, 3). Del mayor crimen que ha cometido la humanidad: la pasión y muerte del Hijo de Dios, sacó el máximo bien de la Redención, y de la glorificación de Cristo.

Estamos en buenas manos; con tal de que procuremos vivir como buenos hijos de Dios: “Todo coopera al bien de los que aman a Dios” (*Romanos* 2, 28). Él cuida de nosotros con su providencia. “Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios «cara a cara» (*I Corintios* 13, 12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese *Sabbat* (cf. *Génesis* 2, 2) definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra” (*Catecismo...*, n. 314).



## 25. LOS ÁNGELES

Desde hace bastantes años es frecuente, en la literatura y en el cine de ficción, hablar de los extraterrestres: unos seres misteriosos e inteligentes, dotados de grandes poderes. La imaginación se despliega ampliamente al describir las facultades y las proezas de esos entes ficticios.

Sin embargo, la realidad es mucho más admirable y rica que la ficción. Los ángeles, seres espirituales, no corporales, creados por Dios, superan inconmensurablemente la inteligencia, la perfección y el poder de los así llamados extraterrestres. El Símbolo de Nicea-Constantinopla señala que Dios es el Creador “de todo lo visible e invisible”. Asimismo se expresa la profesión de fe del IV Concilio de Letrán: “al comienzo del tiempo, creó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana; luego, la criatura humana, que participa de las dos realidades, pues está compuesta de espíritu y de cuerpo”.

Los ángeles aparecen en la Biblia siempre como servidores y mensajeros de Dios, no como poderes independientes de Él, son “agentes de sus órdenes, atentos a la voz de su palabra” (*Salmo* 103, 20). Jesucristo afirma de ellos que contemplan “constantemente el rostro de mi Padre que está en los cielos” (*Mateo* 18, 10). “En tanto que criaturas puramente *espirituales*, tienen inteligencia y voluntad: son criaturas personales (...) e inmortales (...). Superan en perfección a todas las criaturas visibles. El resplandor de su gloria es testimonio de ello” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 330).

Las intervenciones de los ángeles recorren constantemente las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, al servicio de los planes divinos para la salvación de los hombres. En los umbrales de la Redención el ángel Gabriel anuncia el nacimiento de Jesucristo y de su precursor San Juan Bautista (cf. *Lucas* 1, 11.26). Los ángeles están al servicio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él” (*Colosenses* 1, 16). Son mensajeros de la salvación: “¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?”

(*Hebreos* 1, 14). A lo largo de la vida terrena de Jesús, desde la Encarnación a la Ascensión los ángeles le adoran y le sirven: en su nacimiento, en su infancia, en su penitencia en el desierto, en su agonía de Getsemaní, en el anuncio de su Resurrección. Y lo harán también en su segunda venida, “cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles” (*Mateo* 25, 31).

La vida de cada hombre se beneficia de la protección y ayuda de los ángeles, a los que Dios ha encomendado nuestra guarda, custodia e intercesión. Son buenos amigos nuestros, por ser buenos amigos y servidores de Dios.

Sin embargo no todos lo fueron. Hubo en los comienzos una prueba, en la que algunos sucumbieron. El Concilio IV de Letrán, del año 1215, enseña: “El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos”. El pecado de estos ángeles fue un rechazo libre, radical e irrevocable, ya que en ellos no hay arrepentimiento. “La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquél a quien Jesús llama «homicida desde el principio» (*Juan* 8, 44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. *Mateo* 4, 1-11). «El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo» (*1 Juan* 3, 8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios” (*Catecismo...*, n. 394).

El poder de Satanás no es ilimitado. Actúa por odio a Dios y envidia de los hombres, y causa muchos males. Pero Dios, en su providencia, permite su acción; pues sabe obtener, aun de los peores males, grandes bienes para sus hijos: “nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman” (*Romanos* 8, 28).

Es muy bueno acudir a los ángeles, invocarlos y reverenciarlos. Pero esa devoción debe llevarnos a Dios, no debe ser al margen de Él. Porque si bien es verdad que hay ángeles *independientes*, esos ángeles se llaman demonios.

## 26. MÁS ALLÁ DE LA MATERIA

El estudio amplísimo y sumamente diversificado que las ciencias experimentales han realizado y continúan realizando de las realidades materiales, a la par que nos revela su estructura y sus leyes, da lugar también a grandes interrogantes. Estas preguntas, paradójicamente, nos conducen a una respuestas *más allá de la materia*.

La revelación cristiana, que no pretende responder a los problemas científicos - no es ésta su finalidad- nos ofrece, sin embargo, interesantes perspectivas. No trata, repito, de abordar soluciones para las que la ciencia humana tiene sus propios métodos y recursos; ya San Agustín afirmaba que la revelación divina, más que enseñarnos cómo es *el cielo*, lo que busca es encaminarnos a él.

“Dios mismo es quien ha creado el mundo visible en toda su riqueza, su diversidad y su orden. La Escritura presenta la obra del Creador simbólicamente como una secuencia de seis días «de trabajo» divino que terminan en el «reposo» del día séptimo (...). El texto sagrado enseña a propósito de la creación, verdades reveladas por Dios para nuestra salvación (...) que permiten «conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la alabanza divina» (...)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 337).

Todo lo que existe debe su origen a Dios creador; cuando comienza el universo comienza con él también el tiempo, medida de su dinamismo. Cada uno de los seres que constituyen el mundo tiene una peculiar bondad, riqueza y perfección. El Génesis afirma que Dios vio que todo lo que había creado era bueno. “Por la condición misma de la creación, todas las cosas están dotadas de firmeza, verdad y bondad propias, y de un orden” (CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et spes*, n. 36). Es como si la infinita perfección divina se *derramara* y multiplicara a través de su reflejo en cada una de las criaturas. “Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas, que desprecie al Creador y acarree consecuencias nefastas para los hombres y para su ambiente” (*Catecismo...*, n. 339).

Hay una profunda interdependencia entre todos los seres del universo: la riqueza y multiplicidad de sus perfecciones quedan incluidas dentro de un orden admirable. “El

hombre las descubre progresivamente como leyes de la naturaleza que causan la admiración de los sabios. La belleza de la creación refleja la infinita belleza del Creador. Debe inspirar el respeto y la sumisión de la inteligencia del hombre y de su voluntad” (*Catecismo...*, n. 341). El *Sabbat* del séptimo día expresa, con la imagen del descanso de Dios, la culminación de su obra, y la necesaria ordenación del hombre y de la creación entera al culto y a la adoración de Dios.

En su *Cántico de las criaturas* San Francisco de Asís expresa este sentido trascendente del mundo material:

*Loado seas por toda criatura, mi Señor  
y en especial loado por el hermano Sol,  
que alumbra y abre el día, y es bello en su esplendor  
y lleva por los cielos noticia de su autor.  
Y por la hermana agua, preciosa en su candor,  
que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!  
Y por la hermana tierra que es toda bendición,  
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión  
las hierbas y los frutos y flores de color,  
y nos sustenta y rige: ¡loado mi Señor!  
Servidle con ternura y humilde corazón,  
agradeced sus dones, cantad su creación.  
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.*

Pero no todo queda ahí: “para nosotros ha surgido un nuevo día: el día de la resurrección de Cristo. El séptimo día acaba la primera creación. Y el octavo día comienza la nueva creación. Así la obra de la creación culmina con una obra todavía más grande: la Redención. La primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación en Cristo, cuyo esplendor sobrepasa el de la primera” (*Catecismo...*, n. 349).

## 27. A SU IMAGEN

He aquí la raíz más profunda de la dignidad humana. Es una de las primeras y principales verdades reveladas por Dios: “Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (*Génesis* 1, 27). La persona humana no es un ente más entre todos los que integran el universo; es la “única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 24), puesto que cada hombre es persona, singular e irrepetible. Sólo él es “capaz de conocer y amar a su Creador” (*Gaudium et spes*, n. 12). El amor de Dios resplandece de un modo especial en la creación del hombre. Como escribe Santa Catalina de Siena: “¿Qué cosa, o quien, fue el motivo de que establecieras al hombre en semejante dignidad? Ciertamente, nada que no fuera el amor inextinguible con el que contemplaste a tu criatura en ti mismo y te dejaste cautivar de amor por ella. Por amor lo creaste, por amor le diste un ser capaz de gustar tu Bien eterno” (*El Diálogo* 4, 13).

Cada persona humana no es solamente *algo*, sino *alguien*. La persona conoce y posee su propia intimidad, dispone libremente de sus actos, puede amar y *darse* a las otras personas y al mismo Dios. Además, al recibir el don de la gracia ha sido llamada a una particular amistad con Dios, a quien da una respuesta propia de fe y de amor. Cada persona humana es única, aunque seamos centenares de millones. Dios creó el mundo para nosotros, y para que nosotros lo elevemos hasta Él, sirviéndole y amándolo. Toda vida humana, aun la más débil, limitada o disminuida, es digna de consideración y de amor. Si Dios ama tanto a cada uno de nosotros, ¿quién soy yo para despreciar o marginar a nadie?

¿Quién es el hombre? Hay en él un profundo misterio: es capaz de todas las bajezas y de todas las grandezas. No hay dos personas iguales. Cada persona es siempre sorprendente, y nunca acabamos de conocerla por completo. He aquí una profunda razón para que sea imposible la *clonación* de las personas humanas. Técnicamente parece demasiado difícil e improbable. Moralmente sería una acción gravemente reprobable. Pero, además, es metafísicamente imposible, ya que la persona, cada persona, es íntimamente *suya*, incomunicable, irrepetible; aunque pueda haber semejanzas externas.

El Concilio Vaticano II hace una afirmación de gran alcance antropológico: “Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (Const. *Gaudium et spes*, n. 22). Sólo mirando al que, además de perfecto Dios, es también perfecto hombre, podemos vislumbrar la dignidad y la grandeza de cada persona humana. La Biblia y los Padres de la Iglesia nos hablan de Jesucristo como nuevo Adán, cabeza de la humanidad restaurada y resurgida por la obra de la Encarnación y de la Redención. Del primer Adán recibimos la vida natural, pero de Cristo hemos sido renacidos, después del pecado, a la vida superior de los hijos de Dios.

He aquí también la más fuerte razón para la fraternidad entre todos los hombres. “Debido a la comunidad de origen, *el género humano forma una unidad*. Porque Dios «creó de un solo principio, todo el lenguaje humano» (*Hechos de los Apóstoles* 17, 26)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 360). Tal como afirmaba el Papa Pío XII: “Maravillosa visión que nos hace contemplar el género humano en la unidad de su origen en Dios (...); en la unidad de su naturaleza, compuesta de igual modo en todos de un cuerpo material y de un alma espiritual; en la unidad de su fin inmediato y de su misión en el mundo; en la unidad de su morada: la tierra, cuyos bienes todos los hombres, por derecho natural, pueden usar para sostener y desarrollar la vida; en la unidad de su fin sobrenatural: Dios mismo a quien todos deben tender; en la unidad de los medios para alcanzar este fin; (...) en la unidad de su rescate realizado para todos por Cristo” (Enc. *Summi Pontificatus*, 3).

La rica “variedad de las personas, las culturas y los pueblos” (*Catecismo...*, n. 361) requiere de una solidaria fraternidad, que no es una entelequia abstracta sino un respeto y amor verdadero por cada persona. Para que no podamos decir lo que exclamaba aquél: “Yo, a la humanidad, la amo; lo que me molesta es la gente”.

## **28. MATERIAL...Y ESPIRITUAL**

El hombre es un ser altamente sorprendente. En él confluyen las múltiples perfecciones que adornan el universo. No en vano los griegos lo calificaron como un *microcosmos*: un universo en miniatura. “La persona humana, creada a imagen de Dios, es un ser a la vez corporal y espiritual. El relato bíblico expresa esta realidad con un lenguaje simbólico cuando afirma que «Dios formó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente» (*Génesis* 2, 7). Por tanto, el hombre en su totalidad es *querido por Dios*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 362).

El desprecio de la materia y del cuerpo humano son ajenos a la fe cristiana: más bien ha sido el denominador común de las herejías gnósticas. No se debe despreciar el cuerpo, creado por Dios y partícipe de la *imagen* divina. Está animado por un alma espiritual y está destinado, por la acción de la gracia, a ser verdaderamente *templo de Dios*. “Uno en cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, reúne en sí los elementos del mundo material, de tal modo que, por medio de él, éstos alcanzan su cima y elevan la voz para la libre alabanza del Creador. Por consiguiente, no es lícito al hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, tiene que considerar su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y que ha de resucitar en el último día” (CONCILIO VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 14). Quizás hoy en día hay menos peligro de despreciar el cuerpo y sus bienes, dado el difundido materialismo que nos envuelve. Pero al desvincularlo del alma y de los bienes espirituales, al fomentar un *culto al cuerpo*, pierde dignidad y *sentido*, porque se desvirtúa el *hombre total*.

No hay que olvidar el alma, que por inmaterial no es menos real que el cuerpo. A veces, en el lenguaje bíblico, el alma, como integrante principal del hombre, designa la *vida* o la *persona humana* en su conjunto. “Pero designa también lo que hay de más íntimo en el hombre (cf. *Mateo* 26, 38; *Juan* 12, 27) y de más valor en él (cf. *Mateo* 26, 38; *2 Macabeos* 6, 30), aquello por lo que es particularmente imagen de Dios: «alma» significa el principio espiritual en el hombre” (*Catecismo...*, n. 363). Los elementos materiales que constituyen el cuerpo no tienen vida por sí mismos: de hecho siguen siendo los mismos al producirse la separación del alma y ocurrir la muerte.

La persona humana no es un ángel, un ser enteramente espiritual o inmaterial, pero tampoco es una bestia: un simple animal sujeto a las necesidades de la materia y carente de entendimiento y de libre voluntad. El hombre sólo se entiende en la conjunción, *en el horizonte o confín entre el tiempo y la eternidad*, según la afortunada expresión de Santo Tomás de Aquino. “La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar como la «forma» del cuerpo (cf. CONCILIO DE VIENNE, del año 1312); es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza” (*Catecismo...*, n. 365).

¿De dónde procede el alma humana? No de una imaginaria y mítica *reencarnación*, ni tampoco del plano inferior de la materia (no es producida por los padres, que solamente originan el cuerpo). Y es que la creación no ha terminado. El Magisterio de la Iglesia enseña que cada alma humana es creada directamente por Dios, y que es inmortal: no se destruye al separarse del cuerpo, y se unirá nuevamente a él en la resurrección final (cf. *Catecismo...*, n. 366).

No hay en el hombre una pretendida dualidad entre alma y espíritu. Esta última expresión se utiliza para significar la vida sobrenatural que la infusión de la gracia introduce en el alma. A su vez, la profunda unión de ésta con el cuerpo hace que todo el hombre quede con ello elevado a la dignidad de hijo de Dios (cf. *Catecismo...*, n. 367-368).

## **29. VARÓN Y MUJER**



El hombre, la persona humana, tiene dos modos naturales de ser: como varón y como mujer. Esta dualidad corresponde al plan creador divino: “Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (*Génesis* 1, 27).

Entre el varón y la mujer hay igualdad y hay diferencia: ambas son reales y legítimas. El varón y la mujer han sido creados, *queridos* como tales por Dios. Hay una plena igualdad esencial entre ellos, ya que son personas humanas. Y hay una desigualdad, accidental pero insoslayable, en cuanto a sus características y a su realización como varones o como mujeres.

¿Qué es mejor, ser varón o ser mujer? Para cada uno es mejor lo que Dios ha dispuesto para él, dentro de la común igualdad de origen y de destino que corresponde a los seres humanos. En la dualidad de sexos se manifiesta la sabiduría y la bondad del Creador (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 369).

Por ello no es válida la hipótesis del *androgenismo*, según la cual sería indiferente el pertenecer a uno u otro sexo, y ello quedaría a elección de cada persona, en la medida en que los medios técnicos de que se disponga permitan esa transformación. La diferencia entre varón y mujer es, sin embargo, natural, y su alteración es una manipulación *contra natura*. Ya en el Antiguo Testamento se prohibían a los israelitas los usos que indujeran a borrar esta diferencia natural: “No llevará la mujer vestidos de varón, ni el varón vestidos de mujer, porque el que tal hace es abominación a Yavéh, tu Dios” (*Deuteronomio* 22, 5).

En los planes de Dios la humanidad obtiene su desarrollo y perfección a través de los peculiares modos de ser y tareas de varones y mujeres (cf. *Catecismo...*, n. 371). “El hombre y la mujer están hechos «el uno para el otro»: no que Dios los haya hecho «a medias» e «incompletos»; los ha creado para una comunión de personas, en la que cada uno puede ser «ayuda» para el otro porque son a la vez iguales en cuanto personas («hueso de mis huesos») y complementarios en cuanto masculino y femenino. En el matrimonio, Dios los une de manera que, formando «una sola carne» (*Génesis* 2, 24), puedan transmitir la vida humana: «Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra» (*Génesis* 1, 28). Al transmitir a sus descendientes la vida humana, el hombre y la mujer,

como esposos y padres, cooperan de una manera única en la obra del Creador” (*Catecismo...*, n. 372).

El mandato divino va dirigido tanto al varón como a la mujer: “someter la tierra”, que no es atropellarla ni destruirla, sino ser responsables ante Dios del desarrollo del mundo. Nuestros primeros padres fueron creados buenos, en armonía con Dios, entre ellos y con respecto a la naturaleza; en estado “de santidad y de justicia original”, tal como enseñó el Concilio de Trento, partícipes de la vida divina por la gracia. No debían ni morir ni sufrir, mientras no se rompiese la amistad con Dios y la armonía de la creación (cf. *Catecismo...*, n. 373-376).

El varón y la mujer tenían cada uno el dominio de sí, de modo que sus pasiones fueran dirigidas por la razón y no triunfaran los imperativos de la concupiscencia, la avaricia y el egoísmo. El trabajo no era penoso (cf. *Génesis* 2, 15; 3, 17-19), sino una colaboración con Dios para el perfeccionamiento de la creación material. Así fue nuestra primera condición, original, tal como Dios la quiso (cf. *Catecismo...*, n. 377-379).

### **30. ORIGINAL Y ORIGINANTE**

Así fue el pecado de nuestros primeros padres. Y ésta es la más profunda explicación de que, siendo Dios infinitamente bueno y buenas también las obras de su creación, haya para nosotros sufrimientos, males y pecados.

Sería ingenuidad ignorar los males que nos afligen, cuya raíz fue aquel primer pecado. Allí se rompió el vínculo profundo que une al hombre con Dios. Sólo a la luz de la revelación divina podemos tener conocimiento cabal del mal en sus orígenes: sólo si se conoce el profundo ligamen del hombre con respecto a Dios se puede calibrar la negatividad del pecado; que no es un simple error, un precio por el desarrollo humano o una debilidad psicológica.

La historia de la caída, narrada en el Génesis, nos ilumina acerca del significado de la Redención por la Muerte y Resurrección de Jesucristo. “Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino «a convencer al mundo en lo referente al pecado» (*Juan* 16, 8) revelando al que es su Redentor. La doctrina del pecado original es, por así decirlo, «el reverso» de la Buena Nueva de que Jesús es el Salvador de todos los hombres, que todos necesitan salvación, y que la salvación es ofrecida a todos gracias a Cristo. La Iglesia, que tiene el sentido de Cristo (cf. *I Corintios* 2, 16) sabe bien que no se puede lesionar la revelación del pecado original sin atentarse contra el Misterio de Cristo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 388-389).

El relato de la caída (*Génesis* 3), presenta a través de imágenes el acontecimiento primordial ocurrido en los albores de la historia humana. El hombre, creado a imagen de Dios, vivía en amistad con El. A la vez debía estar libremente sometido a su Creador. “«El árbol del conocimiento del bien y del mal» evoca simbólicamente el límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza. El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad” (*Catecismo...*, n. 396). Pero, tentado por el Diablo, desconfió de Dios y desobedeció su mandato: se antepuso soberbiamente a su Hacedor y quiso “ser como Dios” (cf. *Génesis* 3, 5), pero, como escribe San Máximo, “sin Dios, antes que Dios y no según Dios”.

El pecado *original* fue también *originante* de múltiples desgracias: perdió el hombre la amistad con Dios, el dominio de sus facultades espirituales sobre el cuerpo, la respetuosa concordancia entre varón y mujer, la armonía con la creación material; y sobrevino la muerte como término de su vida terrena. Desde entonces toda sarta de pecados se multiplicó sobre la tierra: desde el fratricidio de Abel por Caín, pasando por todas las formas de corrupción y de infidelidad, hasta los modernos genocidios del siglo XX.

Hay un profundo misterio en este pecado original y originante. Pues todos los hombres estamos implicados en el pecado de Adán. Dios tenía dispuesto transmitirnos la gracia por medio de la generación, y al perderla nuestros primeros padres, recibimos la des-gracia. Es como si un padre quiere dejar como herencia 600 millones a sus hijos, pero antes de morir se arruina y se endeuda. Sus hijos recibirán deudas, no dinero. Por la unidad del género humano, todos hemos nacido con el pecado original, que se nos ha transmitido con la naturaleza humana caída. No es una *culpa* personal, sino un estado de privación de gracia y de naturaleza debilitada: sometida a la ignorancia, al sufrimiento y a la muerte, inclinada al pecado: “Por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores” (*Romanos* 5, 19). “La doctrina sobre el pecado original - vinculada a la de la Redención de Cristo- proporciona una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo. Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre (...). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres” (*Catecismo...*, n. 407).

Ello hace que la vida del hombre para ser fiel a Dios suponga un combate contra sus malas inclinaciones y los demás obstáculos, pero con la ayuda de la gracia de Dios, que tras la caída prometió la venida del Redentor (cf. *Génesis* 3, 15).

¿Por qué Dios permitió el pecado original y originante? Santo Tomás de Aquino da una buena respuesta: “Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más alto después del pecado. Dios, en efecto, permite que los males se hagan para sacar de ellos un mayor bien. De ahí las palabras de San Pablo: «Donde abundó el

pecado, sobreabundó la gracia» (*Romanos* 5, 20). Y el canto del *Exultet*: «¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!»” (*Suma Teológica* III, q. 1, a. 3, ad 3).

## **II. CREO EN DIOS HIJO**

### **31. BUENA NOTICIA**

Y además tan actualmente nueva que tiene un valor perenne, imperecedero: “al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (*Gálatas* 4, 4-5). Este es el gran anuncio que se hizo como ya cumplido hace dos mil años: Dios ha visitado a su pueblo, ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a sus descendientes, ha enviado a la tierra a su propio Hijo. Lo *increíble* ha sucedido y se ha hecho objeto de fe. No es el hombre quien, apoyado en sus débiles fuerzas, alcanza a Dios, sino Dios mismo que ha venido a nuestro encuentro.

Ésta es la *buena noticia*, el gran anuncio del Evangelio: “Nosotros creemos y confesamos que Jesús de Nazaret, nacido judío de una hija de Israel, en Belén en el tiempo del rey Herodes el Grande y del emperador César Augusto; de oficio carpintero, muerto y crucificado en Jerusalén, bajo el procurador Poncio Pilato, durante el reinado del emperador Tiberio, es el Hijo eterno de Dios hecho hombre, que «ha salido de Dios» (*Juan* 13, 3), «bajó del cielo» (*Juan* 3, 13; 6, 33); «ha venido en carne» (*1 Juan* 4, 2), porque «la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad (...). Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia» (*Juan* 1, 14.16)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 423).

Ciertamente la verdad de esta buena noticia la conocemos por la fe, atraídos por Dios Padre y movidos por la gracia del Espíritu Santo. La Iglesia de Jesucristo está construída sobre la roca de la fe de Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (*Mateo* 16, 16). El anuncio de la fe cristiana es esencialmente el anuncio de Jesucristo. Los cristianos somos seguidores de Cristo; y en conocerle, amarle, servirle y anunciarle puede resumirse la vida cristiana. La finalidad de la enseñanza, de la catequesis que la Iglesia lleva a cabo desde hace veinte siglos es lograr que todos y cada uno de los hombres encuentren a Cristo.

La Iglesia no transmite un mensaje puramente humano o filantrópico, por muy elevado que éste pudiera ser. “En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que

Cristo enseñe por su boca (...). Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado» (*Juan 7, 16*)” (JUAN PABLO II. Exhort. Apost. *Catechesi tradendae*, n. 6).

La vida de cada cristiano debe reflejar misteriosa y eficazmente la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, Redentor del hombre. La salvación que Dios nos brinda no puede alcanzarse desde fuera, sino sólo en la medida en que cada persona humana hace suyo el mensaje de Jesucristo por la fe, se acoge a su ayuda por la esperanza y se une a Él por el amor sobrenatural de la caridad, con el afecto y con las obras.

## **32. EL AÑO 2.000 TIENE NOMBRE**



La venida de Jesucristo a la tierra dividió en dos la historia de la humanidad. Contamos los años, en casi la totalidad del planeta, según la cronología de antes de Cristo y después de Cristo. Su venida a la tierra constituye *la plenitud de los tiempos*, de la que habla el Nuevo Testamento. Por eso la celebración del año 2.000 no ha supuesto un acontecimiento cosmogónico, ni un hito más en la evolutiva transformación del universo. Es la conmemoración de un hecho histórico, ocurrido hace dos milenios. Y pertenece no a los ciclos de la naturaleza sino al desenvolvimiento de los planes de Dios para la salvación de la humanidad. Los nombres que la Sagrada Escritura adjudica a Jesucristo nos permiten adentrarnos en el misterio de su Persona y de su misión.

El primer nombre es el de *Jesús*, que quiere decir en hebreo «Dios salva». Es el nombre que el ángel Gabriel le dio como propio en el momento de la anunciación a María. En Jesús culminan los planes de salvación de Dios. La liberación de los israelitas por parte de Dios de la esclavitud de Egipto es figura de la definitiva y radical liberación del mayor de los males y origen de todos los demás, que es el pecado. Como el pecado es esencialmente una ofensa a Dios, sólo Él puede perdonarlo (cf. *Salmo 51*). Jesús el salvador de todos los hombres, es quien libera de todo pecado. De tal modo que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (*Hechos de los Apóstoles 4, 12*). A través de la humanidad de Jesús “estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (*2 Corintios 5, 19*). “La resurrección de Jesús glorifica el nombre de Dios Salvador (cf *Juan 12, 28*) porque de ahora en adelante, el Nombre de Jesús es el que manifiesta en plenitud el poder soberano del «Nombre que está sobre todo nombre» (*Filipenses 2, 9*). Los espíritus malignos temen su Nombre (cf *Hechos 16, 16-18*) y en su nombre los discípulos de Jesús hacen milagros (cf *Marcos 16, 17*) porque todo lo que piden al Padre en su Nombre, Él se lo concede (cf *Juan 15, 16*)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 434).

El nombre de *Cristo* procede de la palabra griega que traduce el término hebreo Mesías, que quiere decir ungido. En el Israel de la Antigua Alianza eran ungidos los que habían de cumplir una especial misión divina: los reyes, los sacerdotes y los profetas. Esta triple misión la desempeñó en plenitud Cristo, a quien ungió el Espíritu del Señor (cf *Isaías 11, 2*). Éste fue el anuncio del ángel a los pastores de Belén: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor” (*Lucas 2, 11*). “Su

eterna consagración mesiánica fue revelada en el tiempo de su vida terrena, en el momento de su bautismo por Juan, cuando «Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (*Hechos* 10, 38) «para que él fuese manifestado a Israel» (*Juan* 1, 31) como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como «el santo de Dios» (*Marcos* 1, 24)” (*Catecismo...*, n. 438). Jesús aceptó el título de Mesías, pero dejando muy claro que su misión era espiritual y no terreno-temporal como pensaban muchos de sus contemporáneos. Sólo después de su muerte y resurrección resplandecerá con toda claridad su realeza mesiánica.

Jesucristo es el *Hijo de Dios*. Ello no significa simplemente una filiación adoptiva, como la de cualquier hombre que recibe la gracia de Dios, sino su condición de Hijo del Padre, por generación eterna, según la naturaleza divina. Pedro confesó a Jesús como “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (*Mateo* 16, 16) y Jesús alabó esta confesión. La predicación de los Apóstoles tendrá desde el comienzo como centro esta verdad fundamental de la fe cristiana. Justamente la manifestación de esta filiación ante el Sanedrín es la que llevó a sus acusadores a condenarle a muerte: “Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?”, y Jesús respondió: “Vosotros lo decís: yo soy” (*Lucas* 22, 70). En el bautismo y en la transfiguración, la voz del Padre lo había designado como su “Hijo amado” (*Mateo* 3, 17; 17, 5). Sus discípulos anunciarán a los cuatro vientos: “Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (*Juan* 1, 14).

A Jesús se le llama también *Señor*. Así se tradujo al griego el inefable nombre de YHWH, que Dios había revelado a Moisés (*Éxodo* 3, 14). En el Nuevo Testamento se da este nombre a Dios Padre, pero también a Jesús, en reconocimiento de su divinidad. El propio Jesús así lo había manifestado a los fariseos al plantearles el sentido mesiánico del salmo 109 (cf *Mateo* 22, 41-46). “A lo largo de toda su vida pública sus actos de dominio sobre la naturaleza, sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte y el pecado, demostraban su soberanía divina” (*Catecismo...*, n. 447). En muchas ocasiones sus interlocutores le dieron el título de Señor. Recordemos la invocación del apóstol Tomás a Jesús resucitado: “Señor mío y Dios mío” (*Juan* 20, 28). “La Iglesia cree...que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro” (Con. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 10). La oración cristiana está llena de invocaciones a su Señor: “el Señor esté con

vosotros”, “por Jesucristo nuestro Señor”; “Marana tha” (“¡Ven, Señor!”) (*1 Corintios* 16, 22), “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (*Apocalipsis* 22, 20).

### 33. ¿POR QUÉ UN DIOS-HOMBRE?

Ésta es la pregunta que se hace San Anselmo de Canterbury, dando con ella título a una de sus obras más conocidas, acerca de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención de los hombres. Los teólogos se han preguntado a menudo sobre las razones y la conveniencia de la Encarnación, y se han planteado si ésta hubiera tenido lugar en el caso de que el hombre no hubiera pecado, en razón de la plenitud y reinado de Jesucristo sobre toda la creación. De todos modos esto no hace sino proponer un supuesto hipotético, ya que de hecho e históricamente el hombre pecó. Podemos conocer con certeza lo que *ocurrió*, no tanto lo que *hubiera ocurrido* en el caso de que no hubiera acontecido una tal desgracia. Es lo que la fe cristiana confiesa con el Credo

Niceno-Constantinopolitano: “*Por nosotros los hombres y por nuestra salvación* bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”. Se enuncia así, en pocas y directas palabras, el motivo principal de que el Hijo de Dios se haya hecho hombre.

Podemos preguntarnos, más en detalle, por el significado de esta afirmación principal de la fe cristiana. Y responder que el Verbo se encarnó *para salvarnos reconciliándonos con Dios*: “Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (*1 Juan* 4, 10). Tal como comenta San Gregorio de Nisa: “Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador” (*Or. catech.* 15).

Hay otra razón de suma importancia: “El Verbo se encarnó *para que conociésemos así el amor de Dios*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 458). Así lo expresa claramente el evangelista San Juan: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (*1 Juan* 4, 9); “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (*Juan* 3, 16). Para persuadirnos del inmenso amor que Dios tiene por los hombres es muy importante reflexionar despacio en la realidad de la Encarnación y Redención. Dios nos ama, a cada uno de nosotros. No estamos solos. No estamos nunca *dejados de la mano de Dios*.

Para nuestra búsqueda del bien necesitamos un paradigma, un ejemplar de vida virtuosa. Los hombres aprendemos no sólo escuchado o leyendo, sino sobre todo imitando. Y “El Verbo se encarnó *para ser nuestro modelo de santidad*” (*Catecismo...*, n. 459). No sólo las palabras, sino la vida entera de Jesucristo es un ejemplo vivo: “Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (*Mateo* 11, 29); “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (*Juan* 14, 6). La ley nueva del amor a los demás por Dios, en una verdadera donación de sí, encuentra en Cristo su ejemplar: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (*Juan* 15, 12).

Con ello, además, nuestra condición humana es elevada hasta límites insospechados: el Verbo se encarnó *para hacernos “partícipes de la naturaleza divina”* (2 Pedro 1, 4). Con expresión audaz dice San Atanasio: “Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios”. Y con no menos atrevimiento afirma Santo Tomás de Aquino esta sublime verdad: “El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres”. No es una divinización autosuficiente, soberbia, que el hombre pudiera llevar a cabo con sus solas fuerzas, sino una iniciativa de Dios a nuestro favor.

Nos encontramos así ante un profundo misterio, que nos afecta en lo más vivo. San Juan (1, 14) lo expresa diciendo que “El Verbo se encarnó”. Y “la Iglesia llama «Encarnación» al hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación” (*Catecismo...*, n. 461). Tal como escribió San Pablo a los Filipenses (2, 5-8), siendo Dios se humilló tomando forma humana, obedeciendo el plan amoroso del Padre para nuestra redención hasta la muerte de cruz, y recibiendo en consecuencia la exaltación y el reinado sobre todo el universo.

La fe cristiana afirma que el Hijo de Dios se encarnó verdaderamente. Ello es un claro signo distintivo suyo: “Podéis conocer en esto el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios” (*I Juan* 4, 2). Una de las primeras herejías fue el *docetismo*, que pretendía que la encarnación fue solamente aparente, como si su realidad desmereciera de la dignidad divina. Sin embargo el misterio, en toda su grandeza, nos manifiesta la realidad del amor del Dios-Hombre hacia nosotros.

### **34. JUNTAS, PERO NO REVUELTAS**

Quizás sea éste un modo sencillo de decir lo que expresó el Concilio Ecuménico de Calcedonia, del año 451, a propósito de la divinidad y la humanidad de Cristo, en la unidad de una sola Persona: “Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente

hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consubstancial con el Padre según la divinidad, y consubstancial con nosotros según la humanidad, «en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado» (*Hebreos 4, 15*); nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad. Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona”.

A este propósito enseña el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 464): “El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios, no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. Él se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia debió defender y aclarar esta verdad de fe durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban”.

Las primeras herejías (el *docetismo* de los gnósticos) negaban que Jesucristo tuviera una humanidad verdadera. La fe cristiana defendió desde los tiempos apostólicos la verdadera encarnación del Hijo de Dios. Más adelante el Concilio de Nicea, del año 325, aclaró la divinidad de Cristo, frente al error de Arrio que afirmaba que sólo era una criatura de Dios. Después apareció la herejía de Nestorio, que separaba en Jesucristo

la divinidad de la humanidad, afirmando en Cristo dos personas distintas, en lugar de la única Persona divina. Por esta razón, Nestorio llamaba a la Virgen Madre de Cristo, pero no Madre de Dios: la consideraba Madre de la persona humana de Cristo, pero no del Verbo divino. El Concilio de Éfeso (año 431) afirmó que María es verdaderamente Madre de Dios, por serlo de su humanidad, inseparablemente unida a la Persona del Verbo. Más tarde los monofisitas negaron la humanidad, al sostener sólo la realidad de la naturaleza divina. El quinto Concilio ecuménico de Constantinopla, del año 553, reafirmó la plena unión de las dos naturalezas en la única Persona de Cristo: “El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdaderamente Dios, Señor de la gloria y uno de la Santísima Trinidad”.

“La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. Él es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor” (*Catecismo...*, n. 469).

En la unión misteriosa de la Encarnación “la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22). Jesucristo tiene un cuerpo humano, y también un alma humana con su inteligencia y su voluntad. Y a la vez “la naturaleza humana de Cristo pertenece propiamente a la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido. Todo lo que es y hace en ella pertenece a «uno de la Trinidad». El Hijo de Dios comunica, pues, a su humanidad su propio modo personal de existir en la Trinidad. Así, en su alma como en su cuerpo, Cristo expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad (cf *Juan 14, 9-10*)”



(*Catecismo...*, n. 470). Dios se ha acercado estrechamente a nosotros, nos ha tendido su mano para salvarnos. “El Hijo de Dios (...) trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nació de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros” (Conc. VATICANO II, *Ibidem*).

El alma humana de Jesucristo estuvo dotada de un verdadero conocimiento humano: limitado y progresivo en el espacio y en el tiempo. Ese conocimiento expresaba la vida divina de su persona; por él conocía íntimamente al Padre y también los pensamientos del corazón de los hombres. Su voluntad humana se ajustó siempre perfectamente a la voluntad divina, con toda libertad. Su cuerpo era concreto y limitado: por eso se puede representar la faz humana de Jesús en las imágenes sagradas, y adorar a través de ellas a su Persona divina. “Jesús, durante su vida, su agonía y su pasión nos ha conocido y amado a todos y a cada uno de nosotros y se ha entregado por cada uno de nosotros: «El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gálatas 2, 20*). Nos ha amado a todos con un corazón humano” (*Catecismo...*, n. 478).

### **35. EN LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS**

Con esta expresión no nos referimos a ningún acontecimiento futuro, como si la plenitud hubiera de esperarse más adelante, quizás como fruto de una evolución perfecta de la humanidad. San Pablo, escribiendo a los Gálatas (4, 4), señala con estas palabras el cumplimiento de las promesas de Dios para la salvación de los hombres, mediante la anunciación a María del designio divino. “María es invitada a concebir a aquél en quien habitará «corporalmente la plenitud de la divinidad» (*Colosenses 2, 9*). La respuesta divina a su «¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (*Lucas 1, 34*)

se dio mediante el poder del Espíritu: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (*Lucas 1, 35*)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 484). El año 2.000 hemos celebrado un especial aniversario de aquel acontecimiento que está en el centro de la historia humana, y que le confiere plenitud de significado.

De Jesucristo afirma el Credo que fue *concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen*. La fe católica acerca de Cristo ilumina la figura esplendorosa de María: Dios envió a su Hijo a la tierra, y para darle un cuerpo humano quiso la libre cooperación de un criatura, de una mujer, bendita entre todas las mujeres. Escogió desde toda la eternidad, para ser la Madre de su Hijo, “a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María” (*Lucas 1, 26-27*). Para ello, María “fue dotada por Dios con dones a la medida de una misión tan importante” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 56). Fue llena de gracia desde el primer instante de su ser natural: es lo que llamamos la inmaculada concepción de María, verdad de fe proclamada por el Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Es una abundancia de gracia del todo singular: ella es “redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo” (cf. *Ibidem*, n. 53). Por una especial ayuda de Dios María permaneció pura de todo pecado personal, a lo largo de toda su vida terrena.

Así cuando le llega el anuncio e invitación del arcángel Gabriel, la Virgen está preparada: concebirá y dará a luz al Hijo del Altísimo, por la virtud del Espíritu Santo, sin intervención de varón. Y Ella responde: “He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra” (*Lucas 1, 37-38*). De esta manera se entregó por completo al designio divino de la Redención de los hombres, a través de la Encarnación de su Hijo. Los Evangelios llaman a María, en repetidas ocasiones, la Madre de Jesús; y como Jesús es Dios, en la unidad de su única Persona divina, María es por ello Madre de Dios.

A la vez la fe católica proclama la virginidad perpetua de María, ya desde las primeras formulaciones de la fe. “Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra” (*Catecismo...*, n. 496). Es una obra divina, que está por encima del poder y de la comprensión de los hombres. El ángel manifestó a José: “Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo” (*Mateo 1, 20*). Es el cumplimiento de la promesa, hecha siglos antes, a través del profeta Isaías: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo” (*Isaías 7, 14*).

La fe cristiana, en su paulatina profundización, ha confesado la virginidad real y perpetua de María, la *siempre Virgen*; antes del parto, en el parto y después del parto. El nacimiento de Cristo “lejos de disminuir consagró la integridad virginal” de su madre (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 57). Si bien el Nuevo Testamento menciona a los *hermanos y hermanas* de Jesús, lo hace siguiendo la usanza bíblica de llamar de esta manera a los parientes próximos: primos, tíos, sobrinos, etc., tal como aparece claramente en diversos pasajes del Antiguo Testamento. “Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende (cf *Juan* 19, 26-27; *Apocalipsis* 12, 17) a todos los hombres, a los cuales Él vino a salvar: «Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó el mayor de muchos hermanos (*Romanos* 8, 29), es decir de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de madre» (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 63)” (*Catecismo...*, n. 501).

La virginidad de María destaca la plena iniciativa de Dios en la Encarnación. “Jesús no tiene como Padre más que a Dios” (*Catecismo...*, n. 503); así como la plena disponibilidad y fidelidad de María. Ella es la nueva Eva, madre de la humanidad redimida, con una fecundidad sin igual. Es figura y ejemplar de la Iglesia: “La Iglesia se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. También ella es virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 649).

### **36. EL MISTERIO DE CRISTO**

Respecto a la vida de Cristo, los artículos del Credo nos hablan solamente de la Encarnación (concepción y nacimiento) y de la Pascua (pasión, crucifixión, muerte, sepultura, descenso a los infiernos, resurrección, ascensión). Es lógico, ya que el Credo es solamente un resumen de la fe cristiana de todos los tiempos: desde el siglo I hasta nuestros días, y de ahí en adelante. Precisamente alrededor de los misterios de Navidad y Pascua se constituye el ciclo anual de la Liturgia, en que conmemoramos y revivimos la vida entera de Jesucristo.

Los Evangelios nos relatan diversos acontecimientos de su vida oculta y de su vida pública, pero solamente algunos de ellos: aquellos que son necesarios para nuestra fe y nuestra vida cristiana, sin dar pábulo a la curiosidad humana, con una encantadora sencillez. El misterio de Cristo se nos revela a través de unos hombres de la primera generación cristiana, que inspirados por el Espíritu Santo nos manifestaron todo y sólo lo que necesitamos saber. “Desde los pañales de su natividad (*Lucas 2, 7*) hasta el vinagre de su Pasión (cf *Mateo 27, 48*) y el sudario de su resurrección (cf *Juan 20, 7*), todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio. A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que «en él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (*Colosenses 2, 9*). Su humanidad aparece así como el «sacramento», es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 515).

Hay unos rasgos comunes a todos los aspectos del Misterio de Jesús. En primer lugar toda su vida es *Revelación* de Dios Padre a los hombres: sus palabras y sus obras, su modo de proceder, lo que habla y lo que calla, su cumplimiento esmerado de la voluntad divina, el amor que nos manifiesta: “Quien me ve a mí, ve al Padre” (*Juan 14, 9*).

Además toda la vida de Jesucristo constituye un Misterio de *Redención*, que se manifiesta especialmente por su pasión y muerte en la cruz, pero que está presente a lo largo de toda su vida terrena: la voluntaria pobreza y el trabajo ordinario, su obediencia a la Ley antigua, sus palabras de vida, las curaciones y expulsiones de demonios, su gloriosa Resurrección que es preludeo y causa de la nuestra.

La vida de Cristo es también Misterio de *Recapitulación*. “Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió, tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera: Cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús (...). Por lo demás, ésta es la razón por la cual Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios” (*Catecismo...*, n. 518).

La riqueza del Misterio de Cristo es para todos y cada uno de los hombres. Él no vivió para sí mismo, sino para nosotros, desde que se encarnó «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» hasta que murió «por nuestros pecados» (*1 Corintios* 15, 3) y resucitó «para nuestra justificación» (*Romanos* 4, 25). Después de su Ascensión a los cielos «es nuestro abogado cerca del Padre» (*1 Juan* 2, 1), «estando siempre vivo para interceder en nuestro favor» (*Hebreos* 7, 25). Por eso es preciso que nosotros participemos, como cristianos, en el Misterio de la vida de Cristo. Él es nuestro *modelo*. Esta consideración tiene una gran importancia, hasta el punto de que toda la vida cristiana puede ser considerada como una verdadera *imitación de Cristo*. Los hombres aprendemos imitando lo que nos parece digno de imitación, y no sólo cuando somos todavía niños. Los adultos también tratamos de incorporar a la propia vida todo aquello que nos parece verdadero y bueno de otras personas. Y sólo Jesucristo es *perfecto hombre*; todos los demás tenemos abundantes defectos. Él nos invita a ser sus discípulos y seguirle, en el amor a nuestro Padre Dios y por Él a nuestros hermanos. El Concilio Vaticano II afirmó con fuerza: “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (Const. *Gaudium et spes*, n. 22). Y esa unión, por el don de la gracia asentada en el alma del cristiano, nos impulsa a seguirle de cerca, como *cristianos coherentes*, con la fe y también con las palabras y con las obras.

### 37. EN LA ESPERA

Durante siglos Dios quiso preparar la venida de su Hijo a la tierra. Fue una larga preparación. La Primera Alianza de Dios con los hombres fue expresando por medio de ritos, sacrificios, promesas y símbolos este acontecimiento. Los profetas mantienen viva la esperanza en Israel; y también los paganos, en una espera más confusa, anhelan su salvación. San Juan Bautista, el último de los profetas, anuncia ya su presencia inminente la venida del Redentor, saludando la aparición de Jesucristo, a quien anuncia como «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (*Juan* 1, 19), predicando un bautismo de penitencia con su palabras, con su vida y con su mismo martirio.

Cada año, al celebrar la liturgia de Adviento “la Iglesia actualiza esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda Venida (cf Apocalipsis 22, 17)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 524). Con la preparación del Jubileo del año 2.000, en este señalado aniversario del nacimiento de Cristo, la espera se hizo más viva y más intensa, porque “el nacimiento de Jesús en Belén no es un hecho que se pueda relegar al pasado. En efecto, ante Él se sitúa la historia humana entera: nuestro hoy y el futuro del mundo son iluminados por su presencia” (JUAN PABLO II. Bula *Incarnationis Mysterium*, 29-XI-1998, n. 1). Jesucristo, con su Encarnación redentora se hace contemporáneo a todos los hombres y a todo hombre, en la universalidad de los tiempos y de los lugares.

La Iglesia, y con ella toda la humanidad, se preparó para cruzar el umbral de un nuevo milenio, y nos invitó a disponernos sincera e interiormente a tal acontecimiento: “El tiempo jubilar nos introduce en el recio lenguaje que la pedagogía divina de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y a la penitencia, principio y camino de su rehabilitación y condición para recuperar lo que, con sus solas fuerzas, no podría alcanzar: la amistad con Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano” (*Ibidem*, n. 2). La conversión, que cada uno debe realizar, no una vez sino muchas veces a lo largo de la vida, supone una verdadera renovación interior del hombre en sus disposiciones y en sus costumbres. Responde a los mejores anhelos que laten en cada persona, más allá de sus deficiencias y de sus pecados. Dios invita al hombre a reformarse, a comenzar una vida mejor, a rejuvenecer los buenos deseos que dormitan; “el paso de los creyentes hacia el tercer milenio no se resiente absolutamente del cansancio que el peso de dos mil años de historia podría llevar consigo; los cristianos se sienten más bien alentados al ser conscientes de llevar al mundo la luz verdadera, Cristo Señor. La Iglesia, al anunciar a Jesús de Nazaret, verdadero Dios y Hombre perfecto, abre a cada ser humano la perspectiva de ser «divinizado» y, por tanto, de hacerse así más hombre” (*Ibidem*).

En efecto: “El hombre contemporáneo camina hoy hacia el desarrollo pleno de su personalidad y hacia el descubrimiento y afirmación crecientes de sus derechos. Como a la Iglesia se ha confiado la manifestación del misterio de Dios, que es el fin

último del hombre, la Iglesia descubre con ello al hombre el sentido de la propia existencia, es decir, la verdad más profunda acerca del ser humano. Bien sabe la Iglesia que sólo Dios, al que ella sirve, responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano, el cual nunca se sacia plenamente con solos los elementos terrenos (...). La presencia misma de la Iglesia le recuerda al hombre tales problemas; pero es sólo Dios, quien creó al hombre a su imagen y le redimió del pecado, quien puede dar respuesta cabal a estas preguntas, y ello por medio de la revelación en Cristo, su Hijo, que se hizo hombre. El que sigue a Cristo, hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre” (CONCILIO VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 41).

En un año jubilar el Papa abre solemnemente la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro. Esa simbólica apertura “evoca el paso que cada cristiano está llamado a dar, del pecado a la gracia” (Bula *Incarnationis Mysterium*, n. 8). Es la peculiar responsabilidad del cristiano, de seguir a Cristo y darle a conocer, la que aquí se simboliza: “Pasar por aquella puerta significa confesar que Cristo Jesús es el Señor, fortaleciendo la fe en Él para vivir la vida nueva que nos ha dado. Es una decisión que presupone la libertad de elegir y, al mismo tiempo, el valor de dejar algo, sabiendo que se alcanza la vida divina” (*Ibidem*). El Jubileo es siempre tiempo de conversión, de gracias especiales que prodiga la Iglesia, y de celebración alegre. Hay así una invitación esperanzada a los cristianos para su dinamismo apostólico: “la entrada en el nuevo milenio alienta a la comunidad cristiana a extender su mirada de fe hacia nuevos horizontes en el anuncio del Reino de Dios” (*Ibidem*, n. 2).

A Santa María, que con tanta ilusión esperaba el nacimiento de su Hijo, acudimos, “para que obtenga la abundancia de gracia y de misericordia, a la vez que se alegra por los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de su Salvador” (*Ibidem*, n. 14).

### **38. NACIÓ EL REDENTOR**

“Para dar al mundo la paz; paz y ventura, ventura y paz”. Con letras sencillas y melodías alegres, el pueblo cristiano expresa su júbilo por la venida de Jesucristo a la tierra, como Redentor del hombre. Pese a todas nuestras deficiencias, pecados y errores



hay en nuestros corazones nostalgias de infinito. Y quizás alguna vez nos hemos dirigido al Redentor, rechazando falsas soluciones, con las palabras de Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna” (*Juan 6, 68*).

En el primer capítulo del Génesis, al término de cada etapa de la creación, expresa el escritor sagrado: “Y vio Dios que era bueno”. Vivimos en un mundo que Dios hizo bueno, pero que por el pecado vino a menos. Tenemos tantas veces anhelos buenos y realidades malas: necesitamos ser liberados, salvados, redimidos; “la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto; (...) está esperando la manifestación de los hijos de Dios” (*Romanos 8, 19.22*). Merced a la Encarnación del Hijo de Dios podemos conocer y lograr nuestras mejores posibilidades, y sin Él pasarían ocultas e inaccesibles. “En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (*Ibidem 5, 14*), es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22). En vísperas del comienzo del tercer milenio de la nueva era, la era cristiana, el Papa Juan Pablo II nos invitaba a dirigir nuestras miradas a Jesucristo, “Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo. Es necesario destacar el carácter claramente cristológico del Jubileo, que celebrará la Encarnación y la venida al mundo del Hijo de Dios, misterio de salvación para todo el género humano” (Carta Apost. *Tertio Millennio adveniente*, n. 40).

Dirigir nuestras miradas a Jesucristo es acercarnos al misterio insondable de la vida y los designios divinos. “Él, que es imagen de Dios invisible (*Colosenses 1, 15*), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En Él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, *se ha unido en cierto modo con todo hombre*. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22).

Tenemos, pues, sobrados motivos, para alegrarnos por el nacimiento del Redentor del hombre. Nos alegramos cada año en la Navidad, y hemos celebrado con especial júbilo el milésimo segundo aniversario de ese acontecimiento. “Pastor o mago, nadie puede alcanzar a Dios aquí abajo sino arrodillándose ante el pesebre de Belén y adorando a Dios escondido en la debilidad de un niño” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 563). Quiera Dios que nuestro acercamiento personal a la figura de Jesucristo nos permita conocerle mejor, tratarle con mayor amistad, quererle y seguirle con mayor eficacia.

### **39. Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS**

“Jesús nació en la humildad de un establo, de una familia pobre (cf *Lucas 2*, 6-7); unos sencillos pastores son los primeros testigos del acontecimiento. En esta pobreza se manifiesta la gloria del cielo (cf *Lucas 2*, 8-20). La Iglesia no se cansa de cantar la gloria de esta noche:

La Virgen da hoy a luz al Eterno / Y la tierra ofrece una gruta al Inaccesible.  
Los ángeles y los pastores le alaban / Y los magos avanzan con la estrella.  
Porque Tú has nacido para nosotros / Niño pequeño, ¡Dios eterno!”  
(*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 525).

La Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios está en el centro de la religión cristiana, ya que “una religión no es la Iglesia a la que uno va, sino el universo en que uno vive” (G.K. CHESTERTON. *El amor o la fuerza del sino*. Madrid, 1993, p. 293). En la Navidad no celebramos un acontecimiento místico o *espiritual* (tal como un fantasmagórico *espíritu de la Navidad*), sino tan material y sencillo como el nacimiento de un Niño, que, por ser a la vez Dios y hombre verdadero, traerá consigo para nosotros también muchos regalos místicos y espirituales. Un acontecimiento que nos llena de alegría: “La alegría, que era la pequeña publicidad del pagano, es el secreto gigantesco del cristiano (...). El paganismo era la cosa más grande del mundo, y el cristianismo fue todavía más grande, y desde entonces todo lo demás es pequeño en comparación” (*Ibidem*, p. 293-294).

El nacimiento de ese Niño divide la Historia, y diviniza al hombre: le abre perspectivas infinitas: “Una vez llegada la plenitud de los tiempos, sobrevino la Encarnación de Jesucristo, el Verbo divino, enviado por el Padre para darnos a conocer todo aquello que Dios ha querido comunicarnos y hacernos participar de la misma vida divina. Este rasgo -este progresivo acercamiento de Dios al hombre, esta gratuita apertura al hombre de la intimidad divina- caracteriza de modo propio y singular la religión proclamada por Jesucristo, y la distingue radicalmente de cualquier otra: el cristianismo, efectivamente, no es una búsqueda de Dios por el hombre, sino un descenso de la vida divina hasta el nivel del hombre (...). La religión cristiana es, pues, una irrupción de Dios en la vida del hombre” (A. DEL PORTILLO. *Escritos sobre el sacerdocio*. Madrid, 1970, p. 105-106).

Es natural y corresponde a las mejores posibilidades del hombre el que éste busque a Dios, y así lo ha hecho, sin excepción, a lo largo de toda la historia de la humanidad. Y sin embargo es innegable que muchas veces ha sido un búsqueda a tientas y en la oscuridad, con tropiezos y perplejidades. El nacimiento del Niño Dios nos sitúa ante la inmensa bondad de un Dios que se compadece de nosotros, se inclina hacia nosotros y se hace uno de los nuestros. “Encontramos aquí el punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de las otras religiones, en las que desde el principio se ha expresado la búsqueda de Dios por parte del hombre. El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual

es posible alcanzarlo” (JUAN PABLO II. Carta Apost. *Tertio Millennio adveniente*, n. 6).

Nace el Niño Dios, y viene a hacernos a cada uno hijo de Dios; y por tanto a hermanarnos, con una dignidad que iguala a todos los hombres a un nivel más profundo y personal que las realizaciones socio-políticas: “La base del cristianismo y de la democracia es que el hombre es sagrado (...). El más difícil de todos los evangelios es que el cristianismo se identifica con la democracia; nada asusta tanto a los hombres como decir que todos ellos son hijos de Dios” (G.K. CHESTERTON, *o.c.*, p. 294).

Jesucristo vino a darnos la libertad de los hijos de Dios, y nos señala el camino de la obediencia a sus mandamientos. Una obediencia filial, por fe y por amor: “En una verdadera tradición religiosa el hombre entiende dos cosas: la libertad y la obediencia. La primera significa saber qué quieres de verdad. La segunda significa en quien confías de verdad” (*Ibidem*).

#### 40. EL NIÑO CRECÍA...

Al octavo día de su nacimiento Jesús fue circuncidado, siguiendo la prescripción de la Ley, señal de la Alianza entre Dios y el pueblo de Israel. No quiso eximirse de este cumplimiento, que pertenecía a un orden ya caduco. Al cabo de un tiempo es su *Epifanía*, manifestación a los paganos, cuando es adorado por un *magos* venidos de Oriente (*Mateo* 2, 1). Es como un anticipo de la futura propagación universal del Evangelio, entre gentes de todas las razas, culturas, naciones y tiempos. Las promesas y la Alianza de Dios con los israelitas van a hacerse extensivas a toda la humanidad.

A los cuarenta días de la Navidad Jesús es presentado en el Templo, tal como también la Antigua Ley establecía que se hiciera con el hijo primer nacido. Allí el anciano Simeón lo reconoce como el Mesías anunciado por los profetas, que será *luz de*

*las naciones y gloria de Israel, a la vez que signo de contradicción.* “La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado ante todos los pueblos” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 529).

Cuando el rey Herodes ordena matar a todos los niños *inocentes* de Belén y sus alrededores, Jesús tiene que huir a Egipto, llevado por José y por María. Es la persecución y el sufrimiento que le acompañarán a lo largo de toda su vida, encaminada totalmente a nuestra salvación. Cuando regresa de Egipto, como antaño Moisés, lo hace para liberar también a su pueblo: pero éste son ya todos los hombres, y la liberación no es simplemente de la esclavitud del faraón, sino del pecado y de la muerte eterna.

En Nazaret vivió los largos años de lo que se ha llamado la *vida oculta*, pero no porque Jesús ocultara nada, sino por la perfecta naturalidad que la caracteriza, y hace que su misión pasa desapercibida, por el momento, a sus coterráneos. ¡Qué gran importancia tiene la vida ordinaria y cotidiana de tantos y tantos millones de personas, desde que el Hijo de Dios hecho hombre, quiso asumirla como parte de su misión redentora! “Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf *Gálatas* 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba «sometido» a sus padres y que «crecía en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres» (*Lucas* 2, 51-52)” (*Catecismo...*, n. 531). Se entiende que este crecimiento, este perfeccionamiento paulatino se refiere a su humanidad, puesto que en cuanto Dios Cristo es perfecto y no hay crecimiento posible.

Jesús vino a la tierra a cumplir en todo la voluntad de su Padre celestial y a redimirnos del pecado a través del amor y de la obediencia. “Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: «No se haga mi voluntad...» (*Lucas* 22, 42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida inauguraba ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido (cf *Romanos* 5, 19)” (*Catecismo...*, n. 532).

La consideración de la vida oculta de Jesús permite a todos los cristianos apreciar el valor que tiene, a los ojos de Dios, la sucesión de acontecimientos ordinarios que forman la trama de la vida del hombre común. Tal como lo expresaba el Papa Pablo VI en Nazaret (*Discurso*, 5 enero 1964): “Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio... Una lección de *silencio* ante todo. Que nazca en nosotros la estima del silencio, esta condición del espíritu admirable e inestimable... Una lección de *vida familiar*. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable... Una lección de *trabajo*. Nazaret, oh casa del «Hijo del Carpintero», aquí es donde querríamos comprender y celebrar la ley severa y redentora del trabajo humano...; cómo querríamos, en fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y enseñarles su gran modelo, su hermano divino”.

El trabajo diario, desde el momento en que fue asumido por Cristo, adquiere una relevancia muy especial en la vida de todo hombre o mujer que busquen hacer de su vida algo que *valga la pena* a los ojos de Dios. “Todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la Voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales –a manifestar su dimensión divina- y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia, se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Conversaciones*, n. 10).

El último episodio de aquellos años de vida ordinaria es el que narra San Lucas (2, 41-52) del *hallazgo de Jesús* en el Templo de Jerusalén por María y José. Allí Jesús les manifiesta con toda claridad su total dedicación a la misión salvadora encomendada por su Padre, más allá de todos los lazos de afecto familiar y de obediencia humana: «¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?». Y aunque ellos en un primer momento no comprendieron, lo aceptaron con aquella fe con la que María «conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón».

## 41. CONVERSIÓN

El tiempo litúrgico de Navidad termina cada año con la fiesta del Bautismo de Jesús, que señala el comienzo de su *vida pública*, de su manifestación a Israel. Juan el Bautista predicaba “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (*Lucas* 3, 3). Las muchedumbres acuden en tropel, para hacerse bautizar por él: publicanos y soldados, fariseos y saduceos, mujeres de mala vida. Aparece Jesús, mezclado con el gentío y le pide a Juan ser bautizado. Juan vacila, pero Jesús insiste, *para cumplir toda justicia*. Se produce entonces una *teofanía*, una manifestación de la divinidad perceptible por los sentidos. Desciende sobre Jesús el Espíritu Santo, en forma corporal de paloma, y se escucha la voz del Padre, que le llama “mi Hijo amado” (*Mateo* 3, 13-17). Así inaugura Jesús su misión de Redentor de la humanidad. Tal como había profetizado Isaías (53, 12) se deja contar entre los pecadores, y es a la vez, tal como anuncia el mismo Juan “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (*Juan* 1, 29).

Cristo hablará figuradamente de su muerte sangrienta y redentora como de un *bautismo* (cf *Marcos* 10, 38). “Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu y convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y «vivir una vida nueva» (*Romanos* 6, 4)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 537).

La vida cristiana supone una profunda renovación en el plano personal. Es lo que calificamos con el nombre de *conversión*. El bimilenario del nacimiento de Jesucristo que ha celebrado la Iglesia en el mundo entero es una invitación a no quedarse simplemente en las celebraciones o ritos exteriores. “El Jubileo es una nueva llamada a la conversión del corazón mediante un cambio de vida (...); implica un cambio real de vida, una progresiva eliminación del mal interior, una renovación de la propia existencia” (JUAN PABLO II. Bula *Incarnationis mysterium*, n. 12 y 9). La indulgencia jubilar (perdón de la pena temporal por los pecados, que ha de ser realizado en esta vida o en el Purgatorio) requiere de unas adecuadas disposiciones interiores: Confesión sacramental, Comunión eucarística, visitar alguno de los lugares expresamente señalados por el Obispo de la diócesis, y realización de alguna de las obras prescritas a tal fin.

Los evangelios nos hablan de cómo Jesús se retiró durante cuarenta días al desierto, para practicar un ayuno penitencial y prepararse así para el desarrollo de su misión. Allí rechaza las tentaciones de Satanás y nos enseña también cuál ha de ser nuestro patrón de conducta ante ese peligro próximo de pecar que llamamos tentación. “La victoria de Jesús en el desierto sobre el Tentador es un anticipo de la victoria de la Pasión, suprema obediencia de su amor filial al Padre” (*Catecismo...*, n. 539). La Iglesia se une cada año a este misterio durante los cuarenta días de penitencia que constituyen la *Cuaresma*.

“Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva»” (*Marcos* 1, 15). Dios quiere reunir a todos los hombres junto a su Hijo, Jesucristo, para que a todos ellos alcance la eterna salvación. Lo hace a



través de la Iglesia, con la que comienza el Reino de Dios en este mundo. A través de su muerte en la Cruz y de su Resurrección, Cristo nos lleva a Dios: “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (*Juan 12, 32*).

## 42. PARÁBOLAS Y MILAGROS

Con la venida de Jesucristo a la tierra se anuncia la llegada del Reino de Dios a los hombres. Es una convocatoria universal, para todos los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos, a partir de su primer anuncio a los hijos de Israel. Para entrar en ese Reino es preciso acoger por la fe las enseñanzas de Jesús. El Reino será como una pequeña semilla que va germinando en el corazón de cada persona y crece con el impulso de la gracia divina en cada uno y en el entero conjunto de la humanidad.

Para recibir el Reino de Dios hace falta un corazón sincero y bien dispuesto. Se ofrece *a los pobres y a los pequeños*, es decir a aquellos que lo acogen con humildad. No se dirige su invitación a los que ya son perfectos y sabios por sus solas fuerzas (¿Quiénes serían estos?), sino a quienes tienen defectos y limitaciones y son conscientes de ellos. “Jesús invita a *los pecadores* al banquete del Reino: «No he venido a llamar a justos sino a pecadores» (*Marcos 2, 17*; cf *1 Timoteo 1, 15*). Les invita a la conversión,

sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf *Lucas* 15, 11-32) y la inmensa «alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta» (*Lucas* 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida «para remisión de los pecados» (*Mateo* 26, 28)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 545).

Un rasgo característico de la enseñanza de Jesús son las *parábolas*, que, a través de un ejemplo material y asequible tomado de la experiencia diaria, presentan los grandes misterios que Dios nos llama a conocer y a vivir. Son a la vez una invitación y una exigencia para el mejoramiento de la propia vida. El corazón humano debe ser como una tierra bien dispuesta para recibir la semilla, de tal manera que cada uno corresponda a los talentos recibidos de Dios. Las parábolas son reveladoras para quien busca sinceramente el Reino, y constituyen un enigma o una enseñanza aparentemente trivial para los que tienen la inteligencia y el corazón endurecidos.

“Jesús acompaña sus palabras con numerosos «milagros, prodigios y signos» (*Hechos de los Apóstoles* 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf *Lucas* 7, 18-23)” (*Catecismo...*, n. 547). En efecto, los milagros que realiza atestiguan que el Padre lo ha enviado, e invitan a creer en El. Santo Tomás de Aquino afirma que los milagros son como el sello del rey, que se grababa sobre el lacre de un documento para asegurar su autenticidad. Así los milagros resellan el origen divino de la doctrina de Jesucristo. Pero como la fe requiere de la libertad de la persona, es posible rechazar a Cristo aunque se vean milagros, como aparece en el mismo relato del Evangelio.

Los milagros tienen su momento y lugar en los planes de Dios. Son hechos fuera de lo ordinario que se realizan cuando así conviene, y si bien no podemos aspirar a resolver todas las dificultades a golpe de milagros, éstos, de vez en cuando, ocurren: “No soy «milagrero». –Te dije que me sobran milagros en el Santo Evangelio para asegurar fuertemente mi fe. –Pero me dan pena esos cristianos –incluso piadosos, «¡apostólicos!»- que se sonríen cuando oyen hablar de caminos extraordinarios, de sucesos sobrenaturales. –Siento deseos de decirles: sí, ahora hay también milagros: ¡nosotros los haríamos si tuviéramos fe!” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 583).

Jesús no vino a la tierra, sin embargo, a remediar nuestros males materiales ni terrenos, sino para liberarnos de la esclavitud más grande, que es la del pecado. La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás: “si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (*Mateo 12, 28*).

Desde el comienzo de su vida pública Cristo eligió a algunos varones, para que colaboraran especialmente con su misión: son los doce Apóstoles. Quiso asociarlos a la realización de su Reino, dirigiendo por medio de ellos y sus sucesores la Iglesia que El fundó. En ella Simón Pedro tiene el primado: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella” (*Mateo 16, 18*). Le corresponde, por voluntad de Jesucristo para él y sus sucesores velar por la fe de sus hermanos y confirmarlos en ella (cf *Lucas 22, 32*). A él le confió especialmente *las llaves del Reino*, la autoridad espiritual para regir, enseñar e impartir los medios de santificación en la Iglesia: “A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (*Mateo 16, 19*).

### 43. MOMENTOS DE GLORIA

En la vida de cualquier hombre se suceden y alternan acontecimientos variados, unos alegres, otros dolorosos, otros que no tienen un color especial, al menos externamente, porque se repiten a diario. Jesucristo quiso hacerse hombre verdadero, compartir todo lo nuestro, excepto el pecado; si bien asumió nuestros pecados para liberarnos de ellos. En la jornadas de su *vida pública*, hay algunos momentos especiales de gloria.

Uno de ellos, como un paréntesis en la vida pública de Jesús, es su Transfiguración. Después de que Pedro confesó su fe de que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios vivo, el Maestro “comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día” (*Mateo* 16, 21), cosa que ni Pedro ni los demás comprendieron. Ocurrió poco después el hecho de la Transfiguración de Jesús, en el monte Tabor, ante tres de los Apóstoles: Pedro, Santiago y Juan. “El rostro y los vestidos de Jesús se pusieron fulgurantes como la luz, Moisés y Elías aparecieron y le «hablaban de su partida, que estaba para cumplirse en Jerusalén»

(*Lucas 9, 31*). Una nube les cubrió y se oyó una voz desde el cielo que decía: «Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle» (*Lucas 9, 35*)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 554).

En esta escena Jesús les mostró por unos momentos su gloria, a la vez que les señalaba que antes era preciso padecer y morir: la Redención de la humanidad se haría a través de los sufrimientos y de la muerte ignominiosa en la Cruz. Se escucha la voz del Padre celestial y se hace presente el Espíritu Santo como una nube que les envuelve. Es como un anticipo de la Resurrección de Cristo, “el cual transfigurará este miserable cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo” (*Filipenses 3, 21*), pero sin olvidar que “es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (*Hechos de los Apóstoles 14, 22*).

Cuando se acerca el momento previsto en los planes de Dios, Jesús se encamina resueltamente hacia Jerusalén, habiendo anunciado por tres veces a sus discípulos la necesidad de padecer y morir, y después resucitar, para llevar a cabo la redención de nuestros pecados; “No cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén” (*Lucas 13, 33*). Numerosos profetas, enviados por Dios, habían sufrido el martirio en la ciudad. Jesús sufre y llora ante la dureza de corazón de los hijos de Jerusalén: “¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no habéis querido!” (*Mateo 23, 37*).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, el domingo de ramos, es otro momento de gloria. Él había rehuido siempre los intentos populares de hacerle rey, un rey político o temporal al estilo humano. En esta ocasión prepara todos los detalles para entrar en la ciudad de David. Allí es aclamado como hijo de este rey, como el que trae la salvación. Pero el Rey de la Gloria entra en la ciudad sobre un asno, con una cabalgadura humilde, lejos de la fuerza y del boato de los reyes de este mundo. Le alaban los pequeños y los sencillos: “Bendito el que viene en el nombre del Señor” (*Salmo 118, 26*).

Este momento de gloria es también fugaz. “La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías llevará a cabo mediante la Pascua de su Muerte y de su Resurrección (...). La Iglesia permanece fiel a la «interpretación de

todas las Escrituras» dada por Jesús mismo, tanto antes como después de su Pascua: «¿No era necesario que Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (*Lucas* 24, 26-27.44-45). Los padecimientos de Jesús han tomado una forma histórica concreta por el hecho de haber sido «reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas» (*Marcos* 8, 31), que lo «entregaron a los gentiles, para burlarse de él, azotarle y crucificarle» (*Mateo* 20. 19)” (*Catecismo...*, n. 560 y 572).

#### **44. JESÚS E ISRAEL**

El Catecismo de la Iglesia Católica hace una interesante y matizada explicación de lo que significó la figura de Jesucristo para muchos de sus contemporáneos y a la vez de cómo precisamente él nació, creció y desarrolló su misión universal de salvación a partir de un ambiente judío. Desde los comienzos de su ministerio público encontró abundantes incomprensiones por parte de los dirigentes de Israel: fariseos, sacerdotes, escribas, ancianos. Malinterpretan la expulsión de demonios, el perdón de los pecados, las curaciones en día de sábado, su familiaridad con los publicanos y pecadores públicos (cf n. 574). Muchas de sus palabras y de sus obras fueron para ellos aquel *signo de contradicción* que había profetizado en el Templo el anciano Simeón (*Lucas* 2, 34). A los ojos de muchos Jesús parecía actuar contra las instituciones fundamentales del Pueblo elegido, tales como la obligatoriedad de la Ley y su interpretación oral, el carácter central del Templo de Jerusalén como lugar privilegiado del culto a Dios, la fe en el Dios único cuya majestad es inaccesible.

Sin embargo Jesús declaró expresamente que él no había venido a acabar la Ley de la Antigua Alianza, sino a darle toda la plenitud de su sentido: “No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una *i* o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los cielos” (*Mateo* 5, 17-19). El cumplió la Ley como nadie, pues conocía enteramente su sentido. Los judíos más observantes no cumplían la Ley en su totalidad, y por eso en la fiesta anual de la Expiación pedían perdón por las transgresiones. Cristo cumple la Ley no sólo en la letra, sino en el espíritu, lejos del formalismo hipócrita y exteriorista que se había introducido en las escuelas rabínicas. “La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en El se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf *Mateo* 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: «Habéis oído también que se dijo a los antepasados... pero yo os digo» (*Mateo* 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desaprueba ciertas «tradiciones humanas» (*Marcos* 7, 8) de los fariseos que «anulan la Palabra de Dios» (*Marcos* 7, 13). (...) Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no recibían su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. *Juan* 5, 36)” (*Catecismo...*, n. 581-582).

Al igual que los profetas anteriores Jesús profesó al Templo el más profundo amor y veneración. En él fue presentado a los cuarenta días de su nacimiento, en él permaneció por tres días a la edad de doce años, a él peregrinó con ocasión de las grandes fiestas del judaísmo. El Templo es la casa de Dios, su Padre, casa de oración. De él expulsará a los mercaderes que lo profanaban: “No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado” (*Juan* 16, 17). En la inminencia de su Pasión Jesús profetizó la ruina del Templo, del que no quedaría piedra sobre piedra, como efectivamente sucedió a la letra años después. Ese anuncio sería deformado para ser utilizado en su contra por sus enemigos. Pero nada más lejos de la realidad que una supuesta hostilidad de Jesús hacia el Templo, donde expuso sus más fundamentales enseñanzas. Pero el Cuerpo de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, es el nuevo y verdadero Templo en que Dios habita. “Por eso su muerte corporal (cf *Juan* 2, 18-22) anuncia la destrucción del

Templo que señalará la entrada en una nueva edad de la historia de la salvación: «Llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre» (*Juan* 4, 21)” (*Catecismo...*, n. 586).

La misión redentora de Cristo, designio divino de salvación, rompía todos los estrechos esquemas humanos. El aceptó ser *pedra de escándalo* para las autoridades del Pueblo, tratando con afecto a los publicanos y pecadores, a despecho de los “que se tenían por justos y despreciaban a los demás” (*Lucas* 18, 9). Y afirmó: “No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores” (*Lucas* 5, 32). Jesús perdonó los pecados, y “¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?” (*Marcos* 2, 7). Con ello, y con la fuerza probativa de sus milagros, se manifiesta como el verdadero Hijo de Dios. Sus afirmaciones son categóricas: “Antes que naciese Abraham, Yo soy” (*Juan* 8, 58); “El Padre y yo somos una sola cosa” (*Juan* 10. 30). Las promesas de Dios a su Pueblo se cumplen de manera tan sobreabundante, que es El mismo en persona el que viene a salvarnos. Y la abierta proclamación de la divinidad de Jesucristo será la causa concreta del rechazo y condena a muerte por parte del Sanedrín, la más alta instancia político-religiosa de los judíos. En sus miembros concurren la ignorancia, la incredulidad y el endurecimiento del corazón (cf. *Catecismo...*, n. 591).



## 45. EL PROCESO DE JESÚS

Los Evangelios relatan detalladamente cómo fue el proceso que llevó a Jesús a la muerte, y las circunstancias que concurrieron en él. Entre las autoridades religiosas judías no había una posición unánime. Personajes notables como José de Arimatea o el fariseo Nicodemo eran en secreto discípulos de Jesús, y durante mucho tiempo los dirigentes discutieron acerca de la persona y la doctrina de Jesús. San Juan afirma en su Evangelio que “un buen número creyó en él” (12, 42), si bien de un modo débil. Poco después de Pentecostés “multitud de sacerdotes iban aceptando la fe” (*Hechos de los Apóstoles* 6, 7), y “algunos de la secta de los fariseos... habían abrazado la fe” (*Ibidem* 15, 5). Más tarde, Santiago dice a San Pablo que “miles y miles de judíos han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley” (*Ibidem* 21, 20).

Ante la predicación de Jesús y el creciente número de los que le seguían, los fariseos habían decidido excluir de la Sinagoga a sus partidarios. Los sumos sacerdotes, movidos por una preocupación exclusivamente política, estaban temerosos y pensaban que “todos creerían en él; y vendrían los romanos y destruirían nuestro Lugar Santo y

nuestra nación” y el sumo sacerdote Caifás dijo, profetizando inconscientemente: “Es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación” (*Juan* 11, 48-50). Cuando el Sanedrín condenó a muerte a Jesús, por lo que consideraban una blasfemia: llamarse Hijo de Dios, le llevaron ante Poncio Pilatos, Procurador romano, para que éste lo sentenciase a muerte con todas las de la ley. Ante Pilatos las acusaciones son de corte político: las que el romano podía entender. Y también son políticas las presiones y amenazas que le hicieron para que éste cediera a sus deseos.

¿Quién es, entonces, el culpable de la muerte de Jesús? Indudablemente hay una clara responsabilidad por parte de quienes tuvieron una intervención protagónica en el proceso: Judas, Caifás, Pilatos. Pero no sería justo atribuir esta responsabilidad indiscriminada y colectivamente a los judíos de Jerusalén. La muchedumbre que grita pidiendo la muerte de Jesús fue manipulada por sus dirigentes, y después de Pentecostés las recriminaciones dirigidas al pueblo no son una acusación sino una llamada a la conversión. “El mismo Jesús perdonando en la Cruz (cf *Lucas* 23, 34) y Pedro siguiendo su ejemplo apelan a «la ignorancia» (*Hechos de los Apóstoles* 3, 17) de los judíos de Jerusalén e incluso de sus jefes. Y aún menos, apoyándose en el grito del pueblo: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» (*Mateo* 27, 25), que significa una fórmula de ratificación (cf *Hechos de los Apóstoles* 5, 28; 18, 6), se podría ampliar esta responsabilidad a los restantes judíos en el espacio y en el tiempo” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 597). Resulta muy cómodo y muy injusto echar la culpa de la muerte de Jesús a los judíos. El Concilio Vaticano II afirma: “Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy... No se ha de señalar a los judíos como reprobados por Dios y malditos como si tal cosa se dedujera de la Sagrada Escritura” (*Declaración Nostra aetate*, n. 4).

Determinando culpabilidades, no hay que olvidar que “los pecadores mismos fueron los autores y como los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor” (*Catecismo Romano* I, 5, 11). Todos los hombres, y en particular los cristianos, tenemos la responsabilidad de la pasión de Jesús, muerto por nuestros pecados. “Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a los que continúan recayendo en sus pecados. Ya que son nuestras malas acciones las que han hecho sufrir a Nuestro Señor Jesucristo el suplicio de la cruz, sin ninguna duda los que se sumergen

en los desórdenes y en el mal «crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia» (*Hebreos* 6, 6). Y es necesario reconocer que nuestro crimen en este caso es mayor que el de los judíos. Porque según el testimonio del apóstol, «de haberlo conocido ellos no habrían crucificado jamás al Señor de la Gloria» (*I Corintios* 2, 8). Nosotros, en cambio, hacemos profesión de conocerle. Y cuando renegamos de El con nuestras acciones, ponemos de algún modo sobre El nuestras manos criminales” (*Catecismo Romano* I, 5, 11). Tal como afirma también San Francisco de Asís (*Admon.* 5, 3): “Y los demonios no son los que le han crucificado; eres tú quien con ellos lo has crucificado y lo sigues crucificando todavía, deleitándote en los vicios y en los pecados”.

#### **46. POR NOSOTROS LOS HOMBRES**

Dios tenía –y tiene- un plan de salvación para los hombres. La grandeza de este designio escapa a nuestra comprensión, pues sus caminos no son nuestros caminos. “La muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo explica S. Pedro a los judíos de Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: «Fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios» (*Hechos de los Apóstoles* 2, 23). Este lenguaje bíblico no significa que los que han «entregado a Jesús» (*Ibidem* 3, 13) fuesen solamente ejecutores pasivos de un drama escrito de antemano por Dios” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 599).

En la realización de ese plan se conjuga la amorosa sabiduría divina con la libertad de quienes intervinieron en aquellos acontecimientos. Para el conocimiento divino no hay un antes y un después: todo está presente en su eternidad. Él cuenta con nuestras respuestas libres para la realización de su voluntad, que siempre busca nuestro bien. Tal como afirmaba San Pedro en el discurso que recogen los Hechos de los

Apóstoles (4, 27-28): “Sí, verdaderamente, se han reunido en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, que tú has ungido, Herodes y Poncio Pilato con las naciones gentiles y los pueblos de Israel (cf *Salmo 2*, 1-2), de tal suerte que ellos han cumplido todo lo que, en tu poder y tu sabiduría, habías predestinado”.

El designio divino de salvación se llevó a cabo del modo más sorprendente: a través de la muerte del “Siervo, el Justo” (*Isaías 53*, 11; cf *Hechos de los Apóstoles 3*, 14), anunciado desde siglos antes por los profetas como un misterio para la redención de todos los hombres, liberándolos de la esclavitud del pecado: “Cristo ha muerto por nuestros pecados *según las Escrituras*” (*1 Corintios 15*, 3). Se cumple cabalmente en Él la profecía del siervo de Yaweh, que sufre y entrega su vida por la salvación de todos. Después de su Resurrección el propio Jesús lo explicará así a sus discípulos (cf *Lucas 24*, 25-27; 44-45). Cristo asumió no sólo nuestra condición humana, sino también el peso de nuestros pecados, para liberarnos de ellos; en expresión fuerte de San Pablo: “a quién no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (*2 Corintios 5*, 21). Jesús se hizo tan solidario con nosotros, pecadores y alejados de nuestro Padre Dios, que pudo decir a causa de nosotros en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Marcos 15*, 34; *Salmo 22*, 2). Él no sufrió por sus culpas, sino por las nuestras, llevado de su amor al Padre y a nosotros: “Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (*Romanos 8*, 32).

Con ello Dios nos manifestó, del modo más patente, su inmenso amor benevolente hacia nosotros. Él ama más, y Él ama primero: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (*1 Juan 4*, 10). Y lo hizo cuando estábamos alejados de Él: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (*Romanos 5*, 8).

La voluntad salvífica de Dios se extiende a todos los hombres, sin excepción. La afirmación de que el Hijo del hombre vino a “dar su vida en rescate por muchos” (*Mateo 20*, 28), no debe ser entendida en sentido restrictivo, sino en contraste con la única persona del Redentor que se entrega por salvarlos (cf *Romanos 5*, 18-19). El Buen Pastor busca solícitamente a la oveja perdida. “De la misma manera, no es voluntad de

vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños” (*Mateo* 18, 14); tal como lo expresa, siguiendo la Tradición católica, el Concilio de Quiercy del año 853: “no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo”.

#### **47. Y POR NUESTRA SALVACIÓN**

Relata un conocido escritor norteamericano la siguiente anécdota: un aficionado al trote recorría una mañana los alrededores de la ciudad. El terreno estaba recubierto de grama alta y de arbustos. Sin darse cuenta, cayó de repente en el hueco de una cantera abandonada. En el fondo había agua de lluvia, y con la caída se zambulló en ella. Nadó hasta la superficie y se dio cuenta entonces de que las paredes eran perfectamente lisas y no podía encaramarse, ni siquiera agarrarse a nada. Con los pies no tocaba fondo. Y comprendió que, al cabo de un rato, se cansaría de mantenerse a flote y se ahogaría. Hizo entonces lo único que podía hacer –además de rezar–: dar gritos, pidiendo auxilio. Otro deportista oyó sus voces y le lanzó un mecate, con lo cual pudo subir y quedar a salvo. Y, mientras sentado se quitaba los zapatos para sacarles el agua, reflexionaba: - Parece mentira lo fácil que me fue entrar, y lo imposible que me resultaba salir.

Tal era la situación de la humanidad, y de cada uno de los hombres, después del primer pecado. La ofensa a Dios, infinitamente bueno, no podía ser reparada con las solas débiles fuerzas humanas: sin la ayuda de Dios no podíamos arrepentirnos, ni obtener la liberación del pecado, ni *salir de abajo*.

La ayuda de Dios nos vino a través de la Encarnación de Jesucristo. El Hijo de Dios bajó “del cielo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le ha enviado” (*Juan* 6, 38). “El sacrificio de Jesús «por los pecados del mundo entero» (*1 Juan* 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: «El Padre me ama porque doy mi vida» (*Juan* 10, 17). «El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado» (*Juan* 14, 31)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 606).

De esta manera, el móvil de toda la vida de Jesús no es vivir para sí mismo, sino para ofrendar a Dios Padre su vida por nuestra salvación. Ya en la cruz, antes de morir por nosotros, podrá decir: “Todo está cumplido” (*Juan* 19, 30). El Redentor del hombre nos enseña de esta manera a vivir el don de sí mismo, en entrega de amor a Dios y a los hermanos, y ésta es la lección más importante que debemos aprender y practicar como seguidores de Cristo. Así como el cordero pascual era símbolo de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, así también Jesús es el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (*Juan* 1, 29), liberándonos de la esclavitud del pecado y del dominio del faraón infernal que es el diablo. Toda su vida terrena se gasta en su misión de “servir y dar su vida en rescate por muchos” (*Marcos* 10, 45).

La entrega de Cristo a su misión es una tarea de amor, libérrimamente asumida, expresión del amor de Padre hacia los hombres: “los amó hasta el extremo” (*Juan* 13, 1), porque “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (*Juan* 15, 13). Podía fácilmente haber evitado los sufrimientos y la muerte, pero quiso asumírlas para nuestra liberación: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (*Juan* 10, 18).

En la última Cena Jesús expresó a sus discípulos su ofrenda voluntaria al Padre: “Este es mi Cuerpo que va a ser *entregado* por vosotros” (*Lucas* 22, 19); “Esta es mi sangre de la Alianza que va a *ser derramada* por muchos para remisión de los pecados” (*Mateo* 26, 28). Allí estableció el *memorial* de su sacrificio, mandando a los Apóstoles que lo perpetuasen sacramentalmente, haciéndoles sacerdotes de la Nueva Alianza. Con esta palabra, *memorial*, se significa no un simple recuerdo, sino una real y verdadera renovación del hecho salvífico, una presencia a través de los siglos, en que el poder

divino supera las barreras del espacio y del tiempo, para aplicarnos en el Sacrificio Eucarístico los frutos de la Redención.

“El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la Cena al ofrecerse a sí mismo (cf *Lucas* 22, 20), lo acepta a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní (cf *Mateo* 26, 42), haciéndose «obediente hasta la muerte» (*Filipenses* 2, 8; cf *Hebreos* 5, 8). Jesús ora: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz...» (*Mateo* 26, 39). Expresa así el horror que representa la muerte para su naturaleza humana. Esta, en efecto, como la nuestra, está destinada a la vida eterna; además, a diferencia de la nuestra, está perfectamente exenta de pecado (cf *Hebreos* 4, 15) que es la causa de la muerte (cf *Romanos* 5, 12); pero sobre todo está asumida por la persona divina del «Príncipe de la vida» (*Hechos de los Apóstoles* 3, 15, de «el que vive» (*Apocalipsis* 1, 18; cf *Juan* 1, 4; 5, 26). Al aceptar en su voluntad humana que se haga la voluntad del Padre (cf *Mateo* 26, 42), acepta su muerte como redentora para «llevar nuestras faltas en su cuerpo sobre el madero» (*1 Pedro* 2, 24)” (*Catecismo...*, n. 612).

#### **48. FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO**

Tal como lo afirmamos en el Credo, la Redención de la humanidad culmina con la pasión y muerte de Cristo, a las que seguirá después la resurrección. Es el *sacrificio de la Nueva Alianza*, que reconcilia a los hombres con Dios, por “la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados” (*Mateo 26, 28*).

Jesucristo entrega su vida, padece y muere en cuanto hombre; y el mérito de sus acciones es infinito, porque es Dios. Sólo así era posible reparar en justicia la enormidad de los pecados de la humanidad. “Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios (cf *Hebreos 10, 10*). Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con El (cf *Juan 4, 10*). Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor (cf *Juan 15, 13*), ofrece su vida (cf *Juan 10, 17-18*) a su Padre por medio del Espíritu Santo (cf *Hebreos 9, 14*), para reparar nuestra desobediencia” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 614).

El pecado de nuestros primeros padres fue una gravísima desobediencia a la voluntad divina, y algo análogo sucede con los demás pecados. Cristo asumió el dolor y la muerte, consecuencias del pecado, y reparó con su obediencia nuestra rebeldía: “Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores,



así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos” (*Romanos 5, 19*).

“El «amor hasta el extremo» es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida (cf *Gálatas 2, 20; Efesios 5, 2.25*). «El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron» (*2 Corintios 5, 14*). Ningún hombre aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 616).

Los cristianos somos invitados a participar en el amor y el sacrificio de Jesucristo, “único mediador entre Dios y los hombres” (*1 Timoteo 2, 5*). “Pero, porque en su Persona divina encarnada, «se ha unido en cierto modo con todo hombre» (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22), Él «ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual» (*Gaudium et spes*, n. 22). Él llama a sus discípulos a «tomar su cruz y seguirle» (*Mateo 16, 24*) porque Él «sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas» (*1 Pedro 2, 21*). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf *Marcos 10, 39; Juan 21, 18-19; Colosenses 1, 24*). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf *Lucas 2, 35*)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 618).

Por su crudelísima pasión y crucifixión, Jesús murió realmente, se separaron su cuerpo y su alma, desde que expiró en la Cruz hasta que resucitó. Su cuerpo fue depositado en el sepulcro, y tanto éste como su alma permanecieron cada uno unidos a la Persona del Hijo de Dios. El poder divino preservó de la corrupción al cuerpo de Cristo. En la sepultura de Cristo hay una analogía con el Bautismo cristiano, especialmente con el administrado por inmersión: “Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los

muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (*Romanos 6, 4*).

“Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf *1 Pedro 3, 18-19*)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 632). La Escritura llama infiernos, sheol o hades a la morada de los muertos, las almas que allí permanecían en espera de la Redención. Jesús no bajó a *los infiernos* para liberar a las almas de los condenados, sino para reunirse con los justos que le habían precedido en la muerte. “Son precisamente estas almas santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Jesucristo liberó cuando descendió a los infiernos” (*Catecismo Romano 1, 6, 3*). Los efectos de la Redención se hacen extensivos a todos los hombres de todos los tiempos. Jesús derrotó “mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (*Hebreos 2, 14-15*).

## 49. VENCIO A LA MUERTE

La predicción hecha por Jesucristo se cumplió plenamente con su Resurrección, al tercer día de su muerte. Es una verdad culminante del mensaje cristiano, que va siendo proclamada a los cuatro vientos por los Apóstoles y por todos los discípulos: anuncian no los hechos de una personaje del pasado, cuya vida terminó con la muerte, sino a Alguien que vive, habiendo muerto, resucitó y venció a la muerte. El misterio de su Resurrección es un hecho real, que tiene manifestaciones históricas, en el lugar y en el tiempo, atestiguadas por el Nuevo Testamento. Hacia el año 56 San Pablo escribe a los Corintios: “Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras: que se apareció a Cefas y luego a los Doce” (*1 Corintios* 15, 3-4).

El primer testimonio que nos presentan los Evangelios es el del sepulcro vacío. Junto a él un ángel dirá a las santas mujeres: “¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado” (*Lucas* 24, 5-6). El Apóstol San Juan “afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir «las vendas en el suelo» (*Juan* 20, 6), «vio y creyó» (*Juan* 20, 8). Eso supone que constató en el estado del sepulcro vacío (cf *Juan* 20, 5-7) que la ausencia del cuerpo de Jesús no había podido ser obra humana y que

Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como había sido el caso de Lázaro (cf *Juan* 11, 44)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 640).

Durante el Domingo de Resurrección se van prodigando las apariciones: primero a María Magdalena y a las otras santas mujeres, después a Pedro, luego a los discípulos que iban camino de Emaús, y finalmente aquel mismo día a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo. Todos ellos, junto con otros más, serán “testigos de la Resurrección de Cristo” (*Hechos de los Apóstoles* 1, 22). Irán por el ancho mundo precisamente en su calidad de testigos, anunciando con la fuerza del Espíritu Santo el mensaje evangélico. San Pablo habla de que, en los días posteriores a la Resurrección, Jesús se apareció en una ocasión a más de quinientas personas reunidas (cf *1 Corintios* 15, 4-8).

Los Apóstoles y los discípulos no se muestran en absoluto fácilmente crédulos, sino por el contrario remisos a creer, a pesar de las predicciones de Cristo y de las primeras apariciones del domingo. Cuando se aparece a diez de los Apóstoles en la tarde de Pascua, “les echó en cara su incredulidad y su dureza de corazón por no haber creído a quienes le habían visto resucitado” (*Marcos* 16, 14); e incluso más adelante manifiestan también su resistencia a creer: “No acababan de creerlo a causa de la alegría y estaban asombrados” (*Lucas* 24, 41).

Jesús resucitado come y conversa con sus discípulos y les enseña las llagas de su Pasión, para que se den cuenta de que no es un espíritu sino el mismo Cristo con su mismo cuerpo. “Este cuerpo auténtico y real posee, sin embargo, al mismo tiempo, las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a voluntad donde quiere y cuando quiere (...) porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio del Padre” (*Catecismo...*, n. 645). Su resurrección no fue un retorno a la vida terrena para luego volver a morir, como las de Lázaro, la hija de Jairo o el joven de Naím. “«¡Qué noche tan dichosa –canta el Exultet de Pascua-, sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos!». En efecto, nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado,

no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia. Por eso Cristo resucitado no se manifiesta al mundo (cf *Juan* 14, 22) sino a sus discípulos, «a los que habían subido con él desde Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo» (*Hechos de los Apóstoles* 13, 31)” (*Catecismo...*, n. 647).

Jesucristo resucitó por el poder de Dios: “Doy mi vida, para recobrarla de nuevo... Tengo poder para darle y poder para recobrarla de nuevo” (*Juan* 10, 17-18). La Resurrección es el mayor de sus milagros: “Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe” (*I Corintios* 15, 14). Es cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y de su propia promesa. Mientras que por su muerte nos hizo morir al pecado, por su resurrección nos hizo renacer a la vida nueva de hijos de Dios. La Resurrección de Cristo es también principio y fuente de nuestra resurrección futura: “Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de los que durmieron... del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (*I Corintios* 15, 20-22).

## 50. SUBIÓ A LOS CIELOS

Después de su Resurrección, Jesucristo se apareció en repetidas ocasiones a sus discípulos. Su cuerpo resucitado tenía ya propiedades gloriosas, nuevas y sobrenaturales. Pero durante cuarenta días conversará familiarmente con ellos, comerá y beberá, mostrándoles con ello su plena y real humanidad. “La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada por la nube (cf *Hechos de los Apóstoles* 1, 9) y por el cielo (cf *Lucas* 24, 51) donde él se sienta para siempre a la derecha de Dios (cf *Marcos* 16, 19; *Hechos de los Apóstoles* 2, 33; *Salmo* 110, 1)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 659).

Aún veladamente ostenta su gloria, antes de la Ascensión a los cielos, tal como aparece en sus palabras a María Magdalena: “Todavía no he subido al Padre. Vete donde los hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (*Juan* 20, 17). Sólo después de la Ascensión su exaltación gloriosa será completa. Ningún hombre puede llegar al cielo sólo con sus fuerzas humanas: “Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre” (*Juan* 3, 13). Para poder participar de la vida y de la felicidad de Dios, Cristo nos abre el camino, “ha querido precedernos

como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino” (*Misal romano*, Prefacio de la Ascensión).

La elevación de Cristo en el patíbulo de la Cruz ha sido el inicio de su triunfo y de su elevación a los cielos: “Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (*Juan* 12, 32). “Jesucristo, el único Sacerdote de la Alianza nueva y eterna, no «penetró en un Santuario hecho por mano de hombre..., sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios a favor nuestro» (*Hebreos* 9, 24). En el cielo, Cristo ejerce permanentemente su sacerdocio. «De ahí que pueda salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (*Hebreos* 7, 25)” (*Catecismo...*, n. 662).

Desde entonces, *está sentado a la derecha del Padre*: “Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos, como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada” (SAN JUAN DAMASCENO, *De fide orthodoxa* 4, 2).

Con ello se inicia el reino del Mesías, tal como estaba profetizado desde antiguo, acerca del Hijo del hombre: “A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (*Daniel* 7, 14). Los Apóstoles serán testigos y propagadores del “Reino que no tendrá fin” (*Símbolo de Nicea-Constantinopla*).

“Queda tanto por hacer. ¿Es que, en veinte siglos, no se ha hecho nada? En veinte siglos se ha trabajado mucho; no me parece ni objetivo, ni honrado, el afán de algunos por menospreciar la tarea de los que nos precedieron. En veinte siglos se ha realizado una gran labor y, con frecuencia, se ha realizado muy bien. Otras veces ha habido desaciertos, regresiones, como también ahora hay retrocesos, miedo, timidez, al mismo tiempo que no falta valentía, generosidad. Pero la familia humana se renueva constantemente; en cada generación es preciso continuar con el empeño de ayudar a descubrir al hombre la grandeza de su vocación de hijo de Dios, es necesario inculcar el mandato del amor al Creador y a nuestro prójimo” (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Es Cristo que pasa*, n. 121).

La Ascensión del Señor a los cielos nos sugiere un horizonte de eternidad: “el Cristo que nos anima a esta tarea en el mundo nos espera en el Cielo (...). Cuidemos, sin embargo, de no interpretar la Palabra de Dios en los límites de estrechos horizontes. El Señor no nos impulsa a ser infelices mientras caminamos, esperando sólo la consolación en el más allá. Dios nos quiere felices también aquí, pero anhelando el cumplimiento definitivo de esa otra felicidad, que sólo El puede colmar enteramente (...) . Cristo nos espera. «Vivimos ya como ciudadanos del cielo» (Filipenses 3, 20), siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprendiones, pero también en medio de la alegría y de la serenidad que da el saberse hijo amado de Dios. Perseveremos en el servicio de nuestro Dios, y veremos cómo aumenta en número y en santidad este ejército cristiano de paz, este pueblo de corredención” (*Es Cristo que pasa*, n. 126).

## 51. PARA JUZGAR A TODOS

La vida de Jesucristo en la tierra, su pasión, muerte y resurrección, han incidido decisivamente en la vida de la humanidad. Que el Hijo de Dios se haya hecho hombre y nos haya redimido no nos permite ya la neutralidad o el encogimiento de hombros: “Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos” (*Romanos* 14, 9). “La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, con su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos y en la tierra. El está «por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación» porque el Padre «bajo sus pies sometió todas las cosas» (*Efesios* 1, 20-22). Cristo es el Señor del cosmos (cf *Efesios* 4, 10; *1 Corintios* 15, 24.27-28) y de la historia. En él, la historia de la humanidad e incluso toda la Creación encuentran su recapitulación (cf *Efesios* 1, 10), su cumplimiento trascendente” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 668).

La misión de Cristo, la salvación de la humanidad, continúa a través de los discípulos que Él eligió: “La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio”, “constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra” (Conc. VATICANO II.



Const. *Lumen Gentium*, n. 3; 5). En este sentido estamos ya en la etapa culminante y decisiva de la historia de la humanidad. El Reino de Jesucristo está en proceso de realización, aunque todavía imperfecta, y sometido a los ataques de los poderes del mal.; “mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios” (*Ibidem*, n. 48). Por eso los cristianos suplican: “Ven, Señor Jesús” (cf *1 Corintios* 16, 22; *Apocalipsis* 22, 17-20). El Nuevo Testamento nos manifiesta que estamos todavía en un tiempo de espera, en que aún no se ha establecido plenamente el Reino mesiánico anunciado por los profetas. Estamos en tiempo de prueba, de vigilia y de combate.

Jesucristo no ha querido revelarnos el tiempo de su segunda venida a la tierra, en poder y majestad. Antes habrá de ser anunciado el Evangelio en el mundo entero, para que llegue “la plenitud de los gentiles” (*Romanos* 11, 25; *Lucas* 21, 24) y después “la plenitud de los judíos” (*Romanos* 11, 12). La Iglesia habrá de pasar entonces por una prueba final que conmoverá la fe de muchos creyentes (cf *Lucas* 18, 8; *Mateo* 24, 12). “La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf *Lucas* 21, 12; *Juan* 15, 19-20) develará el «misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne” (cf *2 Tesalonicenses* 2, 4-12; *1 Tesalonicenses* 5, 2-3; *2 Juan* 7; *1 Juan* 2, 18.22).

La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta prueba final, no como resultado de un propio progreso creciente, sino como una victoria de Dios sobre las últimas amenazas del mal (cf *Apocalipsis* 20, 7-10). Él hará descender desde el cielo a su Esposa, la Nueva Jerusalén (cf *Apocalipsis* 21, 2-4). Después del último cataclismo de este mundo que pasa (cf *2 Pedro* 3, 12-13), vendrá el Juicio final.

Confirmando lo anunciado por los profetas del Antiguo Testamento y por Juan el Bautista, Jesús anunció el Juicio del último día. Allí se pondrán a la luz la conducta y las disposiciones del corazón de cada uno. Todos seremos juzgados por Cristo, *los vivos*

y *los muertos*, los justos y los pecadores. En el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo hay una impresionante descripción del Juicio final: allí se premiarán las buenas obras, las obras de amor a Dios y al prójimo, inseparablemente unidas: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mateo* 25, 40). Y serán castigadas las omisiones, la vida vacía y egoísta.

Más que los juicios humanos ha de importarnos el juicio de Dios. Y Jesucristo nos va a juzgar a todos, con toda autoridad. “Cristo es Señor de la vida eterna. El pleno derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres pertenece a Cristo como Redentor del mundo. «Adquirió» este derecho por su Cruz. El Padre ha entregado «todo juicio al Hijo». Pues bien, el Hijo no ha venido para juzgar sino para salvar y para dar la vida que hay en él. Es por el rechazo de la gracia en esta vida por lo que cada uno se juzga ya a sí mismo; es retribuido según sus obras y puede incluso condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor” (*Catecismo...*, n. 679).

### **III. CREO EN DIOS ESPÍRITU SANTO**

## 52. EL ESPIRITU SANTO

¿Quién es el Espíritu Santo? Dentro de la luminosa oscuridad del misterio, alcanzamos un cierto conocimiento. Y así en el misterio capital del cristianismo, la Santísima Trinidad, tenemos un conocimiento por la fe y por la experiencia personal del alma, de cada una de las tres divinas Personas. Así sabemos del Padre eterno, a quien especialmente se atribuyen la creación y la omnipotencia. Y de Dios Hijo, que se hizo hombre por nuestra salvación. Sin embargo, conocemos menos al Espíritu Santo, a pesar de su acción constante y eficaz en cada uno de nosotros. “El Espíritu Santo con su gracia es el *primero* que nos despierta en la fe y nos inicia en la vida nueva que es: *que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (Juan 17, 3)*. No obstante, es el *último* en la revelación de las personas de la Santísima Trinidad” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 684). Así lo explica un Padre oriental de la Iglesia: “El Antiguo Testamento proclamaba muy claramente al Padre, y más obscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento revela al Hijo y hace entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu tiene derecho de ciudadanía entre nosotros y nos da una visión más clara de sí mismo. En efecto, no era prudente, cuando todavía no se confesaba la

divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo y, cuando la divinidad del Hijo no era aún admitida, añadir el Espíritu Santo como un fardo suplementario si empleamos una expresión un poco atrevida... Así por avances y progresos *de gloria en gloria*, es como la luz de la Trinidad estalla en resplandores cada vez más espléndidos” (S. GREGORIO NACIANCENO, *Orationes theologicae* 5, 26).

La fe cristiana acerca del Espíritu Santo ha sido expresamente manifestada en muchas ocasiones, a lo largo de estos veinte siglos. Así la enuncia el Concilio XI de Toledo, del año 675: “El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la Trinidad, es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo, de la misma substancia y también de la misma naturaleza. Por eso, no se dice que es sólo el Espíritu del Padre, sino a la vez el Espíritu del Padre y del Hijo”. Y antes, el Concilio de Constantinopla del año 381 había declarado que: “Con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”.

Como la acción del Espíritu es callada, silenciosa, puede pasar fácilmente desapercibida: sin embargo El es quien hace posible en el cristiano el conocimiento de fe, el trato personal con Jesucristo Redentor, la captación de nuestra filiación con respecto a Dios Padre. La vida de la Gracia, que comienza en el Bautismo, tiene como impulsor al Espíritu Santo (cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 683).

Hay una *Economía* divina, que es la dispensación de los bienes espirituales a los hombres para su salvación y plena felicidad. En ella “el Espíritu Santo coopera con el Padre y el Hijo desde el comienzo del Designio de nuestra salvación y hasta su consumación. Pero es en los *últimos tiempos*, inaugurados con la Encarnación redentora del Hijo, cuando el Espíritu se revela y nos es dado, cuando es reconocido y acogido como persona” (*Ibidem*, n. 686).

### 53. EL ESPIRITU Y SUS MANIFESTACIONES

En los planes de Dios para la salvación de la humanidad hay una misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo. “Jesús es Cristo, *ungido*, porque el Espíritu es su Unción y todo lo que sucede a partir de la Encarnación mana de esa plenitud (cf *Jn* 3, 34). Cuando por fin Cristo es glorificado (*Jn* 7, 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar al Espíritu a los que creen en él: El les comunica su Gloria (cf *Jn* 17, 22), es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (*Jn* 16, 14). La misión conjunta y mutua se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en El” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 690). En la acción grandiosa de Dios sobre la humanidad se despliega su benevolencia para con nosotros, de manera que el Espíritu de Dios precede, acompaña y continúa la obra salvadora de Jesucristo. Somos hechos hijos de Dios Padre, en Cristo, *por el Espíritu Santo*.

El nombre propio de la tercera Persona de la Santísima Trinidad es el de *Espíritu Santo*. Si bien es verdad que la perfección espiritual y la santidad corresponden también a las otras dos Personas, uniendo ambos términos se designa propiamente sólo a la

tercera Persona. En la Sagrada Escritura se le asignan además otros nombres: *Paráclito* (que significa Abogado o Consolador), Espíritu de Verdad, Espíritu de la promesa, Espíritu de adopción, Espíritu de Cristo, Espíritu del Señor, Espíritu de Dios, Espíritu de gloria (Cfr. *Ibidem*, n. 691-693).

Además de los nombres, hay abundancia de símbolos en las páginas de la Biblia y en la Tradición cristiana: todos ellos limitados e imperfectos, como corresponde al lenguaje humano cuando con él se busca expresar la multiforme y poderosa acción espiritual del Paráclito. En primer lugar el agua, pues con ella hemos nacido a la vida divina que se nos da en el Espíritu Santo, Agua viva que brota de Cristo crucificado como de su manantial y que en nosotros salta hasta la vida eterna (cfr. *Ibidem*, n. 694). La unción con el óleo o crismación expresa el derramarse de la gracia en el Antiguo Testamento sobre los sacerdotes, reyes y profetas; después, de un modo pleno sobre Jesús -el Cristo o ungido por excelencia-; y consiguientemente sobre los cristianos en el Sacramento de la Confirmación (cfr. *Ibidem*, n. 695). También el fuego, que simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo; así se manifestó en su venida sobre los Apóstoles el día de Pentecostés (Cfr. *Ibidem*, n. 696). La nube y la luz son dos símbolos inseparables en las manifestaciones del Espíritu: en el Sinaí y en la marcha por el desierto, en la dedicación del Templo de Salomón, en la concepción virginal de Jesús, en la Transfiguración y en la Ascensión (Cfr. *Ibidem*, n. 697). El sello indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, Confirmación y Orden, que por ello no pueden ser reiterados (Cfr. *Ibidem*, n. 698). La mano es también significativa, ya que mediante la imposición de las manos Jesús cura y bendice, y los Apóstoles efunden el Espíritu Santo (Cfr. *Ibidem*, n. 699). El dedo designa el poder de Dios, que escribe en las tablas de piedra de la Ley y en los corazones humanos, que expulsa a los demonios (Cfr. *Ibidem*, n. 700). Finalmente la paloma, que apareció al final del diluvio (figura del Bautismo), y que es la forma corporal que el Espíritu Santo adoptó al posarse sobre Jesús, cuando éste salía de las aguas de su bautismo (Cfr. *Ibidem*, n. 701).

No nos quedemos solamente con los nombres o los símbolos de las manifestaciones del Espíritu Santo. Veamos a través de ellos la permanente y eficaz acción divina que no se cansa de amar y de ayudar a los hombres.

## 54. EN EL TIEMPO DE LAS PROMESAS

Lejos nos quedan los primeros tiempos de la Historia. Poco sabemos de ellos. Pero tenemos el conocimiento de los planes de Dios, Señor de la Historia.

Desde los comienzos de la humanidad hasta la venida del Redentor a la tierra (*la plenitud de los tiempos*: Gálatas 4, 4) se va desarrollando la preparación de los hombres, a través de las promesas de Dios. En el Antiguo Testamento el Espíritu Santo, “que habló por los profetas”, fue anunciando paulatinamente a Cristo.

“La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda criatura” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 703). Como escribió San Ireneo de Lyon (*Demonstratio apostolica*, 11): “En cuanto al hombre, es con sus propias manos (es decir, el Hijo y el Espíritu Santo) como Dios lo hizo... y El dibujó sobre la carne moldeada su propia forma, de modo que incluso lo que fuese visible llevase la forma divina”.

Después del pecado y de la muerte, los hombres viven apartados de Dios. Las promesas hechas a nuestros primeros padres y a Abraham establecen un punto de apoyo para la esperanza. “Comprometiéndose con juramento (...), Dios se obliga ya al don de

su Hijo Amado (...) y al don del <<Espíritu Santo de la Promesa>>, que es prenda... para redención del Pueblo de su posesión (...)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 706). Las Teofanías o manifestaciones de Dios a los Patriarcas, a Moisés, a Josué, a los profetas, van iluminando las promesas. "La Tradición cristiana siempre ha reconocido que, en estas Teofanías, el Verbo de Dios se dejaba ver y oír, a la vez revelado y <<cubierto>> por la nube del Espíritu Santo" (*Ibidem*, n. 707). Pero la Ley antigua no es suficiente para salvar al hombre del pecado: hay un deseo del Espíritu Santo.

Una vez que el reino se ha establecido en Israel, David recibe la promesa de un Reino eterno, que será obra del Espíritu Santo: pertenecerá a los pobres según el Espíritu (Cfr. *ibidem*, n. 709). El olvido de la Ley y el quebrantamiento de la Alianza tendrán como castigo el exilio en Babilonia. De allí saldrá el *Resto* de Israel, prefiguración de la Iglesia. En la profecía de Isaías se habla del Mesías (Cfr. *Isaías* 11, 1-2; 42, 1-9), el Siervo de Yahvé, que salvará a su pueblo. Cristo inaugurará el anuncio de la Buena Nueva comentando el pasaje de Isaías 61, 1-2: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor".

La fidelidad de Dios a sus promesas traerá al Espíritu del Señor, "renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz" (Cfr. *ibidem*, n. 715). El Pueblo de los pobres, humildes y mansos espera la venida del Cristo, purificado e iluminado por el Espíritu, tal como se expresa en los salmos. Así el Espíritu prepara para el Señor <<un pueblo bien dispuesto>> (Cfr. *Lucas* 1, 17)".



## 55. EN EL CENTRO DE LA HISTORIA

Juan el Bautista, el último de los profetas, fue contemporáneo de los hechos que anunciaba: “Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan” (*Juan* 1, 6), “lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre” (*Lucas* 1, 15.41). Era el precursor del que había de venir, que estaba llegando ya. “Aquél sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo... Y yo lo he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios... He aquí el Cordero de Dios” (*Juan* 1, 33.36). Así el Bautista dio testimonio de Cristo, que venía a salvarnos. “En fin, con Juan Bautista el Espíritu Santo inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la << semejanza >> divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu Santo será un nuevo nacimiento (cfr. *Juan* 3, 5)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 720).

Las maravillas de la acción de Dios en favor de los hombres van a culminar en la *plenitud de los tiempos*. “María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la

obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la *Morada*, en donde su Hijo y su Espíritu pueden hablar entre los hombres” (*Ibidem*, n. 721).

El Espíritu Santo preparó a María, con la plenitud de su gracia, para que fuera verdaderamente Madre del Redentor. “La Virgen concibe y da a luz al Hijo de Dios con y por medio del Espíritu Santo. Su virginidad se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu y de la fe (...) Llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (los pastores de Belén: *Lucas* 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (los Magos: *Mateo* 2, 11) (Cfr. *Catecismo...*, nn. 23-24).

Con la venida de Jesucristo a la tierra se realiza la obra de nuestra Redención: “Toda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías” (*Ibidem*, n. 727). El va anunciando progresivamente al Espíritu Santo: a la muchedumbre y a las personas singulares como Nicodemo, la Samaritana, los discípulos. Solamente cuando llega la hora de su Muerte y Resurrección promete la venida inminente del Espíritu de Verdad, el otro Consolador, enviado por el Padre y por el Hijo; para que permanezca por siempre con nosotros, para conducirnos a la verdad completa; “en el momento en que por su Muerte es vencedor de la muerte (...), <<resucitado de los muertos por la Gloria del Padre>> (*Romanos* 6, 4), en seguida *da* a sus discípulos el Espíritu Santo dirigiendo sobre ellos su aliento (Cfr. *Juan* 20, 22). A partir de esta hora, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: <<Como el Padre me envió, también yo os envío>> (*Juan* 20, 21)” (*Catecismo...*, nn. 727-730).

## 56. EN LOS ULTIMOS TIEMPOS

Con estas palabras no se quiere expresar el fin del mundo ni su amenazante cercanía, sino el último período en los planes de salvación de la Humanidad que Dios tiene. Es la época que se inauguró con la venida del Espíritu Santo, hace casi dos mil años: “El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo, que se manifiesta, da y comunica como Persona divina; desde su plenitud, Cristo, el Señor (cfr. *Hechos de los Apóstoles* 2, 36), derrama profusamente el Espíritu” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 731). El acontecimiento de Pentecostés fue un simple comienzo de la actividad multiforme del Espíritu a lo largo de los siglos. “En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en El: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la Comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los <<últimos tiempos>>, el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado” (*Ibidem*, n. 732).

¿Qué significa esta irrupción de la acción divina en la historia humana? Un gran regalo: “<<Dios es amor>> (1 Juan 4, 8.6) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor <<Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado>> (Romanos 5, 5)” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 733). El primer efecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados, por la recuperación de la semejanza divina perdida. Tenemos ya como un anticipo de la Vida eterna junto a Dios, porque la gracia recibida nos eleva y nos fortalece (Cfr. *Ibidem*, nn. 734-735). “Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos <<el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza>> (Gálatas 5, 22-23)” (Catecismo..., n. 736).

No ha querido Dios que la salvación de los hombres se realice de una manera solitaria, individualista. La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Este prepara los corazones de los hombres, les manifiesta el misterio de Cristo y los une más intensamente con El. La misión de la Iglesia no es distinta a la de Jesucristo y el Espíritu Santo: es instrumento de salvación, que transmite la gracia especialmente por los siete Sacramentos de la Nueva Ley. Hay así una nueva vida en Cristo, de modo que los creyentes vivan coherentemente con su fe. “El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Romanos 8, 26). “El Espíritu Santo, artífice de las obras de Dios, es el Maestro de la oración” (Catecismo..., n. 741).

## 57. CREO EN LA IGLESIA

Frecuentemente las noticias y comentarios acerca de la Iglesia Católica, de su misión y de sus actividades abundan en inexactitudes y desenfoces, no por mala voluntad sino por desconocimiento del tema. Para comprender la Iglesia no basta con tener una vasta cultura, una buena información o una penetrante inteligencia, ya que no se trata de una institución meramente humana. No sirven los análisis sociológicos o políticos, ya que nos encontramos ante una realidad peculiar y distinta de todas las otras, cuyo conocimiento es objeto de fe. Por eso, al recitar el Credo decimos: *Creo en la Iglesia.*

La Constitución dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia comienza por presentar a ésta en relación con el misterio de Jesucristo, Redentor del hombre: “Cristo es la luz de los pueblos. Por eso, este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los pueblos con la luz de Cristo, que

resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas”. Así se muestra, en este inicio de la Constitución *Lumen gentium* cómo el misterio de la Iglesia está íntimamente relacionado con Cristo Jesús. “La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo; ella es, según una imagen predilecta de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna cuya luz es reflejo del sol” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 748).

La palabra *Iglesia* tiene diversos significados, relacionados entre sí. Deriva del griego *ekklésia* y significa así *convocación*, designando las asambleas populares, en especial las de carácter religioso (cf *Hechos de los Apóstoles* 19, 39). En el Antiguo Testamento designa la reunión del pueblo elegido, ante Dios que le habla (cf *Éxodo* 19). La primera comunidad cristiana se da a sí misma el nombre de Iglesia, como constitutiva del nuevo pueblo de Dios, convocado por Él de todos los confines de la tierra. En el lenguaje cristiano se llama *iglesia* a la asamblea litúrgica y al templo que la acoge, también a la comunidad local, y en tercer lugar a la comunidad universal de los creyentes. “La Iglesia de Dios existe en las comunidades locales y se realiza como asamblea litúrgica, sobre todo eucarística” (*Catecismo...*, n. 752).

En la Biblia aparecen diversas imágenes, que expresan de un modo significativo la realidad inagotable, el misterio real y espiritual de la Iglesia. Es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo del que Él es la cabeza. Otras imágenes están “tomadas de la vida de los pastores, de la agricultura, de la construcción, incluso de la familia y del matrimonio” (Const. *Lumen gentium*, n. 6). Evidentemente estas comparaciones son imperfectas e insuficientes, y revelan la pobreza del lenguaje humano, que Dios ha querido utilizar en su Revelación, para expresar las verdades más altas.

Tal como aparece en el capítulo 10 del Evangelio de San Juan, la Iglesia es el rebaño, de cuyas ovejas es Jesucristo el Buen Pastor, que las guía, las alimenta, las cuida y da su vida por ellas. Los que gobiernan la Iglesia hacen las veces de Cristo, y por eso son llamados *pastores* y su labor trabajo *pastoral*. El báculo de los obispos es un bastón o cayado de pastor.

También se la llama campo de labranza o viña en la que Dios siembra y cultiva para obtener un buen fruto. Son abundantes los textos en que se compara el crecimiento de la gracia divina en las almas y en el mundo, con el lento pero constante crecimiento

de la semilla y de la planta hasta su maduración. Algunas de las parábolas del Reino de los Cielos desarrollan esta temática. En esta misma línea está la alegoría de la vid que es Cristo y nosotros los sarmientos, que dan fruto en la medida en que se hallan unidos a Él (cf *Juan* 15).

Otras veces se utiliza el símil de la construcción o edificación. Cristo se comparó con la piedra que desecharon los constructores pero vino a ser la piedra angular del edificio. Se la llama casa de Dios, habitación de Dios en el Espíritu, tienda de Dios entre los hombres, templo santo, ciudad santa o nueva Jerusalén. Así se la menciona en los salmos, en las cartas apostólicas del Nuevo Testamento y en el Apocalipsis. En estos últimos libros se utiliza el símil del amor humano, para llamarla esposa del Cordero inmaculado.

Estas imágenes son orientadoras en la medida en que nos permiten vislumbrar una realidad misteriosa, de carácter espiritual, que Dios ha querido expresamente para conducirnos hacia Él. La imperfección misma de las imágenes nos remite a un más allá de lo que ellas literalmente expresan.

## **58. ETAPAS DE LA IGLESIA**

Un modo de acercarse al misterio de la Iglesia es considerar el designio divino con respecto a ella, a la vez que las etapas que dicho designio lleva consigo. “«El Padre eterno creó el mundo por una decisión totalmente libre y misteriosa de su sabiduría y bondad. Decidió elevar a los hombres a la participación de la vida divina» a la cual llama a todos los hombres en su Hijo: «Dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia». Esta «familia de Dios» se constituye y se realiza gradualmente a lo largo de las etapas de la historia humana, según las disposiciones del Padre: en efecto, la Iglesia ha sido «prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos» (Conc. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 2)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 759).

Una primera etapa es su prefiguración desde el origen del mundo. “El mundo fue creado en orden a la Iglesia”, es una afirmación común entre los cristianos de los primeros tiempos, ya que la Iglesia es la *convocación* que Dios realiza a los hombres, en vista de su salvación en Cristo. Ese designio se irá realizando progresivamente, “e incluso las vicisitudes dolorosas como la caída de los ángeles y el pecado del hombre, no fueron permitidas por Dios más que como ocasión y medio de desplegar toda la fuerza de su brazo, toda la medida del amor que quería dar al mundo. La reunión del pueblo de Dios comienza en el instante en que el pecado destruye la comunión de los hombres con Dios y la de los hombres entre sí. La reunión de la Iglesia es por así decirlo la reacción de Dios al caos provocado por el pecado. Esta reunificación se realiza secretamente en el seno de todos los pueblos: «En cualquier nación el que le teme [a Dios] y practica la justicia le es grato» (*Hechos de los Apóstoles* 10, 35)” (*Catecismo...*, nn. 760-761).

Dios prepara la reunión de su pueblo con la vocación de Abraham, a quien prometió ser cabeza de un gran pueblo. Los descendientes de Israel son sacados de la esclavitud de Egipto por medio de Moisés, y Dios hace una alianza –la Antigua Alianza- que los israelitas traicionaron una y otra vez, como les reprochaban los profetas (cf *Oseas* 1; *Isaías* 1, 2-4; *Jeremías* 2).

La Nueva Alianza de Dios con su pueblo será realizada por el Hijo de Dios, Jesucristo. “El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 5). La Iglesia es el Reino de Cristo “presente ya en misterio” (*Ibidem*, n. 3). El Buen Pastor convoca a su alrededor a su todavía *pequeño rebaño*, le confiere una estructura y una misión que habrá de perpetuarse hasta el fin de los siglos. Al frente de la Iglesia coloca a Pedro y a los otros once Apóstoles, cuya tarea será continuada por sus sucesores. La Iglesia nace de las gracias que nos obtiene el Redentor, dando su vida por nosotros en la Cruz: “El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento” (*Ibidem*).

Terminada la obra de Cristo en la tierra, envió al Espíritu Santo el día de Pentecostés, confortando a los discípulos e iniciando la expansión de la Iglesia por toda



la tierra, entre todas las gentes, *convocándolas* para su salvación. Para que realice cabalmente su misión, el Espíritu Santo “la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos” (*Ibidem*, n. 4).

La última etapa de la Iglesia será de consumación, más allá de la vida terrena, “sólo llegará a su perfección en la gloria del cielo” (*Ibidem*, n. 48), cuando Cristo regrese en su gloria. Mientras tanto “la Iglesia avanza en su peregrinación a través de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios” (SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios* 18, 51). La consumación de la Iglesia y del mundo se hará a través de duras pruebas. Entonces “todos los justos desde Adán, «desde el justo Abel hasta el último de los elegidos» se reunirán con el Padre en la Iglesia Universal” (Const. *Lumen gentium*, n. 2).

## 59. DIVINA...Y HUMANA

La Iglesia es una realidad que se desenvuelve en este mundo y en la historia, y al mismo tiempo los trasciende. Por eso, para considerarla, no basta con una lógica humana. Debe ser contemplada “con los ojos de la fe” (*Catecismo Romano* 1, 10, 20). Es comunidad de fe, esperanza y amor; y a la vez un organismo visible. Está compuesta de órganos jerárquicos y es a la vez el Cuerpo Místico de Cristo, se desenvuelve en la tierra y está llena de los bienes del cielo. Por eso es “una realidad compleja, en la que están unidos el elemento divino y el humano” (CONCILIO VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 8). Hay en ella una paradoja, que no expresa contradicción sino la profunda realidad de su misterio. Es propio de la Iglesia “ser a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina. De modo que en ella lo humano está ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la

contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos” (CONCILIO VATICANO II. Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 2).

De ahí los malentendidos que se derivan de intentar juzgar a la Iglesia según el simple rasero de las comunidades humanas. Con ello escapa su dimensión fundamental. No sólo se empobrece su comprensión, sino que se falsea radicalmente. Sería también una visión unilateral y reductiva pensar que la Iglesia es sólo divina, de manera que los hombres que la formamos fuéramos ya perfectos y sin falla. Esta consideración llevaría a escandalizarse ante los defectos de las personas concretas, pensando que somos... demasiado humanos. Hay que tener en cuenta que la sabiduría y el poder de Dios resplandecen admirablemente a través de instrumentos humanos desproporcionados y tantas veces mezquinos. Cuando se profundiza en el estudio de la historia de la Iglesia en estos veinte siglos resulta admirable la expansión de la fe y de la vida cristiana, a pesar de las miserias humanas de tantos cristianos. “En la Iglesia es donde Cristo realiza y revela su propio misterio como la finalidad del designio de Dios: «recapitular todo en Él» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 772).

La Iglesia de Cristo es a la vez *misterio* y *sacramento*. “La palabra griega *mysterion* ha sido traducida en latín por dos términos: *mysterium* y *sacramentum*. En la interpretación posterior, el término *sacramentum* expresa mejor el signo visible de la realidad oculta de la salvación, indicada por el término *mysterium*” (*Catecismo...*, n. 774). Hablamos aquí de *sacramento* en sentido amplio, no en el sentido estricto de los siete sacramentos, que son los canales concretos instituidos por Jesucristo para comunicarnos a través de ellos la gracia.

Hay en ello una doble virtualidad: “«La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Const. *Lumen gentium*, n. 1): Ser el sacramento de la unión íntima de los hombres con Dios es el primer fin de la Iglesia. Como la comunión de los hombres radica en la unión con Dios, la Iglesia es también el sacramento de la unidad del género humano. Esta unidad ya está comenzada en ella porque reúne hombres «de toda nación, raza, pueblo y lengua» (*Apocalipsis* 7, 9); al mismo tiempo, la Iglesia es «signo e instrumento» de la plena realización de esta unidad que aún está por venir” (*Catecismo...*, n. 775). ¡Qué difícil es, por no decir imposible, pretender lograr la

unidad del género humano al margen o en contra de la Iglesia, que es, en los planes de Dios, la encargada de realizarla!

Como sacramento de Cristo es asumida por Él como “instrumento de redención universal” (Const. *Lumen gentium*, n. 9), como “sacramento universal de salvación” (*Ibidem*, n. 48), por medio del cual Jesucristo “manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre” (Const. *Gaudium et spes*, n. 45). Como afirmó el Papa Pablo VI en un discurso del 22 de junio de 1973, Ella “es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad”.

## 60. PUEBLO DE DIOS

Para comprender las características del Pueblo de Dios no sirve un análisis sociológico, que muy bien pudiera ser adecuado a la consideración de las sociedades que tienen un origen humano. El Pueblo de Dios es del todo peculiar, tal como lo puso de relieve el Concilio Vaticano II. Es uno de sus grandes temas. “En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo (...), es decir, el Nuevo Testamento en su sangre convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu” (Const. *Lumen gentium*, n. 9).

Podemos destacar aquí unos rasgos principales: en primer lugar que los hombres no se salvan ni se santifican aisladamente sino formando un pueblo. Sería vano pretender una salvación puramente individualista, desentendiéndose de la ayuda que prestamos y nos prestan los demás, disposición de Dios perfectamente cónsona con nuestra naturaleza social y solidaria. En segundo lugar este pueblo no se constituye por una iniciativa propia, ni por un pacto social, sino por una alianza con Dios que es iniciativa de Él. Y en tercer lugar es un pueblo de índole universal, no discriminatorio ni exclusivista; no se basa en la raza ni en otros factores materiales, sino en una unión espiritual.

De esta manera se puede afirmar que: “El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 782). Dios no es patrimonio exclusivo de ningún pueblo, pero Él ha elegido para sí un pueblo. A este pueblo se nace por la fe en Jesucristo y por el Bautismo. Tiene como cabeza a Cristo, el Mesías, que le envía al Espíritu Santo. Su identidad es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios. Su ley es el mandamiento nuevo de Jesucristo: amar como Él mismo nos amó. Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo. Su destino es el Reino de Dios, que comienza en este mundo y culmina con su perfección en la eternidad. Éstos son los rasgos que enumera la ya citada Constitución *Lumen gentium*, en su n. 9.

“Jesucristo es Aquél a quien el Padre ha ungido con el Espíritu Santo y lo ha constituido «Sacerdote, Profeta y Rey». Todo el Pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas” (*Catecismo...*, n. 783).

Al entrar en el Pueblo de Dios por la fe y el Bautismo sus miembros participan del sacerdocio de Cristo, en cuanto *consagrados* a Dios, receptores de su gracia y encargados de llevar a los demás hombres hacia Él. Son, participativamente, mediadores entre Dios y los hombres.

La dimensión *profética* de los miembros del Pueblo de Dios implica que profundizan en su comprensión y vivencia de la fe, siendo testigos de Cristo en medio

de este mundo. En este sentido amplio, la dimensión *profética* no implica la predicción de hechos futuros, sino el anuncio de una verdad que se profesa, se asume y se vive.

“El Pueblo de Dios participa, por último, en la función *regia* de Cristo. Cristo ejerce su realeza atrayendo a sí a todos los hombres por su muerte y su resurrección (cf. *Juan* 12, 32). Cristo, Rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo «venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (*Mateo* 20, 28). Para el cristiano, «servir es reinar» (Const. *Lumen gentium*, n. 36), particularmente «en los pobres y en los que sufren» donde descubre «la imagen de su Fundador pobre y sufriente» (Const. *Lumen gentium*, n. 8). El Pueblo de Dios realiza su «dignidad regia» viviendo conforme a esta vocación de servir en Cristo” (*Catecismo...*, n. 786).

## 61. UN CUERPO CON CABEZA

La Iglesia prolonga la misión y la acción de Jesucristo en este mundo. Sin embargo no tiene un simple recuerdo de su Fundador, el deber de poner en práctica una herencia encomendada en tiempos pasados. Hay una auténtica unidad, presente y vital, una comunión entre la Iglesia y el propio Jesús. Él reveló a sus discípulos el Misterio del Reino de Dios, les hizo participar de sus alegrías y de sus sufrimientos. Más aún: hay una misteriosa y real unión espiritual entre Él y nosotros: “Permaneced en mí, como yo en vosotros (...) Yo soy la vid y vosotros los sarmientos” (*Juan* 15, 4-5). Esta unión alcanza su máxima intensidad en la realidad del Sacramento de la Eucaristía: “Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (*Juan* 6, 56).

Para expresar esta profunda y misteriosa realidad, el Nuevo Testamento y también el Magisterio de la Iglesia emplean la expresión del cuerpo unido a la cabeza. Se trata, evidentemente, de una analogía. “Por la comunicación de su Espíritu a sus

hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su cuerpo” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 7). ¿Qué significa esta expresión? Podemos tratar de expresarlo mediante tres afirmaciones, siguiendo el hilo de la exposición que hace el Catecismo de la Iglesia Católica (nn. 790-796):

1. Todos los creyentes están unidos espiritualmente entre sí, de manera que constituyen *un solo cuerpo*. “La vida de Cristo se comunica a los creyentes, que se unen a Cristo, muerto y glorificado, por medio de los sacramentos de una manera misteriosa, pero real” (Const. *Lumen gentium*, n. 7). Esta unión se inicia por el Bautismo y se plenifica por la Eucaristía. Esta unidad del cuerpo no suprime las personales diferencias entre sus miembros, sino que las hace converger en una unión superior. “En la construcción del Cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros y de funciones. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia” (*ibidem*). Es la enseñanza paulina: “En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (*Gálatas* 3, 27-28).

2. Cristo “es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia” (*Colosenses* 1, 18). Él es el principio de las obras de la creación y de la redención, “Él es el primero en todo” (*ibidem*). Nos une especialmente a la abundancia de las gracias de la redención. “Por eso somos integrados en los misterios de su vida (...), no unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con Él” (Const. *Lumen gentium*, n. 7). Él nos impulsa en nuestro crecimiento espiritual y moral. “Cristo distribuye en su Cuerpo, la Iglesia, los dones y los servicios mediante los cuales nos ayudamos mutuamente en el camino de la salvación” (*Catecismo...*, n. 794).

3. La Iglesia es la Esposa de Cristo. El amor de Dios hacia su Pueblo se compara con el amor nupcial apasionado y fiel. La imagen de Cristo como esposo de la Iglesia estaba ya presente en la enseñanza de los profetas, y anunciada por Juan el Bautista cuando ya Jesús ha hecho su aparición pública. El mismo Cristo se designó a sí mismo como el Esposo (cf *Marcos* 2, 19). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cf *Apocalipsis* 22, 17), a la que Cristo “amó y por la que se entregó a fin de santificarla” (*Efesios* 5, 26). A Ella se asoció mediante una Alianza eterna y no cesa de cuidar de ella como de su propio Cuerpo (cf *Efesios* 5, 29).

La imagen del Cuerpo viene complementada para la Iglesia por la del alma, que es la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. “Lo que nuestro espíritu, es decir, nuestra alma, es para nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia” (SAN AGUSTÍN, *Sermón* 267, 4). El Espíritu Santo es “el principio de toda acción vital y verdaderamente saludable en todas las partes del cuerpo” (PÍO XII. Enc. *Mystici Corporis*, DS 3808). El Espíritu Santo hace llegar a los fieles las gracias necesarias para la vida de la Iglesia, entre ellas algunas gracias especiales que llamamos *carismas*. Por ellas los fieles quedan “preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia” (Const. *Lumen gentium*, n. 12). “Extraordinarios o sencillos y humildes, los carismas son gracias del Espíritu Santo, que tienen directa o indirectamente, una utilidad eclesial; los carismas están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo” (*Catecismo...*, n. 799). “Ningún carisma dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia. «A ellos compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno» (Const. *Lumen Gentium*, n. 12)” (*Catecismo...*, n. 801).

## 62. UNA

Cuando fundó su Iglesia, Jesucristo quiso dotarla de unas notas o señales inequívocas por las cuales pudiera ser conocida de todos. Son rasgos esenciales de su naturaleza y de su misión. “Ésta es la única Iglesia de Cristo, de la que confesamos en el Credo que es una, santa, católica y apostólica” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 8). La fe cristiana permite conocer estas propiedades como de origen divino, voluntad expresa del mismo Cristo. A la vez también se han manifestado históricamente a lo largo de estos veinte siglos, permitiendo a cualquier persona de sincera y recta inteligencia contrastar la realidad con el proyecto original. Tal como afirmó el Concilio Vaticano I: “La Iglesia por sí misma es un grande y perpetuo motivo de credibilidad y un testimonio irrefutable de su misión divina a causa de su admirable propagación, de su eximia santidad, de su inagotable fecundidad en toda clase de bienes, de su unidad universal y de su invicta estabilidad “ (DS 3013).

La primera de estas notas es la unidad. Procede de la unidad de un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Jesucristo habló de *su* Iglesia y no de *sus* iglesias, de un



solo rebaño bajo un solo Pastor. El Espíritu Santo la reúne e impulsa según este querer. Hablamos de la Iglesia Universal, que se realiza en las diversas comunidades o iglesias particulares.

La unidad de la Iglesia no anula la riqueza de las peculiaridades. “Desde el principio, esta Iglesia una se presenta, no obstante, con una gran diversidad que procede a la vez de la variedad de los dones de Dios y de la multiplicidad de las personas que los reciben. En la unidad del Pueblo de Dios se reúnen los diferentes pueblos y culturas. Entre los miembros de la Iglesia existe una diversidad de dones, cargos, condiciones y modos de vida: «dentro de la comunión eclesial, existen legítimamente las Iglesias particulares con sus propias tradiciones» (Const. *Lumen gentium*, n. 13)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 814).

Los nexos de la unidad están constituidos, en primer lugar por el amor, “que es el vínculo de la perfección” (*Colosenses* 3, 14). Además por la profesión de la misma e idéntica fe, recibida de los Apóstoles; por la celebración común del culto divino, especialmente de los Sacramentos; por la sucesión apostólica a través del Sacramento del Orden, que la une a Pedro y a los demás Apóstoles.

Por ello hay que lamentar las heridas contra la unidad, que se han producido a lo largo de la historia, particularmente durante este último segundo milenio; en esta una y única Iglesia de Dios, aparecieron ya desde los primeros tiempos algunas escisiones que el apóstol reprueba severamente como condenables; y en siglos posteriores surgieron disensiones más amplias y comunidades no pequeñas se separaron de la comunión plena con la Iglesia católica y, a veces, no sin culpa de los hombres de ambas partes” (Conc. VATICANO II. Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 3). Las heridas contra la unidad son la herejía (negación pertinaz de alguna de las verdades de la fe), la apostasía (rechazo total de la fe cristiana en su conjunto) y el cisma (separación voluntaria de la legítima autoridad de la Iglesia). Cuando tales heridas se producen, ello no ocurre sin pecado por parte de sus causantes.

Sin embargo, con el paso del tiempo, quienes nacen en el seno de las comunidades que se originaron de esas rupturas “y son instruidos en la fe de Cristo, no pueden ser acusados del pecado de la separación y la Iglesia católica los abraza con

respeto y amor fraternos (...); justificados por la fe en el bautismo, se han incorporado a Cristo; por tanto, con todo derecho se honran con el nombre de cristianos y son reconocidos con razón por los hijos de la Iglesia católica como hermanos en el Señor” (*ibidem*). “Además, «muchos elementos de santificación y de verdad» (Const. *Lumen gentium*, n. 8) existen fuera de los límites visibles de la Iglesia católica: «la palabra de Dios escrita, la vida de la gracia, la fe, la esperanza y la caridad y otros dones interiores del Espíritu Santo y los elementos visibles» (Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 3; cf Const. *Lumen gentium*, n. 15). El Espíritu de Cristo se sirve de estas Iglesias y comunidades eclesiales como medios de salvación cuya fuerza viene de la plenitud de gracia y de verdad que Cristo ha confiado a la Iglesia católica. Todos estos bienes provienen de Cristo y conducen a Él (cf Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 3) y de por sí impelen «a la unidad católica»” (*Catecismo...*, n. 819).

Es preciso ilusionarse y empeñarse en la tarea hacia la plena unidad de los cristianos, terminando con el *escándalo* de las divisiones y separaciones, para secundar la oración de Cristo al Padre por la unidad de sus discípulos: “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (*Juan 17, 21*). El Decreto *Unitatis redintegratio* del Concilio Vaticano II señala los principales medios para avanzar en el camino de la deseada unidad: una renovación permanente de la Iglesia en una fidelidad mayor a su vocación, la conversión del corazón, la oración en común, el fraterno reconocimiento recíproco, la formación *ecuménica* (en amor a la unidad) de los fieles, el diálogo entre los teólogos, la colaboración entre cristianos en los diferentes campos de servicio a los hombres.

Pero hay que reconocer “que este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la única Iglesia de Jesucristo excede las fuerzas y la capacidad humana”; y hay que apoyarse “en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre para con nosotros, y en el poder del Espíritu Santo” (Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 24).

### 63. SANTA

La Iglesia de Jesucristo, por voluntad de su Fundador, es santa. Es “el Pueblo Santo de Dios” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 12). Los primeros cristianos se llamaban entre ellos *santos* (cf *Hechos de los Apóstoles* 9, 13; *1 Corintios* 6, 1; 16, 1), no porque lo fueran todos ni hubieran alcanzado ya plenamente la meta, sino justamente por su pertenencia a la Iglesia. San Pablo escribe acerca de las raíces de esta santidad: “Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por Ella, para santificarla, limpiándola en el bautismo de agua, a fin de hacerla comparecer delante de Él llena de gloria, sin arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada” (*Efesios* 5, 25-27).

“La Iglesia, unida a Cristo, está santificada por Él; por Él y con Él, ella también ha sido hecha *santificadora*. Todas las obras de la Iglesia se esfuerzan en conseguir «la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios» (Conc. VATICANO II. Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 10). En la Iglesia es en donde está depositada «la plenitud total de los medios de salvación» (Conc. VATICANO II. Decr. *Unitatis redintegratio*, n. 3)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 824). En ella “ todos los fieles

han recibido la vocación a la santidad, y han de esforzarse por corresponder a la gracia y ser personalmente santos. A lo largo de toda la historia, también en la actualidad, ha habido tantos católicos que se han santificado efectivamente: jóvenes y viejos, solteros y casados, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres. Pero sucede que la santidad personal de tantos fieles –antes y ahora- no es algo aparatoso. Con frecuencia no reconocemos a la gente común, corriente y santa, que trabaja y convive en medio de nosotros. Ante la mirada terrena, se destacan más el pecado y las faltas de fidelidad: son más llamativos” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. Hom. *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972).

Es perfectamente compatible la santidad esencial de la Iglesia, con los defectos de los hombres que formamos parte de ella: “La Iglesia, en efecto, ya en la tierra se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta” (Const. *Lumen gentium*, n. 48). Y esa imperfección procede de nosotros, del elemento humano de la Iglesia, no de su original y constitutiva santidad. “Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación” (Const. *Lumen gentium*, n. 8; cf Decr. *Unitatis redintegratio*, n 3; 6). Sería realmente absurdo que alguien objetara la santidad de la Iglesia, apoyándose en los pecados de sus miembros, que son pecadores *no por pertenecer a la Iglesia*, sino por no ser fieles a su vida y a sus enseñanzas. “Demostraría poca madurez el que, ante la presencia de defectos y de miserias, en cualquiera de los que pertenecen a la Iglesia –por alto que esté colocado en virtud de su función-, sintiese disminuida su fe en la Iglesia y en Cristo. La Iglesia no está gobernada ni por Pedro, ni por Juan, ni por Pablo; está gobernada por el Espíritu Santo, y el Señor ha prometido que permanecerá a su lado *todos los días hasta la consumación de los siglos (Mateo 28, 20)*” (Hom. *Lealtad a la Iglesia*).

“Si amamos a la Iglesia no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Madre, las miserias de algunos de sus hijos. La Iglesia, Esposa de Cristo, no tiene por qué entonar ningún *mea culpa*. Nosotros sí: *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa!* Este es el verdadero *meaculpismo*, el personal, y no el que ataca a la Iglesia, señalando y exagerando los defectos humanos que, en esta Madre Santa, resultan de la acción en Ella de los hombres hasta donde los hombres pueden,

pero que no llegarán nunca a destruir –ni a tocar, siquiera- aquello que llamábamos la santidad original y constitutiva de la Iglesia” (*Ibidem*).

Para quien estudie y conozca la historia y la vida de la Iglesia, quedarán patentes sus frutos admirables de santidad. “Al *canonizar* a ciertos fieles, es decir, al proclamar solemnemente que esos fieles han practicado heroicamente las virtudes y han vivido en la fidelidad a la gracia de Dios, la Iglesia reconoce el poder del Espíritu de santidad, que está en ella, y sostiene la esperanza de los fieles proponiendo a los santos como modelos e intercesores (cf Const. *Lumen gentium*, n. 40; 48-51)” (*Catecismo...*, n. 828).

Hay una persona humana en la que la Iglesia alcanzó enteramente su santidad: “en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga. En cambio, los creyentes se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María” (Const. *Lumen gentium*, n. 65).

## 64. CATÓLICA

Que la Iglesia de Jesucristo sea católica no implica ninguna restricción ni exclusivismo, sino todo lo contrario. “La palabra «católica» significa «universal» en el sentido de «según la totalidad» o «según la integridad». La Iglesia es católica en un doble sentido” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 830). En primer lugar porque Cristo está presente en ella, como Cabeza de ese Cuerpo espiritual, y al estarlo le comunica la plenitud de los medios de salvación: fe, vida sacramental, autoridad a su servicio. En este sentido la Iglesia era ya católica el día de Pentecostés y lo será hasta el fin del mundo. En segundo lugar es católica porque ha sido instituida por Cristo para la salvación de todos los hombres (cf *Mateo* 28, 19).

La Iglesia católica está presente en cada una de las comunidades o Iglesias particulares. En cada diócesis los fieles cristianos viven en comunidad de fe y de gracia sacramental, bajo la guía de su Obispo. Estas Iglesias particulares están “formadas a imagen de la Iglesia Universal. En ellas y a partir de ellas existe la Iglesia católica, una y única” (Conc. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 23). La comunión de todas

ellas se realiza por su unión con la Iglesia de Roma, “que preside en la caridad” (S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Romanos* 1, 1).

En el designio fundador de Jesucristo está presente toda la humanidad. “Todos los hombres, por tanto, están invitados a esta unidad católica del Pueblo de Dios (...). A esta unidad pertenecen de diversas maneras o a ella están destinados los católicos, los demás cristianos e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios” (Const. *Lumen gentium*, n. 13). Están plenamente incorporados a ella los que aceptan su constitución y todos los medios de salvación, bajo la autoridad del Papa y de los Obispos. “No se salva, en cambio, el que no permanece en el amor, aunque esté incorporado a la Iglesia, porque está en el seno de la Iglesia con el *cuerpo*, pero no con el *corazón*” (Const. *Lumen gentium*, n. 14).

La Iglesia se siente unida a todos los que llevan el nombre de cristianos y han recibido el bautismo, aunque no estén en plena comunión con el sucesor de Pedro. Con las Iglesias ortodoxas esta comunión es más profunda, aunque todavía no ha alcanzado su plenitud. También la Iglesia mira con afecto a los que todavía no han recibido el Evangelio. En primer lugar a los judíos, Pueblo de Dios de la Antigua Alianza, nuestros hermanos mayores en la fe. Después a los musulmanes, que profesan la fe de Abraham y adoran al único Dios. Y también a los que siguen otras religiones y están en “la búsqueda, «todavía en sombras y bajo imágenes», del Dios desconocido pero próximo ya que es El quien da a todos vida, el aliento y todas las cosas y quiere que todos los hombres se salven” (*Catecismo...*, n. 843).

Ahora bien, si Jesucristo estableció su Iglesia como camino necesario para la salvación, ¿qué ocurre con aquellos que no se han incorporado a ella por la fe y el bautismo? También a ellos alcanza el designio salvador de Dios, que les hace llegar su gracia por medio de la Iglesia: “Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna” (Const. *Lumen gentium*, n. 16).

Por exigencia de su propia constitución, la Iglesia es esencialmente misionera, enviada por Dios a todas las gentes, según el mandato de Jesucristo: “Id, pues, y haced

discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mateo* 28, 19-20). Y si bien todos los hombres pueden salvarse, con la ayuda de Dios y el seguimiento de su recta conciencia, existen en la práctica numerosos obstáculos y es muy conveniente contar con todos los medios posibles. “En efecto, «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (*1 Timoteo* 2, 4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de *la verdad*. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia, a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera” (*Catecismo...*, n. 851).

## 65. Y...APOSTÓLICA

La Iglesia de Jesucristo es *apostólica*. Esto significa que está fundada sobre los Apóstoles, que fueron testigos de la vida y la enseñanza de Jesucristo y por Él enviados; guarda y transmite sus enseñanzas; y está dirigida por el *colegio* de los Obispos, sucesores de los Apóstoles. El Misal romano, en el prefacio de los Apóstoles, expresa así esta realidad: “Porque no abandonas nunca a su rebaño, sino que, por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas, y quieres que tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio”.

Los Evangelios cuentan cómo Jesús, desde el comienzo de su ministerio, “llamó a los que Él quiso, y vinieron donde Él. Instituyó doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (*Marcos* 3, 13-14). Según la etimología griega *apóstoles* significa *enviados*. Cristo los eligió como continuadores de su misión: “Como el Padre me envió, también yo os envío” (*Juan* 20, 21); “Quien a vosotros recibe, a mí me recibe” (*Mateo* 10, 40). Los doce Apóstoles recibieron el encargo y el poder espiritual para cumplir su misión. Son “ministros de una nueva alianza” (*2 Corintios* 3, 6), “ministros de Dios” (2

*Corintios* 6, 4), “embajadores de Cristo” (2 *Corintios* 5, 20), “servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios” (1 *Corintios* 4, 1). Obviamente en la persona de los doce Apóstoles hay una misión intransferible: ser testigos de la Resurrección del Señor y columnas fundamentales de la Iglesia.

“Pero hay también un aspecto permanente de su misión. Cristo les ha prometido permanecer *con ellos* hasta el fin de los tiempos (cf *Mateo* 28, 20)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 860). “Esta misión divina confiada por Cristo a los Apóstoles tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida de la Iglesia. Por eso los Apóstoles se preocuparon de instituir... sucesores” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 20).

Es muy claro que la misión encomendada a los Doce iba mucho más allá de la duración terrena de sus vidas. “Para que continuase después de su muerte la misión a ellos confiada, encargaron mediante una especie de testamento a sus colaboradores más inmediatos que terminaran y consolidaran la obra que ellos empezaron. Les encomendaron que cuidaran de todo el rebaño en el que el Espíritu Santo les había puesto para ser los pastores de la Iglesia de Dios. Nombraron, por tanto, de esta manera a algunos varones y luego dispusieron que, después de su muerte, otros hombres probados les sucedieran en el ministerio” (Const. *Lumen gentium*, n. 20). Así los Obispos, por institución divina, han sucedido a los Apóstoles, como pastores de la Iglesia.

Elemento esencial de la Iglesia es el apostolado, ya que al continuar la misión de Cristo experimenta el afán y la urgencia de la salvación de todos los hombres. “Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de Pedro y de los Apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es «enviada» al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. «La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado». Se llama «apostolado» a «toda la actividad del Cuerpo Místico» que tiende a «propagar el Reino de Cristo por toda la tierra» (Conc. VATICANO II. Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2)” (*Catecismo...*, n. 863). Para ello es necesario que los cristianos seamos consecuentes con nuestra fe. El mundo entero aguarda, muchas veces sin saberlo, el testimonio de los cristianos. “¿Y



cómo cumpliremos ese apostolado? Antes que nada, con el ejemplo, viviendo de acuerdo con la Voluntad del Padre, como Jesucristo, con su vida y sus enseñanzas nos ha revelado. Verdadera fe es aquella que no permite que las acciones contradigan lo que se afirma con la palabras. Examinando nuestra conducta personal, debemos medir la autenticidad de nuestra fe. No somos sinceramente creyentes, si no nos esforzamos por realizar con nuestras acciones lo que confesamos con los labios” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 268).

“La vocación cristiana, esta llamada personal del Señor, nos lleva a identificarnos con El. Pero no hay que olvidar que El ha venido a la tierra para redimir a todo el mundo, porque *quiere que los hombres se salven (1 Timoteo 2, 4)*. No hay alma que no interese a Cristo. Cada una de ellas le ha costado el precio de su Sangre” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n.256). En el origen del apostolado de la Iglesia está Cristo mismo que la envía. Por eso la fuente de la fecundidad apostólica de los cristianos se encuentra en su unión vital con Él. En la oración y en la Eucaristía se alimenta el amor a Dios, “que es como el alma de todo apostolado” (Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3).

## 66. JERARQUÍA

La dignidad esencial de cada uno de los cristianos es la misma dentro de la Iglesia. Todos se han incorporado a Cristo por el Bautismo, y tienen encomendada, cada uno dentro de su propia condición, la misión que Dios encomendó a la Iglesia en este mundo (cf *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 871-873).

Dentro de esta básica igualdad, hay diversas situaciones y responsabilidades. Algunos fieles cristianos han sido investidos de una especial autoridad, por parte de Jesucristo, fundador de la Iglesia: “los ministros que posean la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos para que todos los que son miembros del Pueblo de Dios (...) lleguen a la salvación” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 18). Esta autoridad es básicamente un servicio, pues los ministros sagrados son en verdad “esclavos de Cristo” (*Romanos* 1, 1), y deben procurar como Él en todo servir. Además esta autoridad sagrada o *Jerarquía*, que se confiere por medio del sacramento del Orden, tiene una característica *colegial*, ya que deriva de la institución por Jesucristo del *Colegio* o grupo de los Doce Apóstoles, del que son sucesores los Obispos. Bajo la autoridad de éstos ejercen su ministerio los Presbíteros o simples sacerdotes. Este

carácter colegial no quita la responsabilidad personal de los ministros de Cristo, a quienes Él ha llamado personalmente, y que ejercen su ministerio a favor de las personas concretas. “El ministerio sacramental en la Iglesia es, pues, un servicio colegial y personal a la vez, ejercido en nombre de Cristo. Esto se verifica en los vínculos entre el colegio episcopal y su jefe, el sucesor de San Pedro, y en la relación entre la responsabilidad pastoral del obispo en su Iglesia particular y la común solicitud del colegio episcopal hacia la Iglesia universal” (*Catecismo...*, n. 879).

Que en la Iglesia haya una auténtica *Jerarquía*, una autoridad sagrada, significa que esta autoridad viene directamente de Dios, a través del sacramento del Orden, y no del consenso de la comunidad. La Iglesia de Cristo no es *democrática*, en el sentido de que la autoridad provenga del pueblo fiel o de que el gobernante sea un delegado del pueblo. Este no es el soberano, sino Dios. Sin embargo, y en otro sentido, la Iglesia es profundamente democrática, ya que todos los fieles cristianos tienen ante Dios la misma dignidad y la misma misión, desde el Papa al último recién bautizado. Además cualquiera puede llegar hasta las más altas dignidades, tales como el San Juan XXIII o San Pío X, que llegaron a ser Papas siendo hijos de campesinos.

Por voluntad divina el oficio pastoral de Pedro y de los demás Apóstoles pertenece a la constitución fundamental de la Iglesia, y se continúa por los Obispos, bajo el primado del Papa. Este, Obispo de Roma y sucesor de San Pedro, es principio de unidad de toda la Iglesia y tiene en ella la autoridad plena, suprema y universal. Es cabeza del Colegio o cuerpo episcopal, sea reunido solemnemente en Concilio Ecuménico, o presente de modo ordinario en las diversas diócesis. Al frente de cada una de ellas está un Obispo, y en ella ejerce “su gobierno pastoral sobre la porción del Pueblo de Dios que le ha sido confiada” (Const. *Lumen gentium*, n. 23). Las Conferencias Episcopales reúnen a los Obispos de una región, para ocuparse de los afanes pastorales de ella que sean comunes a todos.

A los Obispos compete con especial responsabilidad la misión de *enseñar* a todos los fieles la verdad revelada por Dios, en unión de los Presbíteros, sus más estrechos colaboradores. Su Magisterio vela para que el Pueblo de Dios conozca y viva la verdad que libera. “El Romano Pontífice, Cabeza del Colegio episcopal, goza de infalibilidad en virtud de su ministerio cuando, como Pastor y Maestro supremo de

todos los fieles que confirma en la fe a sus hermanos, proclama por un acto definitivo la doctrina en cuestiones de fe y de moral (...). La infalibilidad prometida a la Iglesia residen también en el Cuerpo episcopal cuando ejerce el magisterio supremo con el sucesor de Pedro” (Const. *Lumen gentium*, n. 25). A esta enseñanza todos los fieles deben prestar la obediencia de la fe; y también cuando se ejerce de modo ordinario y habitual requiere de su adhesión y docilidad.

A los Obispos compete también la misión de *santificar*, proporcionando la gracia de los Sacramentos, en especial por la Eucaristía, por sí mismos o por medio de los Presbíteros; también por la predicación de la palabra de Dios, por la oración, por su trabajo y ejemplo de vida.

El servicio pastoral incluye también el ejercicio de la *autoridad*: “Los Obispos, como vicarios y legados de Cristo, gobiernan las Iglesias particulares que se les han confiado no sólo con sus proyectos, con sus consejos y con sus ejemplos, sino también con su autoridad y potestad sagrada” (Const. *Lumen gentium*, n. 27). Claro está que esta potestad que ejercen en nombre de Cristo como propia, inmediata y ordinaria, está regulada en su ejercicio por la suprema autoridad de la Iglesia. “Pero no se debe considerar a los Obispos como vicarios del Papa, cuya autoridad ordinaria e inmediata sobre toda la Iglesia no anula la de ellos, sino que, al contrario, la confirma y tutela. Esta autoridad debe ejercerse en comunión con toda la Iglesia bajo la guía del Papa” (*Catecismo...*, n. 895). El Buen Pastor, que es Jesucristo, es siempre el modelo amable de toda Jerarquía, de toda autoridad en la Iglesia.

## 67. SIMPLES CRISTIANOS

A los cristianos comunes y corrientes se les da el nombre de laicos o seglares. Son aquellos que no tienen una connotación especial, tal como haber recibido el Sacramento del Orden o formar parte del estado religioso propio de los frailes y las monjas. Pero no es suficiente esta característica puramente negativa: decir lo que no son. Más importante e ilustrativo es expresar lo que son: “Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios (...). A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 31).

Ellos son plenamente miembros de la Iglesia. Su vida y su acción como cristianos tiene una gran relevancia, y no sólo numérica, como la gran mayoría de los fieles que integran el Pueblo de Dios. “La iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales,

políticas y económicas. Esta iniciativa es un elemento normal de la vida de la Iglesia” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 899). Por el simple hecho de haber recibido el Bautismo y la Confirmación tienen la responsabilidad de vivir y dar a conocer el Evangelio. Sin ellos el apostolado de los Pastores tendría un alcance sumamente restringido. Apartarse de las honestas realidades terrenas sería para los laicos una tentación provocada por el miedo o la comodidad.

San Josemaría Escrivá, pionero de la santidad de los laicos, lo expresaba así: “Debéis comprender ahora –con una nueva claridad- que Dios os llama a servirle *en y desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo. Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un *algo* santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir. Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas. ¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo- santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales” (Homilía *Amar al mundo apasionadamente*. Ed. Vértice. Caracas, 1992).

Podemos hablar de una *mayoría de edad* de los laicos en la Iglesia, de la que son parte activa, y no meros receptores pasivos de las consignas de los Pastores. “Los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del Cuerpo del Señor.

De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta santa, consagran el mundo mismo a Dios” (Const. *Lumen gentium*, n. 34).

Muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo esperan el testimonio vivido de los simples cristianos, que con su ejemplo y su palabra den a conocer la doctrina de Cristo, en una nueva evangelización que llegue a todas partes, saneando las estructuras de la sociedad. Actúan así como miembros de la Iglesia y como ciudadanos de la sociedad civil, asumiendo con toda libertad y según su conciencia cristiana las responsabilidades que les corresponden.

## **68. TESTIGOS DE ESPERANZA**

Dentro de la multiforme variedad del Pueblo de Dios, algunos de sus miembros reciben de Dios una vocación singular, que constituye un peculiar estado de vida, llamada la *vida consagrada*. Ese estado de vida, caracterizado por la profesión de los llamados *consejos evangélicos*, no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, que es de institución divina; pero sí pertenece indiscutiblemente a la vida y a la santidad eclesial (cf CONCILIO VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 44). “La vida consagrada a Dios se caracteriza por la profesión pública de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia en un estado de vida estable reconocido por la Iglesia” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 944).

En el Evangelio hay muchos consejos que Jesucristo propuso a sus discípulos. De entre ellos se seleccionaron tres, que corresponden a sendas virtudes muy importantes en la vida cristiana, y que tipifican el estado de vida consagrada. Con ayuda de ellos algunos fieles cristianos buscan seguir de cerca de Cristo, “entregarse a Dios amado por encima de todo y, persiguiendo la perfección de la caridad en el servicio del Reino, significar y anunciar en la Iglesia la gloria del mundo futuro” (*Catecismo...*, n.

916). A lo largo de los siglos se han desarrollado múltiples formas de vida consagrada, solitaria o comunitaria, y diversas familias religiosas que buscan una radical vivencia de la vida cristiana en la búsqueda de la santidad. Los ermitaños se han apartado de los afanes del mundo, buscando la soledad, la oración y la penitencia, en alabanza a Dios y empeño por la salvación del mundo. Presentan ostensiblemente uno de los aspectos del misterio de la Iglesia: la intimidad personal con Cristo. También desde fecha temprana en la historia de la Iglesia las vírgenes cristianas se consagraron enteramente a Dios, con libertad de corazón, de cuerpo y de espíritu, viviendo en estado permanente de virginidad “a causa del Reino de los cielos” (*Mateo* 19, 12).

La vida *religiosa* nació en Oriente en los primeros siglos del cristianismo, en institutos erigidos canónicamente por la Iglesia, que son las diversas Ordenes y Congregaciones, que fomentan el culto divino, profesan públicamente los consejos evangélicos, practican una vida fraterna en común, testimonian la unión de Cristo y de la Iglesia, y ofrecen un visible testimonio de la esperanza en la vida eterna, más allá de esta vida terrena. “El Pueblo de Dios, en efecto, no tiene aquí una ciudad permanente, sino que busca la futura. Por eso el estado religioso (...) manifiesta también mucho mejor a todos los creyentes los bienes del cielo, ya presentes en este mundo. También da testimonio de la vida nueva y eterna adquirida por la Redención de Cristo y anuncia la resurrección futura y la gloria del Reino de los cielos” (Const. *Lumen gentium*, n. 44). A lo largo de los siglos son innumerables las manifestaciones de espiritualidad y de vida cristiana que se deben a su influjo. “La historia da testimonio de los grandes méritos de las familias religiosas en la propagación de la fe y en la formación de las nuevas Iglesias: desde las antiguas instituciones monásticas, las órdenes medievales y hasta las congregaciones modernas” (JUAN PABLO II. Enc. *Redemptoris missio*, n. 69).

Otra modalidad de vida consagrada es la de los Institutos Seculares, cuyos miembros viven en el mundo y contribuyen de esta manera a su santificación. Consagrados a Dios en el mundo, ofrecen en él un testimonio de vida cristiana, entregándose a Dios mediante vínculos sagrados, asumiendo la práctica de los consejos evangélicos y observando entre sí una especial comunión y fraternidad. Junto a las diversas formas de vida consagrada se hallan las Sociedades de Vida Apostólica, cuyos miembros buscan el fin apostólico propio de la sociedad y llevan vida fraterna en



común, buscando la perfección cristiana a tenor de sus constituciones, en las que puede establecerse la vivencia de los consejos evangélicos mediante algún vínculo especial.

La unión con Jesucristo es siempre apostólicamente fecunda para el bien de la Iglesia y de toda la humanidad. Los que profesan la vida consagrada ofrecen un signo particular del misterio de la Redención, con el testimonio de “que sin el espíritu de las bienaventuranzas no se puede transformar este mundo y ofrecerlo a Dios” (Const. *Lumen gentium*, n. 31). Su primera responsabilidad es vivir a fondo su consagración. Pero “ya que por su misma consagración se dedican al servicio de la Iglesia están obligados a contribuir de modo especial a la tarea misionera, según el modo propio de cada instituto” (*Código de Derecho Canónico*, c. 731).

## 69. COMUNIÓN DE LOS SANTOS

Después que en el Credo de los Apóstoles se profesa la fe en la Santa Iglesia Católica, se añade también la creencia en la *comuni3n de los santos*. Lo cual supone una explicitaci3n de lo anterior, pues esta *comuni3n* o uni3n entre los cristianos es lo que precisamente constituye la trama de la Iglesia. “Como esta Iglesia est3 gobernada por un solo y mismo Esp3ritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo com3n” (*Catecismo Romano* 1, 10, 24). La comuni3n de los santos tiene un doble significado: comuni3n en las cosas santas (bienes espirituales) y comuni3n entre las personas santas (*santos* se llamaban entre s3 los primeros cristianos, no porque ya lo fueran sino porque ten3an una viva conciencia de estar en camino para serlo) (cf. *Catecismo de la Iglesia Cat3lica*, n. 948).

La comuni3n de los bienes espirituales se viv3a ya desde los comienzos, en la comunidad primitiva de Jerusal3n, donde los disc3pulos “acud3an asiduamente a la ense3anza de los Ap3stoles, a la comuni3n, a la fracci3n del pan y a las oraciones” (*Hechos de los Ap3stoles* 2, 42). Implica en primer lugar compartir la misma fe, recibida

de los Apóstoles, guía para la inteligencia y para la vida. Además supone la participación en los mismos Sacramentos. Todos ellos son canales ordinarios de la gracia divina, comenzando por el Bautismo que es como la puerta para entrar a la vida cristiana, y culminando en la Eucaristía, en la que los fieles se unen estrechamente a Cristo y por lo tanto entre sí. Hay también una comunión en los *carismas* o gracias especiales, que el Espíritu Santo reparte entre los cristianos para el provecho de toda la Iglesia, en la medida de la misión que corresponde a cada uno. Esta comunión se manifiesta también en cuanto a la disponibilidad solidaria de los bienes materiales: “Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien en común con los demás y debe estar dispuesto y ser diligente para socorrer al necesitado y la miseria del prójimo” (*Catecismo Romano* 1, 10, 27). La comunión se manifiesta siempre como un verdadero amor a los hermanos: “Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y sois miembros cada uno por su parte” (*I Corintios* 12, 26-27). Todo pecado, además de ser una ofensa a Dios, daña a esta comunión.

La comunión de los santos supone también la unión entre las personas, entre todos aquellos que forman parte de la Iglesia, cuya situación es distinta, hasta el punto de hallarse ubicados en tres diversos estados. “Hasta que el Señor venga en su esplendor con todos sus ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; mientras otros están glorificados, contemplando «claramente a Dios mismo, uno y trino, tal cual es» (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 49)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 954).

Los que vivimos en la tierra estamos unidos a los santos del cielo: “Por el hecho de que los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en santidad (...), no dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que adquirieron en la tierra (...) Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad” (Const. *Lumen gentium*, n. 49). Los santos son los buenos amigos de Dios y también de nosotros. Su intercesión no suple la mediación de Jesucristo, sino que refuerza nuestra unión con Él, y nos estimula a vivir a fondo las enseñanzas y el ejemplo del Maestro. “No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como

modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de Fuente y Cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios” (Const. *Lumen gentium*, n. 50). La Iglesia militante se une de este modo a la Iglesia triunfante.

También incluye la comunión de los santos a la Iglesia purgante, a aquellos que han muerto en gracia o amistad con Dios, pero tienen todavía que purificarse del remanente de los pecados cometidos. “La Iglesia peregrina, perfectamente consciente de esta comunión de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos del cristianismo honró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y también ofreció por ellos oraciones; «pues es una idea santa y provechosa orar por los difuntos para que se vean libres de sus pecados» (2 *Macabeos* 12, 45)” (Const. *Lumen gentium*, n. 50). Es una buena ayuda la que les prestamos con nuestros sufragios, expresión de que no nos desentendemos del amor a los hermanos una vez que la muerte nos ha separado temporalmente de ellos. “Nuestra oración por ellos puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 958).

## 70. MADRE DE LA IGLESIA

El Catecismo de la Iglesia Católica trata de la Virgen María en relación al misterio de Cristo y del Espíritu Santo, y expone allí la misión singular que tiene María en los planes de Dios. Más adelante añade una nueva consideración mariana: el lugar de la Virgen en el Misterio de la Iglesia. “Se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor... más aún, «es verdaderamente la madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza» (SAN AGUSTÍN, *virg.* 6)” (CONCILIO VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 53). María, tal como proclamara el Papa Pablo VI, en su discurso del 21 de noviembre de 1964 ante los padres conciliares, es “Madre de Cristo, Madre de la Iglesia”.

El papel de María con respecto a la Iglesia deriva directamente de su unión con Cristo, y es inseparable de ella. “Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte” (Const. *Lumen gentium*, n. 57). Muy especialmente se pone de relieve en los

momentos de su pasión, donde, por voluntad de Dios, estuvo presente llena de fortaleza, sufriendo tan intensamente con su Hijo; y con su corazón de madre, lleno de amor, se asoció a la inmolación redentora. Allí Jesucristo la dio como madre al discípulo Juan, y con él a todos nosotros: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (*Juan* 19, 26-27).

Después de la Ascensión de Jesucristo, María acompaña a los discípulos en los primeros pasos de la Iglesia naciente, y permanece con ellos en oración hasta la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. “Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada libre de toda mancha de pecado original, terminado el curso de su vida en la tierra, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los Señores y vencedor del pecado y de la muerte” (Const. *Lumen gentium*, n. 59).

Dios ha querido que, así como en la vida terrenal los hombres necesitamos del cariño y de la ayuda de una madre, así también en el orden de la vida espiritual de la gracia esté presente el afecto materno de María. “Colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia (...) Por eso la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora” (Const. *Lumen gentium*, n. 61-62).

Sería mezquino albergar una visión timorata de la devoción a Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra. Como si ese afecto filial pudiera disminuir en algo la fe y el amor a Jesucristo. “La misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo, sino que manifiesta su eficacia. En efecto, todo el influjo de la Santísima Virgen en la salvación de los hombres (...) brota de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, depende totalmente de ella y de ella saca toda su eficacia” (Const. *Lumen gentium*, n. 60); “la única mediación del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas una colaboración diversa que participa de la única fuente” (*Ibidem*, n. 62).

A lo largo de los siglos se han cumplido en la Iglesia las palabras proféticas de María en el cántico del *Magnificat*: “todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (*Lucas* 1, 48). La Santísima Virgen es honrada por los cristianos con un culto especial, esencialmente distinto del culto que tributamos a Dios, pero que lo

favorece muy poderosamente. Este culto se expresa en tantos santuarios, imágenes, fiestas y advocaciones marianas; así como en el trato filial y afectuoso de tantos y tantos cristianos que se acogen a los cuidados maternales de María. Especial relevancia tiene la devoción del Santo Rosario, “síntesis de todo el Evangelio” (PABLO VI. Enc. *Marialis cultus*, n. 42).

“Después de haber hablado de la Iglesia, de su origen, de su misión y de su destino, no se puede concluir mejor que volviendo la mirada a María para contemplar en ella lo que es la Iglesia en su Misterio, en su «peregrinación de la fe», y lo que será al final de su marcha, donde le espera, «para la gloria de la Santísima e indivisible Trinidad», «en comunión con todos los santos» (Const. *Lumen gentium*, n. 69), aquella a quien la Iglesia venera como la Madre de su Señor y como su propia Madre” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 972).

## 71. EL PERDÓN DE LOS PECADOS

El Credo de los Apóstoles enuncia *el perdón de los pecados* a continuación de otros artículos de fe: el Espíritu Santo, la Iglesia y la comunión de los santos. Algunos preguntan: ¿quién ha dicho que la Iglesia tiene poder para perdonar los pecados? La respuesta nos la da el mismo Jesucristo, y en una fecha bien precisa: el mismo domingo de Resurrección, cuando se aparece a los Apóstoles, reunidos a puerta cerrada en el Cenáculo, todavía temerosos e indecisos, les alegra con su presencia y les confiere el poder divino para perdonar los pecados; poder divino porque, siendo el pecado una ofensa a Dios, sólo el mismo Dios puede perdonarlo. Es como un primer envío del Espíritu Santo, cincuenta días antes de Pentecostés: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (*Juan 20, 22-23*). Es una potestad admirable, pues el pecado es la fuente más profunda de donde dimanan todos los males y alienaciones que afectan a cada hombre y a la entera humanidad.

El perdón de los pecados requiere la conversión personal, la fe y la recepción del Bautismo. El mandato de Nuestro Señor es bien claro: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará” (*Marcos* 16, 15-16). “El Bautismo es el primero y principal Sacramento del perdón de los pecados porque nos une a Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación (cf *Romanos* 4, 25), a fin de que «vivamos también una vida nueva» (*Romanos* 6, 4)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 977). El Catecismo Romano de San Pío V (1, 11, 3) explicaba muy bien sus efectos: “En el momento en que hacemos nuestra primera profesión de fe, al recibir el santo Bautismo que nos purifica, es tan pleno y tan completo el perdón que recibimos, que no nos queda absolutamente nada por borrar, sea de la falta original, sea de las faltas cometidas por nuestra propia voluntad, ni ninguna pena que sufrir para expiarlas (...) Sin embargo, la gracia del Bautismo no libra a la persona de todas las debilidades de la naturaleza. Al contrario, todavía nosotros tenemos que combatir los movimientos de la concupiscencia que no cesan de llevarnos al mal”.

Sin embargo no bastaría con esta primera purificación, teniendo en cuenta la debilidad humana. Y no sería una práctica aconsejable diferir el Bautismo hasta el momento de la muerte, ya que el no bautizado quedaría privado de muchas gracias a lo largo de la vida, y además tampoco tendría la seguridad de poder bautizarse a última hora. “Si, pues, era necesario que la Iglesia tuviera el poder de perdonar los pecados, también hacía falta que el Bautismo no fuese para ella el único medio de servirse de las llaves del Reino de lo cielos, que había recibido de Jesucristo; era necesario que fuese capaz de perdonar los pecados a todos los penitentes, incluso si hubieran pecado hasta el último momento de su vida” (*Catecismo Romano* 1, 11, 4). Es por medio del Sacramento de la Penitencia como los bautizados pueden reconciliarse con Dios y con la Iglesia. Los Padres llaman a la Penitencia *un bautismo laborioso*, y el Concilio de Trento (DS 1672) afirma que para los que han caído después del Bautismo, es necesaria la Penitencia como lo es el Bautismo para quienes aún no han recibido la primera gracia de la regeneración.

El mandato evangelizador de Cristo, después de su resurrección, es para predicar “en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones” (*Lucas* 24, 47). Es un verdadero “ministerio de la reconciliación” (*2 Corintios* 5, 18), que no

consiste solamente en el anuncio sino en la efectiva dispensación de los medios para el perdón, principalmente los Sacramentos. “La Iglesia ha recibido las llaves del Reino de los cielos, a fin de que se realice en ella la remisión de los pecados por la sangre de Cristo y la acción del Espíritu Santo. En esta Iglesia es donde revive el alma, que estaba muerta por los pecados, a fin de vivir con Cristo, cuya gracia nos ha salvado” (SAN AGUSTÍN, serm. 214, 11).

La Iglesia, por voluntad del mismo Jesucristo tiene este poder admirable de perdonar cualquier pecado, por grave que sea, con tal de que el penitente se acoja a la misericordia de Dios. “No hay nadie, tan perverso y tan culpable, que no deba esperar con confianza su perdón siempre que su arrepentimiento sea sincero” (*Catecismo Romano* 1, 11, 5). Y cuando, haciendo las veces del mismo Cristo, los sacerdotes ejercen el ministerio de la reconciliación, ahí no cuentan sus defectos personales sino la eficacia de la gracia divina que se transmite a través de ellos. Decía San Juan Crisóstomo (*sac.* 3, 5): “Los sacerdotes han recibido un poder que Dios no ha dado ni a los ángeles, ni a los arcángeles (...) Dios sanciona allá arriba todo lo que los sacerdotes hagan aquí abajo”.



## 72. VAMOS A MORIR

Todos nosotros y cada uno, vamos a morir, y para quien no se lo plantea puede ser más pronto que tarde. No por evidente resulta ocioso el recordarlo; porque a veces pareciera que pensamos que los que se mueren son solamente *los otros*. “¿Has visto, en una tarde triste de otoño, caer las hojas muertas? Así caen cada día las almas en la eternidad: un día, la hoja caída serás tú” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Camino*, n. 736).

“Frente a la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su cumbre” (Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 18). “*La muerte es el final de la vida terrena*. Nuestras vidas están medidas por el tiempo, en el curso del cual cambiamos, envejecemos y como en todos los seres vivos de la tierra, al final aparece la muerte como terminación normal de la vida. Este aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas: el recuerdo de nuestra mortalidad sirve también para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a término nuestra vida” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1007). Tal como advierte el Eclesiastés (12, 1.7):

“Acuérdate de tu Creador en tus días mozos (...) mientras no vuelva el polvo a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios que es quien lo dio”.

Con la muerte el alma se separa del cuerpo, hasta el día en que ocurra la resurrección de los cuerpos; es una *partida* de este mundo. De por sí la muerte corporal corresponde a la naturaleza humana, por lo que atañe a su componente material, pero la Revelación divina nos enseña que en realidad es “salario del pecado” (*Romanos* 6, 23; cf *Génesis* 2, 17). Ya que por un privilegio que Dios le había otorgado, el hombre estaba destinado a no morir: no tenía que haber pasado por ese amargo trance. Como consecuencia del pecado original entró en el mundo la muerte, no sólo del alma por el pecado grave, sino también del cuerpo. Pero con la venida de Jesucristo a la tierra, su Encarnación redentora dio sentido a nuestra vida y a nuestra muerte; “para los que mueren en la gracia de Cristo, es una participación en la muerte del Señor para poder participar también en su Resurrección” (*Catecismo...*, n. 1006).

Así la muerte del cristiano no significa para él un término de la vida, sino un cambio que introduce en una vida nueva y superior. “*La muerte fue transformada por Cristo*. Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de su angustia frente a ella (cf *Marcos* 14, 33-34; *Hebreos* 5, 7-8), la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición” (*Catecismo...*, n. 1009). Por eso la visión cristiana de la muerte no tiene un sentido trágico, tal como lo expresa la liturgia de la Iglesia en uno de los prefacios de difuntos: “La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”.

La muerte de cada hombre no tiene retroceso, sella toda una etapa, y por cierto sumamente importante. “La muerte es el fin de la peregrinación terrenal del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrenal según el designio divino y para decidir su último destino” (*Catecismo...*, n. 1013). Con ella termina “el único curso de nuestra vida terrenal” (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 48). Tal como expresa la Sagrada Escritura: “Está establecido que los hombres mueran una sola vez” (*Hebreos* 9, 27). Después de la muerte no existe una transmigración o *reencarnación* de las almas en otros cuerpos. Es ésta simplemente una

hipótesis imaginativa, incompatible con la identidad de la persona y opuesta a la constante enseñanza del Magisterio de la Iglesia. Es una suposición que diluye la responsabilidad moral de la persona, pretendiendo una *prórroga* de la vida terrena, que de suyo aparece claramente como improrrogable.

Los cristianos creemos en la *resurrección de los cuerpos*, ya que alma no muere. “Por la muerte el alma se separa del cuerpo, pero en la resurrección Dios devolverá la vida incorruptible a nuestro cuerpo transformado, reuniéndolo con nuestra alma. Así como Cristo ha resucitado y vive para siempre, todos nosotros resucitaremos en el último día” (*Catecismo...*, n. 1016). Resucitarán todos los hombres que han muerto, cada uno con su propio cuerpo, que para los bienaventurados será “transfigurado en cuerpo de gloria” (*Filipenses* 3, 21).

Ante la muerte, la actitud del cristiano no debe ser triste ni temerosa. “No tengas miedo a la muerte. –Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. –No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. –¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Camino*, n. 739). La Iglesia nos exhorta a prepararnos para una santa muerte, llevando una vida santa. En las *Letanías de los santos* pedimos: “De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor”. Nuestra muerte puede que sea repentina, pero en ningún caso debiera ser *imprevista*. Y por su parte la *Imitación de Cristo* (1, 23, 1) aconseja: “Habrías de ordenarte en toda cosa como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que de la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana?”. Y en el Avemaría pedimos a la Madre de Dios que interceda por nosotros “ahora y en la hora de nuestra muerte”.

### **73. RENDICIÓN DE CUENTAS**

Cuentan que, en cierta ocasión, un conocido personaje de la vida pública compareció ante las cámaras de televisión, respondiendo a diversas preguntas acerca de su dilatada trayectoria. El entrevistador le preguntó, entre otras cosas, y teniendo en cuenta sus muchos años, si no le tenía miedo a la muerte. El anciano respondió: -No me asusta el viaje; lo que me preocupa es la alcabala.

Como el avisado lector ya habrá adivinado, se refería a ese registro de nuestro equipaje que vendrá después de la muerte, al juicio de Dios, que nos pedirá cuentas de

nuestras acciones buenas y malas en el curso de nuestra vida terrena. “La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo (cf 2 *Timoteo* 1, 9-10). El Nuevo Testamento habla del juicio principalmente en la perspectiva del encuentro final con Cristo en su segunda venida; pero también asegura reiteradamente la existencia de la retribución inmediata después de la muerte de cada uno como consecuencia de sus obras y de su fe” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1021). Así por ejemplo lo manifiesta la parábola del pobre Lázaro y del rico egoísta, que fueron juzgados y sentenciados nada más morir (cf *Lucas* 16, 22); al igual que las palabras de Cristo en la Cruz al buen ladrón (cf *Lucas* 23, 43). Se habla allí de un último destino del alma, que puede ser muy distinto para unos y para otros.

Recogiendo diversas enseñanzas del Magisterio de la Iglesia a lo largo de los siglos, el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1022) añade: “Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación (...), bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo (...), bien para condenarse inmediatamente para siempre (...)”. Es el balance final del libre ejercicio de la vida, para amar o para rechazar el verdadero amor, a Dios y por Él a los demás: “A la tarde te examinarán en el amor” (SAN JUAN DE LA CRUZ. *Dichos*, 64).

Este *juicio particular* no excluye la realidad posterior del *juicio final*, que no es un tribunal de apelaciones en que pueda cambiarse la sentencia, sino una confirmación y ampliación del destino final de las almas, unidas ya a sus propios cuerpos. En efecto, antes del juicio final habrá tenido lugar la resurrección de los cuerpos, “de los justos y de los pecadores” (*Hechos de los Apóstoles* 24, 15). Las afirmaciones del Evangelio son claras y explícitas: ésta será “la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación” (*Juan* 5, 28-29). Tenemos incluso una detallada descripción, en cuanto lo permiten las palabras humanas, de este juicio, en que Cristo vendrá “en su gloria acompañado de todos sus ángeles (...) Serán congregadas delante de Él todas las naciones, y Él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá la ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda (...) E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (*Mateo* 25, 31.32.46).

Será como una completa visión de la Historia y del desarrollo de la libertad de los hombres, con la ayuda de la gracia divina. “Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf *Juan* 12, 49). El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena” (*Catecismo...*, 1039). No conocemos ni el día ni la hora del Juicio final (como tampoco conocemos los del Juicio particular). Dios “pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El Juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte” (*Catecismo...*, 1040).

La consideración del Juicio, particular y universal es un llamado a la conversión personal, en nuestra peregrinación terrena, que constituye para todos “el tiempo favorable, el tiempo de salvación” (2 *Corintios* 6, 2). Y un fuerte estímulo para la esperanza cristiana: “Anímate. -¿No sabes que dice San Pablo, a los de Corinto, que «cada uno recibirá su propio salario, a medida de su trabajo»?” (San JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Camino*, n. 748).

## 74. HAY UN CASTIGO

Cuando algunas personas se lamentan, ante algunas penalidades o sufrimientos, de que están pasando por un verdadero *infierno*, manifiestan con ello que exageran sus dolores, y también que les falta imaginación para valorar lo que es el *verdadero* infierno. Por lo general en nuestros días se habla muy poco del infierno, si no es para contar algún chiste, más o menos ocurrente, sobre él. En realidad el infierno es una realidad severamente seria, que no debiera ser objeto de broma, ni siquiera de minusvaloración.

“Salvo que elijamos libremente amarle no podemos estar unidos con Dios. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos. «Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él» (1 Juan 3, 15). Nuestro Señor nos advierte que estaremos separados de Él si omitimos socorrer la necesidades graves de los pobres y de los pequeños que son sus hermanos (cf Mateo 25, 31-46). Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión

con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra *infierno*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1033).

En el Evangelio son frecuentes las alusiones al infierno, seguramente porque *guerra avisada no mata soldado*, y Dios no quiere que nos condenemos. Así se habla de la gehenna, del *fuego que nunca se apaga*, de donde se pueden perder a la vez el alma y el cuerpo (cf *Mateo* 10, 28). Las advertencias de Jesús son enteramente explícitas: “enviaré a sus ángeles que recogerán a todos los autores de iniquidad (...), y los arrojarán al horno ardiendo” (*Mateo* 13, 41-42); y pronunciará la sentencia de reprobación: “¡Alejaos de mí, malditos al fuego eterno!” (*Mateo* 25, 41). El Magisterio constante de la Iglesia afirma la existencia del infierno y la eternidad de sus penas. “La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira” (*Catecismo...*, n. 1035).

Las afirmaciones de la Sagrada Escritura y la enseñanza de la Iglesia son un llamado a la responsabilidad personal y a la conversión sincera de los pecados: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran” (*Mateo* 7, 13-14).

Sin embargo, en el infierno no hay gente *obligada*, ya que el rechazo a Dios es obra de la libre voluntad de la persona humana. “Dios no predestina a nadie a ir al infierno (...); para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final. En la liturgia eucarística y en las plegarias diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, que «quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión» (2 *Pedro* 3, 9)” (*Catecismo...*, n. 1037).

Otra cosa es el Purgatorio. “Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo. La Iglesia llama *Purgatorio* a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados. La Iglesia ha



formulado la doctrina de la fe relativa al Purgatorio sobre todo en los Concilios de Florencia y de Trento. La Tradición de la Iglesia, haciendo referencia a ciertos textos de la Escritura (por ejemplo, *1 Corintios* 3, 15; *1 Pedro* 1, 7), habla de un fuego purificador” (*Catecismo...*, nn. 1030-1031).

De la oración por los difuntos habla ya el Antiguo Testamento: “Por eso mandó [Judas Macabeo] hacer este sacrificio expiatorio en favor de los difuntos, para que quedaran liberados del pecado” (*2 Macabeos* 12, 46). La Iglesia ha recomendado, desde sus inicios, el ofrecimiento del sacrificio eucarístico, las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia, en favor de los difuntos, para que una vez purificados del remanente de sus culpas puedan llegar a la directa contemplación de Dios y a la felicidad eterna del Cielo.

## **75. FELICIDAD PLENA Y PARA SIEMPRE**

Todos los hombres aspiramos a la felicidad. Y si ésta es fácil de desear, para uno mismo y para los demás, en cambio no es tan fácil de alcanzar. Hay en el corazón humano un deseo profundo y natural de ser felices, pero los bienes limitados que hay a nuestro alcance no acaban de satisfacernos: nos ilusionan por un tiempo, pero después, cuando los hemos alcanzado, deseamos más y mejores bienes. Realmente, en esta vida no es posible alcanzar la plena y completa felicidad, por más que continuamente se busque. Incluso contando, no ya simplemente con las fuerzas humanas, que son escasas, sino con la ayuda generosa de Dios y de su gracia, tampoco podemos en esta vida pasajera ser completamente felices. Hay un permanente estímulo y nostalgia de una plenitud aún no lograda. Es sólo tras el umbral de la muerte que Dios nos ha prometido una felicidad sin resquicios, que se nos ofrece a la vez como un regalo y como una meta a conseguir. Es la eterna y perfecta felicidad del cielo.

“Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven «tal cual es» (*1 Juan* 3, 2), cara a cara (cf *1 Corintios* 13, 12; *Apocalipsis* 22, 4)”

(*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1023). Esta es la esperanza de los cristianos, basada en las promesas divinas. Prometer una felicidad terrena, por muy vivos colores con que se la describa, no deja de ser un mezquino engaño. “Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama «el cielo». El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha. Vivir en el cielo es «estar con Cristo» (cf *Juan* 14, 3; *Filipenses* 1, 23; *I Tesalonicenses* 4, 17). Los elegidos viven «en Él», aún más, tienen allí, o mejor encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (cf *Apocalipsis* 2, 17)” (*Catecismo...*, nn. 1024-1025).

La felicidad eterna aparece así como un auténtico don o regalo. Nos exige, por eso, la acogida del don, salir de los límites estrechos del egocentrismo y abrirnos a la inmensidad del amor divino. No en vano el resumen de los mandamientos de Dios, camino de auténtica *realización* humana, es el doble precepto del amor incondicionado a Dios y por Él a nuestro prójimo. “Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha «abierto» el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo, quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él” (*Catecismo...*, n. 1026).

Cuando pensamos en *el cielo*, advertimos enseguida la enorme limitación de la imaginación y la inteligencia humanas: es mucho más fácil imaginarse el infierno que el cielo. Y es que éste último es la participación en la vida divina, que tiene una infinita perfección. “Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: «Lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni la corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman» (*I Corintios* 2, 9). A causa de su trascendencia, Dios no puede ser visto tal cual es más que cuando Él mismo abre su Misterio a la contemplación inmediata del hombre y le da la capacidad para ello. Esta contemplación de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia «la visión beatífica»” (*Catecismo...*, nn. 1027-1028). Esta expresión teológica quiere decir *visión*

*que hace feliz*, ya que el gozo principal del cielo consiste en ella, junto con el amor que llena a los bienaventurados. Lo cual no obsta para que se den en ellos todos los demás bienes sin mezcla de mal alguno.

Es preciso levantar la mirada por encima de las vicisitudes de la vida en este mundo, todas ellas pasajeras, sean gratas o dolorosas. Y esperar con confianza alcanzar una meta que se halla enteramente por encima de nuestros sueños. “En la gloria del cielo, los bienaventurados continúan cumpliendo con alegría la voluntad de Dios con relación a los hombres y a la creación entera. Ya reinan con Cristo; con Él «ellos reinarán por los siglos de los siglos» (*Apocalipsis* 22, 5; cf *Mateo* 25, 21.23)” (*Catecismo...*, n. 1029).

## 76. NUEVOS CIELOS Y TIERRA NUEVA

¿Qué ocurrirá con este mundo nuestro? ¿Hacia dónde camina la humanidad? ¿Llegará algún día nuestra historia a su fin? Son preguntas que la *futurología* no puede responder.

En cambio la Revelación cristiana nos ofrece respuestas muy orientadoras: “Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del Juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado (...). La Sagrada Escritura llama «cielos nuevos y tierra nueva» a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo (*2 Pedro* 3, 13; cf *Apocalipsis* 21, 1). Esta será la realización definitiva del designio de Dios de «hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (*Efesios* 1, 10)” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1042-1043).

La Biblia no presenta el fin del mundo como una aniquilación, ni siquiera como una simple destrucción, sino como una *renovación*, un estado de mayor perfección y de plenitud. Será un “universo nuevo” (*Apocalipsis* 21, 5), la Jerusalén celestial, en que

Dios tendrá su morada entre los hombres. “Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (*Apocalipsis* 21, 4; cf 21, 27).

Esta renovación final no aparece como fruto del progreso científico-tecnológico ni de la simple maduración cultural y social de la humanidad, sino como obra del poder de Dios, Señor de la Historia. No estamos en el terreno de la ciencia-ficción, ni de la megalomanía fantástica. La renovación traerá consecuencias gozosas para el hombre y también para el universo material.

“*Para el hombre* esta consumación será la realización final de la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación y de la que la Iglesia peregrina era «como el sacramento» (Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 1). Los que estén unidos a Cristo formarán la comunidad de los rescatados, la Ciudad Santa de Dios (*Apocalipsis* 21, 2), «la Esposa del Cordero» (*Apocalipsis* 21, 9). Ya no será herida por el pecado, por las manchas (cf *Apocalipsis* 21, 27), el amor propio, que destruyen o hieren la comunidad terrena de los hombres. La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua” (*Catecismo...*, n. 1045).

No pensemos, sin embargo, que es una superación meramente espiritual, *espiritualista*. También: “*En cuanto al cosmos*, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre” (*Catecismo...*, n. 1046). Es la clara expectativa que señala San Pablo: “Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios (...), en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción (...). Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (*Romanos* 8, 19-23). El universo material será transformado y *mejorado*, de manera que ya no ofrezca obstáculos a la glorificación y felicidad de los bienaventurados.

¿Cuándo y cómo sucederá esto? No lo sabemos. Pero sí que acontecerá con toda certeza, y que es la meta de los planes benéficos de Dios para el hombre y para el

mundo. Así lo afirma el Concilio Vaticano II: “Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres” (Const. *Gaudium et spes*, n. 39, 1).

Esta esperanza no suprime los deseos nobles de superación que alientan en los corazones humanos, también a nivel colectivo. La religión no es el *opio del pueblo*. Justamente porque esperamos un mundo nuevo y mucho mejor, nos interesa grandemente todo aquello que podemos realizar en esta etapa terrena, en que estamos esperando la consumación superadora de nuestros afanes, en la medida en que procuramos llevarlos a cabo con rectitud: “la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios” (Const. *Gaudium et spes*, n. 39, 2).

Así pues, los *nuevos cielos* y *la tierra nueva* no serán un mero perfeccionamiento evolutivo de la creatividad humana, sino fruto del poder providente de Dios, que la elevará y purificará: “Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal” (Const. *Gaudium et spes*, n. 39, 3; Const. *Lumen gentium*, n. 2).

## 77. AMÉN

Es una forma de decir que corresponde hoy en día al lenguaje ordinario, y expresa el asentimiento o la conformidad. Sus orígenes son antiguos y profundos. “En hebreo, «Amen» pertenece a la misma raíz que la palabra «creer». Esta raíz expresa la solidez, la fiabilidad, la fidelidad. Así se comprende por qué el «Amén» puede expresar tanto la fidelidad de Dios hacia nosotros como nuestra confianza en Él” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1062).

Toda la vida cristiana está impregnada de confianza. En el centro de la Revelación del Nuevo Testamento está la verdad capital de que Dios es Padre nuestro y nosotros somos sus hijos queridos. Sabemos de quién nos fiamos, de manera que la creencia y la conducta sean expresión de confianza filial. La búsqueda sincera de la verdad se ve obstaculizada por una actitud de desconfianza y de sospecha. El que sospecha del testimonio ajeno, lo hace porque confía demasiado en su propia inteligencia y discernimiento, porque su soberbia le inhibe de abrirse a toda la amplitud de la verdad. El clima propio para alcanzar la verdad es el del diálogo, la amistad y la

confianza. Y esto es máximamente fundado e importante si el que nos habla es el mismo Dios, que nos revela las verdades más altas.

Con esta palabra *Amén* termina el Credo, y así expresamos el asentimiento de la fe a las verdades reveladas por Dios, teniendo en cuenta que el Credo es un resumen de lo que asumimos o profesamos creer. El que cree hace suyo lo que le ha sido transmitido, y cuando dice *Amén* rubrica esa convicción. Creer no es solamente un acto del entendimiento, sino que toda la persona está comprometida en la creencia. Por ello la palabra acompaña al asentimiento de la mente, y la postura –en pie– confirma la disposición de poner en práctica aquello que se cree.

Asímismo el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, termina con esta misma palabra *Amén* (cf. *Apocalipsis* 22, 21), como un signo de fe y también de esperanza en la realidades gozosas que allí se prometen. Al final de las oraciones que aparecen en el Nuevo Testamento es frecuente este vocablo, así como también en su Liturgia la Iglesia termina sus oraciones con la palabra *Amén*. Como son oraciones de petición, en ellas se actualiza la esperanza –espera segura– en lo que se pide al poder benevolente de Dios.

El profeta Isaías emplea la expresión “Dios de verdad”, que literalmente se escribe “Dios del Amén”, que significa la completa fidelidad de Dios a sus promesas: “Quien desee ser bendecido en la tierra, deseará serlo en el Dios del Amén” (*Isaías* 65, 16). Dios es siempre fiel, aunque su Pueblo no lo sea, ya que la fidelidad divina no se basa en la correspondencia humana sino en la veracidad divina y en su amor por nosotros.

Jesucristo emplea en su enseñanza con frecuencia el término *Amén* (cf *Mateo* 6, 2.5.16), a veces de forma reduplicativa (cf *Juan* 5, 19), como para remachar la certeza y confiabilidad de lo que anuncia: “*En verdad, en verdad os digo...*”. Su autoridad está fundada en la misma Verdad divina, tanto que Él mismo es la Verdad.

Es muy conveniente terminar la recitación del Credo con un fuerte *Amén*: “el «Amén» final del *Credo* recoge y confirma su primera palabra: «Creo». Creer es decir «Amén» a las palabras, a las promesas, a los mandamientos de Dios, es fiarse totalmente de El que es el Amén de amor infinito y perfecta fidelidad. La vida cristiana

de cada día será también el «Amén» al «Creo» de la Profesión de fe de nuestro Bautismo” (*Catecismo...*, n. 1064).

Somos capaces de profesar nuestra fe en todo lo que Dios nos ha revelado, gracias a Jesucristo, Mediador entre Dios y los hombres. “Jesucristo mismo es el «Amén» (*Apocalipsis* 3, 14). Es el «Amén» definitivo del amor del Padre hacia nosotros; asume y completa nuestro «Amén» al Padre: «Todas las promesas hechas por Dios han tenido su ‘sí’ en Él; y por eso decimos por Él ‘Amén’ a la gloria de Dios» (2 *Corintios* 1, 20)” (*Catecismo...*, n. 1065).

Tal como el sacerdote proclama en la Santa Misa, al terminar la Plegaria Eucarística, recapitulando todos los afanes humanos para dar a Dios toda la gloria, por medio del Dios-Hombre Jesucristo:

Por Él, con Él y en Él,  
a ti, Dios Padre omnipotente  
en la unidad del Espíritu Santo,  
todo honor y toda gloria,  
por los siglos de los siglos.

AMÉN.



